

# Jardines repentinos del desierto

Paisaje y carácter sonorenses  
en la narrativa mexicana del siglo XX

Eve Gil

Obra ganadora del Concurso del Libro Sonorense 2006  
Ensayo



*Jardines repentinos en el desierto.*

*Paisaje y carácter sonorenses en la narrativa mexicana del siglo XX.*

Eve Gil

Obra ganadora del Concurso del Libro Sonorense 2006

Ensayo

Primera edición 2007

## **Desiertos del alma (A manera de introducción)**

De entre las poéticas descripciones del desierto sonorense, se impone, paradójicamente, la de la pluma de uno de los más despiadados críticos del ser y hacer de los hombres de aquella región: José Vasconcelos, en cuyo honor nombré este capítulo introductorio. Él solía referirse al territorio ubicado entre las civilizaciones mexicana y estadounidense como “un desierto de las almas”:

(...) La emoción del desierto me envolvía. Por donde mirásemos se extendía polvorienta la llanura sembrada de chaparros y de cactus. Mirándola en perspectiva, se combaba casi como un rival del cielo. Anegados de inmensidad nos acogíamos al punto firme de unas cuantas casas blanqueadas. En los interiores desmantelados habitaban familias de pequeños funcionarios. La aduana, más grande que las otras casas, tenía un torreón. Una senda sobre el arenal hacía veces de calle y de camino. Algunos mezquites indicaban el rumbo de la única noria de la comarca. Perdido todo, inmerso en la luz de los días y en la sombra rutilante de los cielos nocturnos. De noche, de día, el silencio y la soledad en equilibrio sobrecogedor y grandioso. (*Ulises criollo*, p. 6)

Aunque oaxaqueño de nacimiento, José Vasconcelos vivió su infancia, por cuestiones laborales de su padre, en Sásabe, donde la vida era una interminable tarde de domingo, con sus diarias misas al aire libre y su soporífero ocio quebrantado apenas por los cruentos asaltos de los apaches que medraban a placer, y sin pasaporte, entre Sonora y Arizona. A partir de la relación de estas peripecias, se advierte la postura crítica de Vasconcelos respecto a la Frontera Norte —“frontera ilusoria, de cristal, porosa”, diría Carlos Fuentes—, pero muy particularmente hacia Sonora, cuna de los más notables conquistadores del poder político durante el México

revolucionario, visión que recrudecerá en la segunda parte de sus memorias: *La tormenta*. En este último diserta enconadamente sobre la pretendida superioridad física e intelectual, que no moral, de los sonorenses, a quienes caracteriza como los descendientes directos de los conquistadores españoles. Curiosamente, esta noción muy extendida por entonces del sonorense como ser superior, procede de la pluma de un defeño: Manuel Bauche Alcalde, antiguo discípulo del propio Vasconcelos en la escuela de Piedras Negras, especie de Artemio Cruz que, entre otras cosas, afirma que el centro y el sur de México están degenerados por la indiana (*sic*), y la salvación depende de los hombres de la frontera norte, portadores de la civilización (*¿yankee?*, se pregunta Vasconcelos irónicamente). A esta exaltación del hombre fronterizo, concretamente sonorense, el coahuilense por adopción la denominó “nortismo” o “pochismo”, términos incansablemente evocados a lo largo de sus memorias, particularmente para aludir a Plutarco Elías Calles (a Obregón lo tiene en cierta estima por considerarlo más apegado a los valores nacionales). Vasconcelos engloba a los poderosos de Sonora como “(...) La aristocracia de los hombres del norte, y que nosotros caracterizamos con el sobrenombre californiano de pocho; un equivalente del topo que en Texas se llama encartado, híbrido por la sangre, raras veces, porque el conquistador anglosajón no se mezcla con los sometidos, pero siempre es un mestizo de alma, fruto de propaganda de asimilación insistente y hábil.” (p. 66) No está de más recordar su sentencia de que todo en el Norte (y no exclusivamente en Sonora) era barbarie. Pudiera decirse que los únicos comentarios amables de Vasconcelos se destinan a los indios yaquis, a quienes califica como “hombres al servicio de la justicia” y “hombres honrados”, lo cual, si bien contrasta con los

alardes de exterminio que hasta hacía poco habían enarbolado los políticos sonorenses que honraban a la dictadura de Díaz y a los dólares de los yanquis que finalmente se apropiaron de las tierras trabajadas por los indios, coincide con la visión que de ellos ofrece la literatura mexicana, incluida la antes referida novela de Carlos Fuentes donde un revolucionario yaqui, musculoso como un toro, digno como un duque, despierta el complejo de inferioridad de Artemio. El mismo Adolfo de la Huerta, tenor, admirable contrincante de su paisano, Obregón, descendía, nos hace ver Héctor Aguilar Camín, de indios yaqui: su abuelo, un español, se había encariñado con la tribu al grado de desposar a una de sus mujeres, cuyo fruto fue don Torcuato, padre de Adolfo, “Obligado por la sangre y por la simpatía natural — se cuenta en *La frontera nómada* — , Torcuato de la Huerta fue procurador voluntario de diversas causas indígenas ante las autoridades (...) el trato de (Adolfo) de la Huerta con los yaquis era intenso y cordial (...)”

La consigna vasconceliana es uno de los orígenes de estos ensayos que no tienen propiamente el propósito de ejercer una crítica literaria de las novelas y relatos abordados, sino repasar la visión que del entorno y del carácter sonorenses exponen, aunque para llevar a cabo dicho propósito resulta menester recurrir al análisis de la estructura de las obras y el contexto en que se mueven sus autores. El propósito fundamental es extender el abanico de las posibilidades de interpretación y apreciación de la historia de Sonora a través de la literatura mexicana, y sobretodo aportar visiones que se puedan contrastar con las legadas por José Vasconcelos y que de alguna manera han degenerado en el estereotipo del bárbaro del norte del cual, salvo pequeños atisbos, escapan las obras aquí abordadas. La visión que de Sonora poseen autores no sonorenses, pero mexicanos al fin, nos hace ver hasta qué

punto Sonora resulta excéntrica con relación al resto de la república mexicana. Esas visiones ajenas, perplejas, extranjeras, maravilladas, nos hacen recobrar, a los nativos de esa región, la ingenuidad y la sorpresa de la que nos ha privado el privilegio de poseer el entorno. Es por ello que no incluyo a autores sonorenses que han abordado desde la familiaridad y la camaradería al desierto como Gerardo Cornejo y Miguel Méndez, que merecerían un libro aparte por lo mucho que de originalidad aporta su literatura al corpus de la literatura mexicana. No abordo tampoco, y por lo mismo, al bajacaliforniano Gabriel Trujillo que escribió una ficción biográfica sobre el periodista y poeta chihuahuense Pedro N. Ulloa, *Conjurados*, el cual se lanza a la aventura de adentrarse en el desierto de Sonora, como D.H Lawrence, buscando convertirse en fantasma, no obstante la visión del escritor inglés, no más favorecedora del entorno sonorenses que la del territorio mexicano en general, que nos legan las cartas que desde Navojoa escribe D.H Lawrence a Knud Merrill:

En general, la costa oeste era un poco *excesivamente silvestre*, no hay nada más que una desierta desolación... Uno quiere un poco de esperanza. ¡Estos lugares perdidos y silvestres parecen tan irremediables...! Pero un hombre me dijo que me *daría* seis u ocho acres de tierra cerca de Guaymas, cerca del mar, en un lugar muy silvestre, muy extraño y hermoso, si yo construyera una casa en ese sitio... Pero uno se siente tan retirado del mundo: como vivir en Marte. Como si la raza humana no fuera real. No sé qué efecto llegaría a tener esto sobre uno al final.

(...) Hay un sol calcinante, un cielo vasto y caliente, grandes y solitarias colinas verdes y montañas, un litoral ardiente y plano con unas cuantas palmeras, en ocasiones un oscuro mar azul que no es del todo de esta tierra; después pequeños pueblos que parecen deslizarse hacia el abismo, y la puerta de la vida cerrada para todo, sólo el sol quemante, las nubes de pájaros que pasan, los zopilotes como moscas, las palmeras solitarias y perdidas, el polvo espeso del camino, los burros que se mueven en una nube de polvo dorado. En las montañas, minas de plata perdidas e

inmóviles. Álamos, antes un pueblito encantador, perdido, resbalando por la montaña hacia el golfo... Parece una sentencia de extinción escrita encima de todo.

Considero pertinente aclarar, sin embargo, que este trabajo es fruto de la nostalgia, más que un deseo de teorizar y disertar sobre la trascendencia de Sonora en la literatura mexicana. Parfraseando a Nellie Campobello, Amo a mi tierra con el amor vivo de quien ha renunciado para siempre a vivir en ella. Tuve que poner tierra de por medio entre los primeros treinta años de mi vida y este proyecto para que esta idea adquiriera cuerpo y finalmente se materializara en estos ensayos. Al estar lejos de mi Desierto, la necesidad de volver a experimentarlo me llevó, primero, a los libros de historia, como sería el caso de la monumental Biblia de la Historia revolucionaria de Sonora, *La frontera nómada*, de un escritor quintanarroense que los sonorenses adoptamos como nuestro: Héctor Aguilar Camín, y quien ostensiblemente “se divorcia” de la visión vasconceliana para aportar una versión a la luz de la modernidad de Sonora como cuna de la revolución y de la riqueza económica que mantuvo a flote al país durante los aciagos años post revolucionarios. Está también la travesía de John Steinbeck por el Mar de Cortés, el *mare incognitum*, océano de sombras previamente surcado por Cortés y Cabeza de Vaca, poblado de criaturas fantásticas, como las marsopas que lloran como niños, y que parece inventado por él o no descubierto todavía. De la gente del puerto de Guaymas se lleva Steinbeck una impresión inmejorable, particularmente en el sentido de que “estaban tan acostumbrados a la transacción espiritual, que tenían dificultad en traducir lo material en dinero”; nos pinta, no obstante, un cuadro desolador que amalgama la belleza de sus aguas ígneas con la podredumbre material de sus moradores; un Guaymas asolado por la voracidad de los

japoneses que invaden aquellas aguas con sus buques de 600 toneladas para apoderarse de la mayor cantidad posible de camarones, de las mayores fuentes de riqueza de los guaymenses. Están también las crónicas salvajes del expedicionista francés Gabriel Ferry, quien contagiado por la fiebre de oro se trasladó a Sonora antes que el conde Raousset-Boulbon y en su paso por un Hermosillo de madrugada se admira de sus calles repletas de durmientes, lo que inevitablemente me trajo un recuerdo de infancia y adolescencia: todavía en las décadas de los setentas y ochentas del siglo XX, los hermosillenses dormíamos en los patios y en las calles: “(...) si la oscuridad era menos profunda —dice Ferry—, resultaba un extraño espectáculo el de estos individuos de todas las edades y de todos los sexos, durmiendo unos en grupo y otros aislados, pero todos con los vestidos de cama apropiados al clima caluroso.” (*Escenas de la vida salvaje de México*). Personalmente tengo muy presente la sensación de dejarme arrastrar por el sueño con la mirada fija en las estrellas, lo que inevitablemente trae a mi mente aquella sensación de los primeros caminantes de estas tierras de estar “borrachos de estrellas”. La descripción de Roberto Bolaño no me es menos entrañable: “El cielo de Hermosillo, de un celeste intenso, casi metálico, iluminado desde abajo...” (2666, p. 471).

Finalmente, debo justificar la ausencia del chileno Bolaño en este libro, la cual no se debe a su nacionalidad chilena pues de algún modo sus novelas *Los detectives salvajes* y *2666*, ubicadas en el desierto sonorenses (parcialmente la primera) reafirman su mexicanidad del alma. En la segunda, publicada post mortem, ubica los crímenes contra mujeres de Ciudad Juárez en Santa Teresa, una ciudad sonorenses ficticia. Sin embargo, ante la exhuberancia del resultado arrojado por mi



estudio sobre su inmensa obra, se obtuvo un libro independiente (aunque complementario) de este.

## Repentino jardín en el desierto

*...o te quedas afuera permitiendo que te suceda algo muy especial: algo por lo que han pasado todos los que viven en el desierto y que los franceses llaman “el bautizo de la soledad”.*

**Paul Bowles**

*...el espectáculo diario del sol desapareciendo en medio del fuego, llevándose al inframundo todos sus tesoros, exhibiéndolos por última vez, entre las montañas calvas y las llanuras pedregosas, dejando solo los nopales como coronas de la noche...*

**Carlos Fuentes**

En una probable secuela de *Las mil y una noches* se plantearía la posibilidad de una revancha por parte de Sherezada o Shajrazad hacia el Sultán, quien se vería sujeto a narrar cuentos interrumpidamente para mantener contenta a su mujer encinta, su reina. “Aunque sea rey, por deseo de su mujer tendrá que venir humildemente cada noche a contarle una historia o ella no se dignará a recibirlo en su lecho. Y además le advierte que no puede usar trucos baratos de suspenso: que ella los conoce todos. Que ella no se conformará como él antes con cuentos fáciles (...) En estas *Nuevas noches*, el rey Shariyar se convierte en una nueva Shajrazad. Su íntima soberana cada noche es seducida por sus palabras. No solamente se invierten los papeles sino que además el rey es iniciado por Shajrazad en el arte de ver al mundo de una manera más sensible para poder convertir en historias que lo salven de su infortunio, todo lo que ve y escucha. Que lo salven una noche por lo menos. Cada vez una noche más.”<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> *Los jardines secretos de Mogador*, Alberto Ruy Sánchez, Editorial Alfaguara, México, 2001, p. 74

Nacido el 7 de diciembre de 1951, en la Ciudad de México, Alberto Ruy Sánchez cultivó su ars poética a partir del legado de la maratónica narradora, manteniendo en vilo a su escucha, lector-lectora con la perfumada telaraña de un lenguaje ancestralmente femenino donde se esfuma la sutil diferencia semántica entre sensibilidad y sensibilidad (sensibilidad alude a lo carnal y sensibilidad a lo emocional), al grado de que la crítica Fátima Zohra Larbi, presidenta del jurado del Prix des Trois Continents con que fue distinguida *En los labios del agua*, segunda de la llamada tetralogía mogadoriana, ha calificado a las novelas de ARS como *literatura para mujeres*, en un sentido profundamente halagador: “Varias lectoras declararon sentirse identificadas con sus libros, “las palabras que les hacían falta para nombrar sus deseos”. Y no son pocas las parejas (heterosexuales y homosexuales) que se manifestaron mutuamente su pasión con los libros de Ruy Sánchez.”<sup>2</sup>

Las *novelas* de Alberto Ruy Sánchez, que él se niega a denominar como tales, carecen, asegura Graciela Mongues Nicolau, de los elementos distintivos de la novela tradicional, es decir, conflicto, nudo y tensión dramática. Dichos elementos, considero, no están ausentes sino invisibles. El lector es convidado, como en la novela tradicional, a perseguir hasta alcanzar la otra punta del hilo de Ariadna, es decir, el destino final de sus personajes: hay tensión dramática en la desesperada búsqueda que de Kadiya emprende la jovencita Fatma en *Los nombres del aire*, así como en la labor de conquista del joven Mohamed sobre el corazón de Fatma, enamorada a su vez de otra niña; la hay, por supuesto, en la persecución del Juan Amado de *En los labios del agua* tras la mujer amada, de la que solo conoce sus ojos negros y a la que

---

<sup>2</sup> Traducción de Marie Hèlene Silva Durand.  
<http://www.albertoruysanchez.com/>

le ha inventado un nombre, y la hay también en la recolección de jardines que Juan Isidro desea poner a los pies de Jassiba en *Los jardines secretos de Mogador*. Predominan, eso sí, las imágenes y el sentimiento poético sobre la acción y el conflicto. A partir de esto, ARS ha inventado un género propio: “A mis breves poemas les faltaba la densidad del relato, de una historia, por más fugaz que esta fuera, para dar cuenta de la dimensión de lo vivido. Así fue creciendo en mis cuadernos de viaje una prosa medida, una narración más cercana al poema extenso que a la novela: una forma intermedia que llamé (por pura necesidad de bautizar las cosas ya existentes pero que en mí eran nuevas): prosa de intensidades. Mi escritura del desierto, mi lengua del oasis, el vocabulario de mi “ración de eternidad”.<sup>3</sup> Género anfibio, describe Mongues, que consiste en escribir una novela “templando cada frase, dando el ritmo justo a la respiración de las palabras, invocando y encontrando imágenes, cientos de imágenes implacables que le cobran al autor el precio de su existencia, el precio de haberlas llamado (...)”<sup>4</sup> Y menciona como aproximaciones de una “prosa de intensidades” a *La rueda de aire* de Martínez Sotomayor, *Novela como nube* de Gilberto Owen y *Dama de corazones* de Xavier Villaurrutia.

Los desiertos ideados por Ruy Sánchez en su trilogía inicial de Mogador (*Los nombres del aire*, *En los labios del agua* y *Los jardines secretos de Mogador*), son desiertos

---

<sup>3</sup> *De cuerpo entero*, UNAM, Ediciones Cofunda S.A de C.V, México, 1992, p. 33

<sup>4</sup> *Hacia una hermenéutica del deseo, Lectura de tres novelas de Alberto Ruy Sánchez*, Universidad Iberoamericana, Departamento de Letras, AlterTexto, México, 2004, p. 57.

emocionales, es decir, espacios del deseo, contruidos a partir de las pasiones de los diversos narradores que en la tercera novela se revelarán como el juego de espejos de un solo narrador, es decir, los supuestos narradores de *Los nombres del aire* (el árabe Aziz al Gazali) y de *En los labios del agua* (el sonorenses Juan Amado) resultarán ser criaturas de la abuela de Jassiba, amante de Juan Isidro Labra, narrador a su vez de *Los jardines secretos de Mogador*. Dice Jassiba: "(...) Al morir mi abuelo ella (mi abuela) escribió su historia simulando que era él quien la había escrito. Ella la publicó con un seudónimo masculino y muchos le creyeron. Era el relato de un hombre poseído por sus deseos. Pero visto por una mujer que lo había amado y tal vez lo entendía y lo criticaba más que nadie (...)" (p. 51). La vida de las pasiones, dice Juan Amado, es como un calidoscopio, "Alguien mueve los espejos y somos otros en los afectos de todos los que nos rodean. Entonces ya nada puede ser contado de la misma manera."<sup>5</sup>

La ambigüedad de género sexual en los aparentemente múltiples narradores de la tetralogía de Mogador, crea el efecto de una muñeca rusa que sería factible visualizar como un muñeco (con bigote, corbata y todo) que al ser desmontado deja hasta lo último una muñequita casi microscópica que vendría a ser la representación de la abuela de Jassiba, origen de todo. Podría ser también la perfecta metáfora tanto de la literatura árabe, asimismo ambigua, pues si bien pareciera coto vedado para las féminas, si juzgamos a partir de la temática y el predominio autoral de los varones, hay en dicho corpus algo profundamente femenino (empezando por Scherezada, su símbolo primordial, su génesis), no solo por la dulzura de incienso que la impregna, también por una circunstancia de vulnerabilidad que ha incitado a Juan Goytisolo (autor asimismo

---

<sup>5</sup> *En los labios del agua*, p. 21

obsesionado con Marruecos) a establecer un paralelismo entre el racismo y la misoginia de los hombres blancos y europeos con respecto a su interpretación de la cultura musulmana:

(...) La desigualdad natural de las razas humanas, leemos en buen número de filósofos y ensayistas hasta bien entrado el siglo XIX, se acompaña de una no menos natural desigualdad en los sexos. La inferioridad mental congénita de los africanos, observa Hegel, les expone a la influencia nefasta del fanatismo: “El poder del espíritu es tan débil en ellos” que cualquier estímulo exterior les precipita a la barbarie y el crimen. En un clásico de la misoginia universal, *De la debilidad mental y fisiológica en la mujer* del doctor Moebius, topamos con razonamientos muy parecidos. El siquiatra alemán, cuya obra gozó de gran difusión a fines del pasado siglo, juzga a las mujeres dependientes, inferiores e incapaces de progreso, recurriendo a cada instante, en apoyo de sus tesis, a un paralelo con los pueblos atrasados. Un determinismo biológico condena a unas y a otros a un *status* de inmovilismo y sometimiento. Según Moebius, no habrá mujeres pintoras, escritoras, científicas, etcétera —la única capacidad que les concede es la de producir hijos— porque, en cuanto simples apéndices del hombre, no pueden alcanzar, a diferencia de éste, la plenitud individual. Para Hegel, como para su antecesor Montesquieu, el africano “se ha detenido en el periodo de la conciencia sensible; de ahí, su imposibilidad absoluta de evolucionar (...) Su condición no admite desarrollo, ninguna educación (...) no hay nada en su carácter que concuerde con lo humano.” (...) Por extraer su arsenal teórico de las mismas premisas —biológicas, culturales, metafísicas—, misoginia y racismo se dan inevitablemente la mano.<sup>6</sup>

En su autobiografía, ARS describe una escena alucinante que tiene lugar en las playas de dunas que rodean a Essaouira (Mogador) y que contempló durante su primer viaje a Marruecos. Dicho episodio, al mismo tiempo que echa por tierra su idea primigenia de las musulmanas como mujeres sumisas y

---

<sup>6</sup> “Sensualidad y fanatismo: la creación de una imagen”, *Los ensayos*, Península, Barcelona, 2005, p.p 297 y 299

sexualmente reprimidas, habría de decidir su poética, más exactamente, *la voz* de su escritura:

... De pronto, justo junto a nosotros se colocó un grupo de diez mujeres con velos y *djelbas*, la túnica marroquí larga hasta el suelo y con capucha. Un hombre con un fusil las cuidaba a la distancia. Verlas tan vestidas nos parecía una expresión típica del lugar discriminado de la mujer en la sociedad árabe. Justamente hacíamos ese comentario cuando una de ellas vino a nuestro lado seguida por las otras. Desplegaron sobre la arena una especie de alfombra y se desvistieron completamente. Sus pubis perfectamente depilados y tatuados nos tuvieron hipnotizados un buen rato. Sus manos con las palmas rojas, llenas de *kojol*, eran la algarabía, la música festiva, de esos cuerpos como de sueño que jugaban con la espuma de las olas y con mi mirada igualmente alborotada. *Sus voces árabes, un poco roncacas, me parecían decir, entre risa y risa, tan sólo palabras mágicas.*<sup>7</sup>

Desiertos amorosos, horizontalidades infinitas, carnales, misteriosas, melancólicas, sobre todo melancólicas (aunque en las novelas de ARS la melancolía o *la solar* distan de tener una connotación negativa, mucho menos morbosa); risas femeninas que conforman un lenguaje íntimo, el cuerpo de la amada como ciudad, como desierto, geografía del deseo tatuada en la imaginación del amante que por oasis último tiene el sexo de la amada. El coito, para los mogadorianos de ARS es, como para el místico Ibn Arabi, la forma de unión más perfecta entre las almas. Y si bien Pierre Jourde asegura que las utopías son por definición antidesiertos<sup>8</sup>, ARS incorpora el Desierto a un mundo utópico en el más puro sentido fourieriano, es decir, un mundo

---

<sup>7</sup> *De cuerpo entero*, p. 43. Las cursivas son mías.

<sup>8</sup> *Geografías imaginarias. De algunos inventores del siglo XX: Gracq, Borges, Michaux y Tolkien*, Edere, México, Primera edición en español, 2005, traducción del francés de Adriana Santoveña Rodríguez.

amoroso, emotivo, pasionario, reproducción exacta de los vastos territorios de la piel. Desierto equivale a amorosa cópula entre Mogador y Sonora, dos almas reunidas en el volátil abrazo de sus dunas: “Mogador es una ciudad de voces que resuenan y sus murallas son como los labios que amplifican y modulan su canto. Sobre cada una de las seiscientos sesenta y seis torres que tiene la muralla, un dragón hueco de piedra, que gira con el viento como veleta, recibe los ruidos de la ciudad por un embudo entre las piernas traseras, y los lanza por las fauces transformados en complicado canto arabesco que, dicen, hace llorar de emoción a quienes por primera vez lo escuchan.”<sup>9</sup>

Al ocuparse del Desierto, nos dice Jourde, la imaginación trabaja con el vacío, como sobre una tabula rasa:

Al igual que el mar, esta carencia infinita pide un observador, una mirada fascinada. El Ser se coloca frente a la nada, pero esta nada es una fuerza que logra devolverlo a su ausencia interna. El observador del desierto experimenta la frustración de la conciencia que ya no encuentra objeto, que se libera. Mirar el desierto es mirar la nada. Por lo tanto, la mirada ya no tiene un objeto, sólo queda la mirada en su soledad. Tras despojarse de esa manera, la conciencia crea su propio objeto: el desierto es el territorio de lo imaginario, el origen de los sueños. Provoca el vértigo que se experimenta ante aquello que, de tan carente de todo, podría originar cualquier cosa: es el país de la espera.<sup>10</sup>

Lo anterior podría resumir por qué ARS establece una asociación permanente del espacio desértico con la melancolía, presencia arraigada en el ánimo de los deseantes que pululan en Mogador, y que este autor define en profundidad pese a la aseveración de Monges de que su obra no se ocupa de profundos conflictos psíquicos, acaso porque la terminología

---

<sup>9</sup> *Los nombres del aire*, Primera edición en Punto de lectura, 2003, México, p.p 53 y 54.

<sup>10</sup> *Geografías imaginarias*, p. 60



freudiana es reemplazada por metáforas de la misma: "(...) Su leve y recién adquirida melancolía estaba hecha de esos sobresaltos que no son precisamente la más negra tristeza: una capa neutra impidiéndole entusiasmarse por las cosas de todos los días; pero una capa que, por otra parte, resguardaba las imágenes vivas del más profundo de los entusiasmos ocultándolo a la vista de los demás, aprisionándolo para ella (...)"<sup>11</sup>

### **Los puentes de arena de la memoria**

Además de la serie de Mogador, Alberto Ruy Sánchez Lacy ha publicado los ensayos *Una introducción a Octavio Paz* (1990) por el que obtuvo el Premio José Fuentes Mares; *Los demonios de la lengua* (1998), *Con la literatura en el cuerpo* (1995) y *Diálogos con mis fantasmas* (1995), y los libros de relatos *La inaccesible* (1990) y *Cuentos de Mogador* (1994), que no forma parte de la serie, como tampoco *Nueve veces el asombro*, curiosa guía turística y cultural para comprender mejor el entorno mogadoriano, pero que incorporamos al presente estudio para apoyar algunos de los conceptos vertidos con respecto a las tres novelas de la serie. Por *Los nombres del aire*, obtuvo los premios Xavier Villaurrutia en 1987 y por *En los labios del agua*, el Prix des Trois Continents. Cursó un doctorado en París bajo la tutela de Roland Barthes, Gilles Deleuze y Jacques Rancière. El Gobierno de Francia, país donde sus libros gozan de una acogida muy especial, lo condecoró como Oficial de las Artes y de las Letras. Desde 1988 dirige la revista *Artes de México*, la publicación mexicana de arte que más premios ha obtenido a nivel internacional, cincuenta en total.

---

<sup>11</sup> *Los nombres del aire*, p. 98

“Soy de origen sonorenses —explica Alberto Ruy Sánchez—. Mi familia es de Álamos por varias generaciones y emigraron a Navojoa. La gran mayoría permanecen ahí. Mi madre es de Cajeme y de niño viví en Ciudad Obregón y otra temporada en Baja California, donde el desierto, geográficamente, se llama Desierto de Sonora, aunque política y geográficamente, sea otro estado. Incluso a Arizona se le llama Desierto de Sonora, y viví ahí hasta que fui al Desierto de Sonora y ahí, de golpe, me vino el recuerdo de muchas escenas que había vivido de pequeño. De alguna manera, en Marruecos recuperé Sonora y Baja California. De un desierto a otro, por un puente de arena de la memoria, logré integrar una parte de mi propia historia. Sonora sigue siendo para mí un lugar sumamente atractivo. Una vez, en Marruecos, me dijeron: ¿por qué mezcla un lugar real como Mogador con un lugar imaginario como Sonora?, y en Sonora un periodista me preguntó, ¿por qué mezcla un lugar real como Sonora con un lugar imaginario como Mogador? Esto quiere decir que todos somos imaginarios para los otros.”<sup>12</sup>

Apunta en su autobiografía:

...Porque una mañana del invierno de 1975, en un oasis del norte de África, la memoria me tendió un puente sorpresivo y secreto hacia un desierto de mi infancia, en el norte de México, a mediados de los años cincuenta. Un pasado que yo mismo no podía saber que tenía en el olvido viajó hacia mí por un puente de arena. Y esa caravana de imágenes, que me llevaba de un desierto a otro entre dos continentes, me dejó algo más que recuerdos, porque abrió en mí una entrada hacia un territorio peculiar de la imaginación, una especie de repentino jardín en el desierto, a cuya sombra imaginaria aún me acojo. (p. 12)

---

<sup>12</sup> Entrevista con Eve Gil, *Revista Siempre!*, *La cultura en México*, 27 de febrero de 2002, p. 62 y 63

Estos aspectos autobiográficos se advierten principalmente en el Juan Amado de *En los labios del agua* y en Jassiba, de *Los jardines secretos de Mogador*, si bien Juan Amado termina siendo producto de la pluma de la abuela de Jassiba, razón por la cual no es de sorprender que ambos personajes tengan un abuelo con raíces sonorenses; en el caso de Juan Amado, un inmigrante llamado Jamal Al Gosaibi que cambia su apellido por González, apenas llegar a Sonora; en el de Jassiba, alguien que vivió entre el puerto de Mogador, Granada y la ciudad minera de Álamos, por lo que prácticamente podría ser el mismo abuelo. Dice Juan Amado: “En la familia siempre hemos sabido que pertenecemos a una tradición de minorías en la que lo arábigoandaluz llega a México muy escondido en nuestros ancestros, negando públicamente su nombre, seguramente perseguido, pero siempre hirviendo en la sangre de los hombres que vinieron de Andalucía y más al sur. ¿Es tal vez Andalucía, y hasta Mogador, tierra de Sonámbulos, de buscadores insaciables, de ser amados?”<sup>13</sup>

En la narración de la historia de Amado, el abuelo árabe vuelto mexicano (“formación de piedra y carácter de cactus”), Juan Amado recrea la experiencia de aquel al ser secuestrado de niño por los indios yaquis, y si bien parte de una escena sumamente violenta, donde, en medio de uno de los ataques, la hermanita del abuelo Amado queda ensartada a su sillita con una flecha en el pecho, concluye diciendo que su abuelo, que es devuelto a sus padres gracias a un canje por mercancía, admira a los yaquis como a nadie, más que nada debido a su lenguaje:

Abuelo, ¿por qué les hablas (a las mujeres) en yaquí?, le dije muy intrigado cuando ya ellas se habían ido, encantadas con los cortejos del viejo, más ágiles entonces que sus pasos. “Porque la lengua yaquí es como

---

<sup>13</sup> *En los labios del agua*, p. 50

agua suavecita. Cuando tocas a las mujeres con esas palabras de agua sienten rico, quieren más. ¿Por qué crees que los yaquis tienen tanto éxito con las mujeres? Por el agua. El que toma agua en un pueblo yaqui nunca se va. De verdad es buena. Allá no hay amor sin agua. Cuando de niño me quise ir del pueblo (yaqui), traté tres veces y no pude. Viendo que me iba poniendo cada día más triste, el chamán me dijo que me aguantara la sed lo más que pudiera. Sólo así pude regresar. Como un mes después de que ya habían negociado con mi papá para dejarme ir. (*En los labios del agua*, p. 58)

La huérfana Jassiba, por otro lado, sufre añoranza por el padre recientemente fallecido, misma que, reconoce ARS, sufría él mismo al momento de escribir *Los jardines secretos de Mogador*, de modo que las palabras de Jassiba (mujer culta que cita a Cervantes y a Bocaccio) pueden ser puestas en labios de ARS, así como las de Juan Isidro, que nos hace una confesión idéntica a la hecha por el autor: "(...) Pienso en el paisaje que vi de niño en el desierto de Sonora y me viene de pronto la impresión de que al llegar al Sahara una parte de aquella infancia se despierta en mi memoria y vive de nuevo sólo porque estoy aquí." (p. 120).

Su fascinación por el desierto y por la cultura árabe ha hecho a ARS indagar en ese otro ingrediente del mestizaje sobre el que los mexicanos raramente se preguntan: "Pertenece aquí tanto como al lugar donde naciste —le dice Abdel Kader al hipotético Juan Amado de *En los labios del agua*—. México es una trenza complicada de naciones, de mil pueblos y de mil castas dispersas en sus vientos enrarecidos. Es un hervidero de razas. De minorías, como les gusta decir ahora. *Es más árabe que español. México es un país árabe que se desconoce*"<sup>14</sup> El Desierto de Sonora es, a la escritura del desierto de Ruy Sánchez, el espacio donde convergen los

---

<sup>14</sup> Las cursivas son mías, p. 163

mexicanos con sus antepasados árabes, quizá sus verdaderos antepasados, aunque, como se apunta también en *En los labios del agua*, los árboles genealógicos de los llamados Sonámbulos, esa curiosa raza que reúne a los desiertos del Sahara y de Sonora en el corazón, se entretejen no a partir del parentesco consanguíneo, sino de las afinidades en el deseo (entendido como deseo erótico, sí, pero también *deseo* por lo que no se tiene ni se tendrá; por lo que no sabemos que nos hace falta y sin embargo sangra por el hueco de la ausencia, especie de nostalgia ciega); los Sonámbulos son, nos dice, enjambres de sueños.

Muy pocos autores se han cuestionado en forma tan enfática acerca del ingrediente mozárabe de nuestro mestizaje, pudiera decirse, incluso, que se le ha negado, particularmente por los autores españoles que, como bien señala Goytisolo, han sido los encargados de estereotipar la figura del árabe, del musulmán, “Entre el marroquí de carne y hueso que vive la tragedia del subdesarrollo y colonización de su país y “el moro violador” que acosa obstinadamente la fantasía hispana media la misma distancia que entre el personaje moro de Otelo y el actor que lo encarna”<sup>15</sup> Dentro de las letras mexicanas, ARS es de los pocos, si no el único, que ha establecido paralelismos entre nuestra cultura y la cultura árabe aunque, como veremos más adelante, la diferencia esencial entre él y Goytisolo, es que ARS ha re elaborado ese mundo sensual que, a decir del español, pertenece más a la imaginación colonialista de los novelistas europeos que a la realidad. El Mogador de ARS, fusionado con el desierto de Sonora, es un Mogador mexicano.

---

<sup>15</sup> “De “Don Julián” a “Makbara”: una posible lectura orientalista”, *Los ensayos*, p. 259

## Desiertos de pasión

Aunque ni Mogador ni el Desierto de Sonora son territorios ficticios, y son además espacios familiares y complementarios para ARS, los ha instalado en la ficción, *su ficción*, a través de un lenguaje que amalgama las propiedades lingüísticas de los hablantes de ambos desiertos, de tal suerte que tanto un paisaje como otro son creaciones más que *re* creaciones; tan individuales, tan únicos, tan mágicos como un Comala o un Macondo. Dice Jourde: “¿Por qué no llamar imaginario el espacio que recorrió Ulises, aunque sepamos que se trata del Mediterráneo? ¿O al Japón de Barthes en *El imperio de los signos*? Al fin y al cabo, cualquier lugar o espacio que aparezca en una obra es por definición imaginario, de modo que la Touraine de *Gargantúa* lo es tanto como la Orsenna de *El mar de las Sirtes*.”<sup>16</sup> Actualmente a Mogador se le conoce como Puerto de Essaouira, ciudad amurallada que ha recibido decenas de nombres, entre otros, Amogdul, Migdol, Mogdul, Moldura y, recientemente, Mogador, nombre que conservan las islas frente al puerto. El nombre se deriva de una palabra fenicia empleada para designar un faro o un sitio elevado de observación. ARS señala en su autobiografía que a la ciudad actual se le denomina también “Essaouira, la bien trazada”, aunque su nombre signifique “pequeñas murallas”. En Mogador filmó Orson Welles una parte de su *Otelo*. “Él mismo sale como “el moro de Venecia” y su furia, su ciclón de celos, no podía tener mejor expresión que esta fortaleza metida bruscamente en el mar.”<sup>17</sup>

ARS no ha restringido su poder creativo a una ciudad y a un desierto; ha estructurado, en torno a esa creación primigenia, todo un sistema de valores, de símbolos, de

---

<sup>16</sup> *Íbid*, p. 17

<sup>17</sup> *Íbid*, p. 41 y 42

metáforas, de costumbres, y las ha hecho crecer sobre la restaurada ruina de un pasado histórico del cual derivan una cultura, unas leyes y una red de creencias, religiosas y supersticiosas. Se ha tomado, pues, la misma licencia que Borges al levantar el mundo de Tlön: “¿Cómo no someterse a Tlön, a la minuciosa y vasta evidencia de un planeta ordenado? Inútil responder que la realidad también está ordenada. Quizá lo esté, pero de acuerdo a leyes divinas —traduzco: a leyes inhumanas— que no acabamos nunca de percibir. Tlön será un laberinto, pero es un laberinto urdido por hombres, un laberinto destinado a que lo descifren los hombres.”<sup>18</sup>

Definitivamente, el Mogador de ARS poco tiene que ver con un Marruecos concreto. Pudiera pensarse también que se trata de una recreación a partir de otras recreaciones (Southey, Walter, Scott, Landor, Flaubert, Irving, Víctor Hugo, Chateaubriand), pero más que un ámbito donde las fantasías sexuales de los blancos europeos se materializan, un paraíso para los propios mogadorianos y, por supuesto, para sus descendientes. Sería factible aplicarle la misma justificación que hace Goytisolo de su novela *Makbara*: “(...) si *Makbara* apunta a una liberación del ser humano a través del amor, opera todavía dentro de la consabida dialéctica de la alteridad especular que creó al Occidente cristiano en oposición al Oriente islámico y que nos impide ver a éste y a sus hombres y mujeres como algo próximo y familiar, cuyas diferencias con nosotros no son superiores sino inferiores a los numerosos, numerosísimos puntos de contacto, y éste es un factor literario con el que el lector deberá forzosamente contar.”<sup>19</sup>

Ambos espacios (Mogador/Sonora) le son entrañables al Desierto del Sahara (*Sahara*, “desierto” en árabe), el más

---

<sup>18</sup> *Ficciones*, p. 435

<sup>19</sup> *Íbid*, p. 265

grande del mundo y el cual comparte frontera con casi todos los países al norte de África. Desierto con algo de jardín pues en su territorio abundan las palmeras y dátiles si bien en las faldas del Atlas Marroquí sólo queda vegetación allende los famélicos ríos. En Mogador, ciudad circundada por el Sahara, siempre habrá ocasión de cultivar un Ryad, esto es, un jardín interno. Jardín del corazón. También se llama Ryad a una casa que incluya un patio con plantas, es decir, un oasis urbano:

De ahí que los poetas místicos árabes afirmen que un Ryad es todo lugar especial donde uno puede unirse a Dios. O que es la unión misma. De la manera en que los poetas místicos cristianos hablan de que llegaron al “jardín florido” para decir que alcanzaron la unión del alma con su Dios amado.

(...) los antiguos poetas de Al-Andalus, grandes exploradores del deseo, usan la palabra Ryad para hablar del corazón caprichoso de sus amadas: “un jardín cambiante bajo el imperio de las estaciones.” (*Los jardines secretos de Mogador*, p. 28)

Ocurre un fenómeno extraordinario en el Desierto — ARS se refiere específicamente al de Sonora—que no pocos han confundido con espejismo: la fugaz aparición de un jardín. Los jardines repentinos del desierto: “(...) Ahí me pareció ver algo que ya no estaba ante mis ojos: la misma luz iluminando esta vez un desierto cubierto de flores. Vientos repentinos las agitaban suavemente. La variedad de los colores me emocionaba y mi padre me explicaba que eran plantas de un día; que durante muchos años las semillas habían permanecido entre la arena esperando la lluvia que las hiciera germinar.”<sup>20</sup>

El Desierto de Sonora, ubicado más o menos entre los trópicos de Cáncer y Capricornio, es asimismo rico en especies vegetales. El verde, color predominante en la poética vegetal de

---

<sup>20</sup> *De cuerpo entero*, p. 21



las novelas de Ruy Sánchez, llega a llamear y encegucen en estos espacios. En *Nueve veces el asombro*<sup>21</sup>, se habla de un tipo especial de aceite que los amantes se untan entre sí, obtenido del fruto del argano, es decir

(...) Un árbol que crece a la entrada del Sahara. Es relativamente pequeño, casi arbusto, pero de raíces muy profundas. Es una planta muy verde encendida entre los ocres del desierto y que da a las tierras áridas del norte de África uno más de sus misterios. Es pariente lejano del huizache y del mezquite que pueblan a su manera los desiertos del norte de México. Son plantas muy antiguas que los científicos llaman Voraces porque sus raíces crecen más rápido que sus follajes y pueden ser veinte veces más grandes que sus troncos y sus ramas. Los amantes piensan que así quieren crecer uno dentro del otro, con voracidad veinte veces desmedida. Con sed veloz en las venas más ocultas y vueltos aceite al final del día.

El aceite de argano es un poco más oscuro y amarillo que el del olivo. Huele y sabe a ese tipo de nuez que llaman “del paraíso”, dejando una sensación perfumada que corre veloz dentro de la boca y se aloja inconfundible en la parte de atrás del paladar. En algunas tribus nómadas se considera que este aceite es afrodisíaco. Que instala inmediatamente en quien lo prueba un decidido ánimo de amar. Aceite oasis, aceite paraíso. (p. 14)

En estas tierras prodigiosas convergen, junto con el Desierto de Sonora, los de la Gran Cuenca, el Mohave y el Chihuahuense. “El Desierto Sonorense —escribe Norma Núñez— es el más rico de los cuatro por su gran diversidad biológica y por su alternancia geológica. Se encuentra en más de la mitad del estado de Sonora, en dos tercios de la península de Baja California y está presente en todas las islas del Mar de Cortés; también lo comparten Arizona y una pequeña porción de California.”<sup>22</sup> El Desierto de Sonora, agrega Núñez, es un

---

<sup>21</sup> Alfaguara, México, 2005

<sup>22</sup>[http://www.mexicodesconocido.com.mx/espanol/naturaleza/reservas\\_biosfera/detalle.cfm?idpag=2727&idsec=8&idsub=0](http://www.mexicodesconocido.com.mx/espanol/naturaleza/reservas_biosfera/detalle.cfm?idpag=2727&idsec=8&idsub=0)

desierto joven que terminó de expandirse a finales de la última glaciación, hace alrededor diez mil años. Es la perfecta tabula rasa a la que alude Jourde, un espacio impenetrable que es penetrado y poseído, sin embargo, por la imaginación poética de Ruy Sánchez quien antepone el desierto idealizado al geográfico: como en Julien Gracq, es una fuente de posibilidades, una tierra de *raghes* (espejismos), es decir, la pantalla, dice Jourde, “(...) donde se objetiva monstruosamente el deseo del sujeto.”<sup>23</sup> En el Desierto tiene ARS el inmenso cuaderno o sábana dorada en que plasma una poética que amalgama los elementos antagónicos del mismo: agua y fuego. El agua es la hoya del Desierto. El fuego, su sexo.

Pero el Desierto, nos dice ARS, no es sólo arena, más aún, sólo una pequeña parte lo es. La piedra domina el paisaje, extensas llanuras rocosas, antes de penetrar las dunas del Sahara, esas inmensas montañas viajeras a las que el aire mueve grano a grano, y las piedras (valles secos, montañas, mesetas, cráteres) son, a decir de un geólogo alemán que acompaña al escritor mexicano y a su esposa Margarita en su reconocimiento del Desierto, vida condensada. Los viajeros y sus camellos se confunden con las piedras, se transforman en murallas ambulantes.<sup>24</sup> Inmenso cuaderno o sábana dorada en que Ruy Sánchez plasma una poética que amalgama sus elementos antagónicos: agua y fuego, siendo el agua la representación arquetípica del deseo femenino. Representa, pues, la superficie sobre la que se desliza la pluma del escritor, mientras que Mogador es el significado mismo de la escritura; de la pasión por la escritura. A partir de Mogador, ARS ha fundado una genuina poética del desierto en la que la escritura se vuelve simbiosis del desierto mismo.

---

<sup>23</sup> *Íbidem*, p. 62

<sup>24</sup> *De cuerpo entero*, p. 26

Kadiya es, en cierto modo, personaje creado por Fatma en *Los nombres del aire*. La narración comienza con una jovencita que contempla hambrienta el vacío a través de su ventana, lo que brinda una poética idea de soledad y de búsqueda desesperanzada, y termina solazándose entre los brazos de una jovencita que podría ser su imagen en el espejo, al grado de hacer suponer al lector que Kadiya es producto de la imaginación de Fatma. Más tarde sabremos que se trata de una prostituta casi niña. La escritura o caligrafía forma parte del *modus vivendi* de los Mogadorianos, al grado de que los pescadores exigen de sus clientes una descripción detallada y hermosa de los peces deseados.

A Aziz (que como “Juan” significa “Amado”), uno de los dos narradores de *En los labios del agua* y supuesto escritor de *En los nombres del aire*, no lo llama “escritor” sino “calígrafo”, lo que de algún modo otorga cierto toque hedonista a la escritura la cual se transforma en un medio idóneo para asir el objeto deseado, transfigurarlo y cortejarlo. No debe extrañarnos, por tanto, que los libros escritos en Mogador sean organismos vivientes, que como tales tiendan a transformarse inexorablemente hasta pudrirse. La escritura viva no siempre requiere volcarse en el papel, a veces se plasma sobre una tela o sobre el cuerpo del deseo, sea este masculino o femenino. En Mogador los libros, que contienen la escritura y por consiguiente las emociones de sus calígrafos, palpitan como el corazón de quien los escribe y de quien los lee:

(...) Está probado, según el filósofo del siglo XVII Robert Burton en su imprescindible *Anatomía de la melancolía*, que la absorción de muchos libros produce una inclinación a la tristeza reflexiva. Su peso en la sangre, más el tono de sus tintas, incrementa la bilis negra. A diferencia de los lectores de un solo libro, que viven la tendencia a convertirlo dentro de su cuerpo en bilis amarilla: en ira. Dicen que absorben más papel que tinta. El

temperamento colérico se alimenta especialmente de esos libros únicos que en algunos círculos viciosos se consideran sagrados.<sup>25</sup>

En Mogador los libros, como el desierto, son vastas extensiones del desierto, son llanuras que reproducen el cuerpo del deseo. Reflejo de una búsqueda perpetua y cargada de trampas, aunque trampas maravillosas que quedan tatuadas en la piel del amante, piel con que se forran los libros eternos. Y si bien el Desierto de Sonora es meramente referencial, una proyección amorosa del Sahara, Alberto Ruy Sánchez plasma en su tetralogía de Mogador no solo su inmenso amor por el paisaje de su infancia, sino también un temperamento forjado a fuerza de sol, de arena, de sed que es deseo de oasis, “A partir de aquí ya no sabemos nada, ni qué es cierto, ni qué es suyo, ni si vale la pena contar historias deshiladas aunque haya en su público seguidores que las aman y otros que las detestan. Él deshila y deshila y sigue contando....”<sup>26</sup>

---

<sup>25</sup> *Nueve veces el asombro*, Alfaguara, México, 2005, p. 98

<sup>26</sup> *Los jardines secretos de Mogador*, p. 174

## Espejismos de la razón: literatura del extrañamiento

*...ese paisaje que de puro interminable cansaba los ojos se ponían a llorar,  
no por sentimiento sino para tener con qué aplacar la sed.*

A.R

*Los presuntos salvajes de América (...) conocen el honor, del que nunca han  
oído nuestros salvajes de Europa. Tienen una patria, la aman, la defienden;  
establecen tratados; se baten con valor y frecuentemente hablan con una  
energía heroica.*

Voltaire,

*Essai sur les mœurs*

El proceso de globalización lleva más de cinco siglos y empezó con la conquista de América por los españoles, y si el proceso ha sido lento se lo debemos en mucho a la ritualidad, “El recelo de la mentalidad identataria frente a lo global es el mismo que estremece al cardumen desprotegido ante el ataque del depredador voraz —dice Leonardo Da Jandra—. La voracidad autoritaria no conoce límites, su objetivo es la total aniquilación. Y no nos puede caber la menor duda de que lo identatario sería devorado completamente por la globalización de no existir lo sagrado y lo festivo como último reducto de autenticidad.”<sup>27</sup>

Dicho proceso, como bien señala Da Jandra, alentó la voracidad autoritaria del viejo continente, pero contribuyó asimismo a multiplicar los puntos de vista para contemplar y concebir el arte al volver conscientes a los europeos de la existencia de un “otro”. Para formarnos una idea del impacto que a nivel cultural, científico y humano tuvo el descubrimiento del Nuevo Continente, imaginemos que descubriéramos mañana, o

---

<sup>27</sup> *La hispanidad, fiesta y rito, una defensa de nuestra identidad en el contexto global*, Plaza & Janés, México, 2005, p. 27

mejor dicho, confirmáramos la existencia de los extraterrestres (los europeos intuían también la existencia de un “otro”). Ello, sin duda, vendría a modificar nuestros conceptos en todos los campos de la actividad humana, entre ellos, el de la creación artística. De este desvelamiento del “otro” surge lo que el historiador Carlo Ginzburg denomina como “extrañamiento” que consiste, sí, en descifrar a ese otro, y que ese otro nos decodifique o deconstruya a nosotros y nuestros actos pretendidamente civilizados para mejor comprensión de los mismos (o de su futilidad), siguiendo un poco el proceso propuesto por Marco Aurelio: “(...) cuando las cosas dan la impresión de ser dignas de crédito en exceso, desnúdalas y observa su nulo valor, y despójalas de la ficción por la cual se vanaglorian.”<sup>28</sup> Ginzburg, fue motivado por el formalista ruso Viktor Sklovski, el primero en hablar de la noción de “extrañamiento” (*ostranienie*), aplicándolo a un cuento de Tolstoi, narrado por un caballo (*Kholstomer*), donde el propósito pareciera ser la exposición de la inutilidad de las pasiones humanas a través del desconcierto del animal. Para Slovski, el “extrañamiento” es el procedimiento por medio del cual el arte se apodera de la realidad:

Para reavivar nuestra percepción de la vida, para hacer sensibles las cosas, para hacer de la piedra una piedra, existe lo que llamamos arte. El fin del arte es darnos la sensación de la cosa, una sensación que ha de ser visión y no sólo reconocimiento. Para alcanzar este resultado, el arte se sirve de dos procedimientos: el extrañamiento de las cosas y la complicación de la forma, con la que tiende a hacer más difícil la percepción y a prolongar su duración. En el arte, el proceso de percepción es de hecho un fin

---

<sup>28</sup> “Extrañamiento”, *Ojazos de madera, nueve reflexiones sobre la distancia*, Editorial Península, Barcelona, traducción del italiano de Alberto Clavería Ibáñez, 2000, p. 20

en sí mismo y ha de ser dilatado. El arte es un medio para experimentar el devenir de una cosa; para él lo que ha sido no tiene importancia alguna.<sup>29</sup>

Ginzburg define el extrañamiento de la siguiente manera: Para *ver* las cosas lo primero es mirarlas como si no tuvieran ningún sentido: como si fueran una adivinanza.<sup>30</sup> Procedimiento a través del cual La Bruyère y Voltaire nos hicieron comprender el drama de los campesinos. En vez de decirnos “Los campesinos viven como animales”, los representan como animales que, casualmente, resultan ser hombres, “(...) describir a los campesinos como si fueran animales o salvajes —señala Ginzburg—, como hicieron respectivamente La Bruyère y Voltaire, no es tan distinto de considerar los platos catados como si fueran (en palabras de Marco Aurelio) “el cadáver de un pescado, de un pájaro o de un cerdo”. En el seno de esta tradición, el extrañamiento es un medio de superar las apariencias o de alcanzar una comprensión más profunda de la realidad.”<sup>31</sup>

Uno de los aspectos que hace de *La visita, un sueño de la razón*<sup>32</sup>, de Agustín Ramos, una novela tan vitalista y original, es justamente este proceso del que muy pocos autores han echado mano para plantear el choque cultural entre el Viejo y el Nuevo continentes. Quienes abordan el conflicto suelen tomar partido por uno de los dos bandos y enfocar la narración ya desde la perspectiva de los colonizadores, ya desde la de los colonizados, y aún entonces brilla por su ausencia el “extrañamiento”, pues la visión, provenga de donde provenga, es de terror, odio o malsana curiosidad. No se advierte interés

---

<sup>29</sup> *Íbid*, p. 16

<sup>30</sup> P. 21

<sup>31</sup> *Íbidem*, p.p 34 y 35

<sup>32</sup> Editorial Océano, Colección El día siguiente, México, 2000.

alguno por desmontar el discurso contrario para familiarizarse con él. En este caso, se trata de un extrañamiento mutuo, que nos permite penetrar dos mundos opuestos, que a la distancia histórica se nos han vuelto idénticamente ajenos, y comprenderlos en toda su pobreza y grandeza. Dichos mundos, el “civilizado” y el “salvaje”, afirmación que, como veremos más adelante, es puesta en tela de juicio gracias al procedimiento del “extrañamiento”, están representados por dos protagonistas antagónicos y cuya participación está implícita en el título de la novela: el visitador José de Gálvez y el jefe seri, Tiemblatierra.

### **El autor y sus motivos**

Uno de los aspectos que inspiró a Agustín Ramos la escritura de la novela *La visita*, fue justamente la perplejidad que le produjo el descubrir que pese a la agresión de los siglos, particularmente, dice, del populismo de los años setentas y del neoliberalismo actual, los indios seris mantuvieran intactas sus costumbres, su organización, sus ritos y su concepción del mundo, “Cuando estaba investigando para mi novela histórica *Tu eres Pedro*, sobre la vida de Pedro Romero de Terreros, Conde de Regla, me enteré de que éste, ya desesperado porque las autoridades virreinales no podían resolverle un conflicto laboral con sus operarios de minas, recurrió al personaje más poderoso después de Carlos III. Este hombre era José de Gálvez. Sus principales opositores no salieron de la corrupta e ineficiente administración virreinal sino de su propia mente (enloqueció, como sabes) y de las montañas de Sonora, con los seris y sus caudillos”.

Y agrega: “Me fui a vivir unos meses a Hermosillo. Nadie sabía dónde estaba el Cerro Prieto, tardé una semana en averiguar que se trataba de una sierra muy cercana a Hermosillo pero que le habían cambiado el nombre en la época juarista. El



paisaje está fundido a los personajes: sierra, mar, altura, calor enloquecedor. Y la gente, altiva, inescrutable.” Afirma Ramos que admira todo de los seris: su economía, su resistencia y sus cualidades físicas tales como la extraordinaria agilidad física y la belleza de sus facciones, las cuales serán exaltadas en su novela en términos tan grandilocuentes como los empleados por Francisco Rojas González en *Lola Casanova*, novela que, por cierto, Ramos no leyó:

(...) Tiemblatierra no era deforme más que de fama y que si parecía monstruoso era porque los seris le daban demasiada importancia a la perfección física, y sobretodo a la agilidad y a la elegancia en el andar. Tiemblatierra cojitraneaba con un balanceo que hacía cimbrar el suelo. No obstante, su delgadez, el sol sin resquicios de sus ojos, de su cabellera y de su oscurecida piel, más la brisa suave de su hablar, lo hacían parecer un dios del olimpo griego antes que una criatura del infierno cristiano (...) Quizá Tiemblatierra fuese un poco más alto que el resto, porque sobrepasaba los dos metros actuales, pero en lo demás tenía lo mismo, la pequeñez del cráneo, la cara un óvalo alargado, su cuerpo sin grasa ni músculo, los pies como raíces para nadar en el filo de los precipicios de la tierra, y como espátulas para caminar arriba, abajo y en medio de las aguas. Ave en los cerros más escarpados de la Nueva España, pez en las más fuertes marejadas de los dos océanos, espina de fuego en la hora de la guerra más duradera de todos los tiempos: la guerra para el exterminio de los hombres originales de América. (p. 116)

### **El autor y su obra**

A Agustín Ramos, nacido en Tulacingo, Hidalgo, en 1952, se le considera un autor intermedio entre José Agustín y Juan Villoro, es decir, entre las literaturas de La Onda, de la que se advierten marcadas influencias en su escritura, especialmente en su

novela más reconocida, *Al cielo por asalto*<sup>33</sup>, y la generación innominada de autores más cercanos a él en edad entre los que destacan el propio Villoro, Enrique Serna, Daniel Sada o Carmen Boullosa. De Agustín Ramos ha dicho José Agustín, refiriéndose concretamente a *Al cielo por asalto*: “Agustín Ramos destaca también por su limpieza estilística. Toda su prosa en verdad encierra un trabajo riguroso, que bordea en el manierismo, pero a la vez le permite mostrarnos, antes que nada, una inteligencia brillante y crítica, sentido del humor y también una franca alineación con las luchas y manifestaciones populares. No sólo es la presencia de la ciudad de México en sus estratos de clase media baja o lumpen proletarios, sino la reverencia a canciones, poemas, refranes, dichos, lugares comunes, que componen nuestro basamento cultural.”<sup>34</sup> Escritor eminentemente urbano, autor de la mejor novela que se ha escrito sobre el llamado “halconazo” del 10 de junio de 1970, *Al cielo por asalto* se caracteriza por una prosa simultáneamente poética y desparpajada que alcanza la maestría en la novela que nos ocupa, *La visita*, *Un sueño de la razón*, paradójicamente, la menos atendida de su producción no obstante tratarse de una obra innovadora, sumamente entretenida, que aborda además un episodio muy poco conocido de la historia de México. Cuando se le pregunta a Ramos por qué se la dedica al Ejército Zapatista de Liberación Nacional, responde: “El libro, en su versión original, para jóvenes, me fue pedido por el Fondo de Cultura Económica. Lo entregué en diciembre de 1993 y a mediados de 1994 me dijeron que no lo

---

<sup>33</sup> Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, México, Primera edición del FCE, 2004.

<sup>34</sup> Josep F. Velez, *Escritores mexicanos según ellos mismos*, Compañía Editorial Impresora y Distribuidora, S.A, México, 1990, p. 37.

publicarían. No tuve que averiguar el motivo: supongo que se debía a la similitud histórica entre un gran proyecto modernizador (las reformas borbónicas) y otro que, mutatis mutandis, se le asemeja (las reformas neoliberales), ambos entorpecidos, saboteados, cuestionados y finalmente puestos en entredicho por un grupo indígena minoritario, sumido en la miseria. La dedicatoria salió naturalita, no había de otra.”

Otras de las novelas de Agustín Ramos son *La vida no vale nada* (1982), *Ahora que me acuerdo* (1985) y *Como la vida misma* (2005, Tusquets Editores). Ha publicado asimismo la colección de ensayos narrativos, *Manifiestos, De asombros y costumbres* (2003, Ensayo Tusquets), así como los ensayos *Río de estrellas*, *La herencia de los Bustamante* y *La gran cruzada*. Ha incursionado en la dramaturgia con *La cadena (Relaciones humanas)* y *No importa perderlo todo*. Estudió lengua y literatura en la UNAM. Dirigió el Consejo Estatal para la Cultura de Hidalgo y creó el Museo Interactivo El Rehilete, de Pachuca.

### **Antecedentes históricos**

La lucha conservadora de los indios seris de Sonora, hay que decirlo, se mantiene en pie. Nunca han dejado de resultar incómodos para los gobiernos y la táctica más reciente ha sido ignorarlos por completo. Al 7 de junio de 2005, los seris llevaban cerca de un mes sin agua ni servicios médicos, lo cual resulta terriblemente grave, especialmente si tomamos en cuenta que se encuentran a una temperatura no menor de 45 grados a la sombra<sup>35</sup>. Ante semejante acoso de la autoridad competente, los moradores de Punta Chueca (jurisdicción del municipio de Hermosillo) han de pasearse con rifles 30-30 a cuestas. El 26 de junio del 2000, seris de Desemboque y Punta Chueca se

---

<sup>35</sup> Periódico *El Imparcial* de Hermosillo, julio 7 de 2005.

declaran dispuestos a recuperar mediante las armas diez mil hectáreas de territorio sagrado que un notario público usufructúa desde hace quince años<sup>36</sup>. La guerra con los opresores ha conocido muy poca tregua a través de los siglos, y si bien los seris han admitido a regañadientes el pase de la tecnología a sus dominios, conservan intactas sus costumbres y rituales, las mismas de cuando el padre Kino inició su búsqueda de las conchas azules. Apunta Da Jandra: “El acontecimiento festivo (erótico o tánático) supone una ruptura de la estructuración cotidiana; el tiempo productivo, ordenado y lineal es desplazado por el tiempo de derroche, desordenado e instantáneo. Como dijo Nietzsche en uno de sus arranques dionisiacos: “La fiesta no quiere trascendencia, sino planificar gozosamente el instante” (...) Es la inversión total de los valores, la reinstauración amenazante del caos primigenio. Pero es al mismo tiempo la más pura expresión de pertenencia y fidelidad, el contrapunto necesario para renovar el acatamiento del orden social existente.”<sup>37</sup>

El título de la novela —*La visita, un sueño de la razón*—, decíamos, alude a los dos protagonistas: el visitador José de Gálvez, quien irá perdiendo paulatinamente la razón a partir de su llegada a Sonora, y el seri Tiemblatierra, antítesis del visitador, quien no obstante pertenecer a una cultura subrayadamente ritual y por ende mágica, hace gala de un sentido común admirable en quien, se supone, es un salvaje, lo que, dice Eduardo Subirats, es un lugar común fomentado, ante todo, por los defensores de lo indígena a quien suponen indefenso y carente de razón: “La defensa del indio como portador simbólico y signo de identidad supone al mismo tiempo su reducción a una pura representación. Históricamente

---

<sup>36</sup> *La visita*, p. 217

<sup>37</sup> *Íbid*, p. 28

hablando, ello significa su postrera conversión es una ininterrumpida serie de conversiones y reducciones.”<sup>38</sup> Esta atinada argumentación de Subirats, facilitará la comprensión que del “extrañamiento” hace Ramos al presentarnos a un indio que, dotado (como todo ser humano) de razón, mira como una concatenación de actos absurdos y bárbaros la incursión en su mundo por el civilizado español que, entre otras cosas, insiste en andar excedido en ropajes a pesar del insoportable calor de la región.

El visitador es un personaje histórico, plenamente identificable: José de Gálvez nació en Málaga en 1720 y murió en Aranjuez en 1787; abogado de la embajada española en Francia, secretario del marqués Jerónimo Grimaldi en 1761. Graduado de la Universidad de Salamanca. Se desempeña como alcalde de corte y casa al momento de ser nombrado visitador especial de la Nueva España por el terrible Carlos III, con el encargo específico de vigilar al virrey Joaquín de Montserrat de quien el monarca recela debido a lo exiguo del monto de la recaudación de rentas. Llega El Visitador a Nueva España en 1761 y pronto logra llevar a Montserrat a juicio. Evidentemente, y como se destaca en *La visita*, el joven y ambicioso abogado aspiraba a ser el próximo virrey, y aunque su “mal estado de salud” se lo impidió, alcanzó a reformar y modernizar el sistema recaudatorio de la Nueva España al introducir el sistema de intendencias, llegando a reunir 6 millones en 1763 y duplicar la cantidad en 1773. Fue Gálvez el comisionado para expulsar a los jesuitas de la zona norte y noroeste del país y a quien se le debe la organización actual de esas tierras, siendo nombrado a posteriori marqués de Sonora. Según la novela de Ramos, la locura del visitador se desencadena apenas pisar tierras sonorenses, en pleno mes de

---

<sup>38</sup> *El continente vacío*, Siglo veintiuno editores, México, 1994, p.32

agosto, cuando el calor propicia alusiones comparativas con el infierno. Cuenta el coronel Leopoldo Martínez Caraza:

Ya en España, el Visitador Gálvez se propuso convencer a Carlos III de la utilidad de hacer reformas administrativas en la vasta jurisdicción del virreinato de Nueva España, fundamentándolas en las experiencias tenidas durante seis años. Una de esas reformas era el antiguo proyecto del Primer Conde de Revilla Gigedo, consistente en crear una unidad de mando militar en el norte de Nueva España con el nombre de Comandancia General de Provincias Internas. Gálvez quiso independizar esa jurisdicción del Virrey, idea con la que no concordaba el Primer Conde de Revilla Gigedo, autor del proyecto original, donde sólo se pedía sujeción directa al virrey.<sup>39</sup>

De Tiemblalatierra, por su parte, hay registro de su paso por el mundo, aunque evidentemente no con la precisión del de su oponente. Se sabe de su existencia por temerosas alusiones en la correspondencia del entonces gobernador de Sonora, Juan Claudio Pineda, quien se refiere a él como a un enemigo de armas tomar. Agustín Ramos partió de esta única referencia para crear al personaje que responde al perfil de los míticos guerreros seris, entre otros, el Coyote Iguana de Lola Casanova.

De Gálvez y Tiemblalatierra, que tienen la misma edad, despuntan hombres al unísono, creciendo con la trama misma, pero no tienen su primer enfrentamiento sino hasta la parte climática. Tanto uno como otro representan algo concreto: José de Gálvez es el invasor y Tiemblalatierra es el indio insurrecto. Representan también algo abstracto: locura y razón. Paradójicamente, la mayoría de los historiadores mexicanos acusa en los indios de la región sonorenses una salvaje renuencia a dejarse conquistar, “civilizar”, por el invasor español, resaltando esta circunstancia no como virtud sino como

---

<sup>39</sup> *El norte bárbaro de México*, Panorama, México, 1983, p.p 73 y 74

necedad, como Leopoldo Martínez Caraza que se refiere a los conquistadores como “(...)verdaderos hombres que a costa de su sangre y sudor, crearon una región tan próspera y rica, formada por los actuales estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sonora, Baja California, Sinaloa, Durango, Zacatecas y San Luis Potosí (...)”, mientras que de los indios, concretamente yaquis, seris y chichimecas, dice, son terribles depredadores que “causaron muchas bajas, (aunque) solo la paciencia y tesón de unos soldados olvidados y de sus familias (españoles) lograron poco a poco terminar una lucha que ensangrentó gran parte del territorio mexicano.”<sup>40</sup> Ramos hace hincapié en los fabulosos alardes de grandeza de de Gálvez, aunque los justifica al remarcar su pasado como pastor de ovejas y el tremendo maltrato del que fue objeto durante su infancia, a manos de su padre. Una de las razones que excitan la irracional ira del padre de José, es la tendencia de este a disfrazarse y fantasear. Desde las primeras líneas queda claro que el joven José no tiene los pies bien puestos en la tierra:

...él se había permitido distraerse con el amarillear de la genista, la flor de la retoma de tintoreros, con el azulear de la salvia, con el rubor aromoso del tomillo y con la fragancia del romero; alguna más, más rara y por ello más espléndida ocasión, había seguido el vuelo de un águila imperial, de una parvada de perdices, desde la ribera de sauces, chopos y robles hasta el dibujo acordillerado del horizonte. (p. 21)

Los españoles de *La visita* son personajes patéticos, completamente opuestos a los que nos describe el coronel Martínez Caraza. Quizá por ello, por ese toque de patetismo, incluso de esperpentismo, resultan verdaderamente odiosos solo mientras representan al ejército invasor. Entonces, Ramos

---

<sup>40</sup> *Íbid.*, p. 7

los expone al peor de los ridículos, pero ya no un ridículo que incita a la simpatía sino a la mofa; los exhibe cobardes (contraviniendo a Martínez Caraza); lo bastante para derrotar sólo a los viejos, a los enfermos y a los niños, y de continuo los mide éticamente con sus contrincantes seris, resultando los españoles muy inferiores en este aspecto, en un eco involuntario de Voltaire, "(...) Voltaire, alumno de los jesuitas, al identificar a los verdaderos salvajes como los que viven en nuestro continente (el europeo), siguió, llevándola a la paradoja, la actitud de sus propios maestros. Voltaire observó la vida de los rústicos europeos desde una distancia infinita, como uno de los protagonistas de su relato *Micromegas*: un gigante llegado de Siria, Su mirada voluntariamente opaca y estupefacta transformó los impuestos, la guerra y la misa en una serie de gestos insensatos, absurdos, carentes de legitimidad."<sup>41</sup> Ramos presenta a los españoles, además, con escasas luces, brutos y bárbaros: los contempla desde su perspectiva de hombre del siglo XXI pero, sobretudo, desde la de los supuestos bárbaros, que son los indios. Entonces, José de Gálvez nos resulta un personaje simpático por su sufrimiento infantil pero ridículo en tanto supuesto civilizador.

Tiembalatierra, que en realidad se llama *Tetacahui*, ostenta ese sobrenombre amenazador no en honor a su bravura sino debido a su cojera, producto de una agresión sufrida cuando niño a manos de los españoles, y que a los ojos de sus congéneres, tan rigurosos con la estética (otro indicativo de que están dotados de razón), lo vuelven monstruoso a sus ojos; monstruoso que no falto de valor. Su cojera, no obstante, es tan imperiosa que, al andar, pareciera hacer temblar a la tierra: "(...) Durante los primeros años esa misma manera de caminar causaría risa, pero conforme él fuera creciendo y

---

<sup>41</sup> *Ojazos de madera*, p.p 30 y 31



robusteciéndose hasta llegar a ser un gigante de casi tres varas y quizá dos quintales de peso o poco más, pisaría con mucha fuerza haciendo retumbar el suelo. Y por esta manera de caminar, como de roble centenario a punto de caer, como de búfalo burriciego en mal camino, lo apodaron Tiemblalatierra. Un apodo que parecía de chanza y sin embargo terminaría siendo un nombre muy de ver y muy de veras.” (p. 55) Tiemblalatierra, “Suave brisa del atardecer de Tetacahui”, es acogido por Jacobo de Baviera, sacerdote jesuita en misión por el ardiente corazón de Sonora, al que Tetacahui empieza sirviendo de intérprete para luego convertirse en su más entrañable amigo, casi un hijo. *La visita* es muy elocuente respecto a la buena disposición, que no sumisión, de los seris para con los misioneros jesuitas; los seris, previamente “conquistados”, que no domesticados, poco más de un siglo antes, por otro sacerdote italiano de nombre Francisco Eusebio Kino<sup>42</sup>. Los seris se dejaron tocar por la palabra de Dios predicado por sus amigos jesuitas, transfigurada en bondad, comprensión y respeto, pero no por los invasores barbados y blancos que pretendían imponer su fe por la fuerza:

(...) conforme el brillo de la llanura dejaba de astillarle la visión, (Jacobo) pudo ver que venían hacia él más de veinte guerreros seris con la cara pintada, armados de arcos, flechas y arpones hechos de maíz de mezquite.

---

<sup>42</sup> Nacido en Segno, Tirol, en 1644, muerto en Magdalena de Kino, Sonora, en 1711. Graduado de la Universidad de Fraburgo, ingresó a la Compañía de Jesús en Langdsberg y cursó matemáticas, filosofía, geografía y teología en la Universidad de Ingolstadt. En 1678 salió a América acompañado de once jesuitas, como cosmógrafo real, asentándose en la región sonorenses donde permaneció el resto de su vida, consagrado a la instrucción de los indios de Sonora y Sinaloa. Es autor de los libros *Las misiones de Sonora y Sinaloa* y *Libra astronómica y filosófica*.

Sin embargo no venían para agredirlo sino para llevarlo en andas, con la tierna ferocidad del puma que muerde en el cuello a sus cachorros a fin de transportarlos sin causarle el mínimo rasguño. Tal era la recepción que le habían organizado al responsable de la misión de Ures, el padre Nicolás de Perera, jesuita nacido en Puebla, que llevaba por lo menos diez años en Sonora.” (p. 25)

## Los jesuitas

El historiador sonorenses Ignacio Almada Bay habla del trauma que representó para los indígenas la conquista española; trauma no reducido al quebrantamiento de las antiguas creencias pues tras la conmoción del pillaje, las matanzas y los incendios, se sumaría la de las epidemias para las cuales la población colonizada no estaba preparada, “La conquista fue llevada a cabo por hombres y por microbios. Éstos iban por delante de los contingentes europeos en algunos casos y en otros junto con ellos, minando la capacidad y la voluntad de los pueblos indígenas para oponerse al sometimiento europeo.”<sup>43</sup> A esto habría que agregar la difusión del alcoholismo entre los indígenas, a decir de Watchel, uno de los síntomas más notables de la ruptura del mundo nativo, al proliferar el alcohol sin mediar ceremonias que justificaran su consumo.<sup>44</sup> En el noroeste concretamente, las epidemias propiciaron la adopción de lo que hoy llamamos “estrategias de sobrevivencia”, como la re distribución de la población en rancherías y caseríos en el monte. Este fue el escenario que recibió a los jesuitas que hicieron acto de presencia de manera escalonada entre 1591 y 1621, lo que de entrada favoreció al proceso de

---

<sup>43</sup> “Respuesta indígena y brotes epidémicos, la resistencia”, *Breve historia de Sonora*, Fideicomiso Historia de las Américas, Serie Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, Fondo de Cultura Económica, Colegio de México, México, 2000, p. 47

<sup>44</sup> *Ibid.*, 48 y 49

adoctrinamiento: los jesuitas, al contrario de los invasores, llegaron hablando el idioma de aquellos que pretendían evangelizar, de acuerdo con las reglas que obligan a los jesuitas a predicar en las lenguas de los nativos. “La creencia de que el rito del bautizo podría salvar de las epidemias y la imagen de los jesuitas incólumes dando auxilio a los indígenas enfermos, apunta Daniel Reff, pudieron impresionar a los nativos y facilitar la aceptación de bautizo.”<sup>45</sup>

D.H Lawrence describe la espiritualidad del indígena de la siguiente forma que, aunque inexacta, al menos en el caso seri, puede contribuir a hacernos una idea de lo que encontrarían los jesuitas:

(...) Ahí no hay propiamente un dios. El indio no se considera como un ser creado, y por tanto fuera de Dios, ni la criatura de Dios. Para el indio no hay posible concepción de un Dios definido. La creación es poderoso torrente, eternamente corriendo, en magníficas y tremendas olas. Por doquier, el estremecimiento de la creación, y nunca el término de lo creado. Nunca la distinción entre Dios y la creación de Dios, o entre Espíritu y Materia. Todas las cosas no son sino el maravilloso temblor de la creación (...)<sup>46</sup>

El 11 de julio de 1767, Juan Claudio de Pineda, Gobernador de Sonora, recibió órdenes expresas del rey Carlos III cuyo cumplimiento, previó Pineda, le acarrearía más problemas de los que solucionaría. No le quedó, sin embargo, más remedio que empezar a redactar órdenes precisas a sus subalternos. Dirigió sendas cartas a los capitanes de los presidios fronterizos: Juan Bautista de Anza de Tubac y

---

<sup>45</sup> *Íbidem*, p. 50

<sup>46</sup> “Indios y diversiones”, *Mañanas en México*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1987, Traducción de Octavio G. Barreda, p.

Bernardo de Urrea de Altar. A cada una agregó una nota en el sobre que indicaba que no deberían abrirse sino hasta el 23 de julio.

El día señalado, el capitán Urrea rompía el sello. Dejaría escapar un resoplido de resignación antes de tomar una escolta de soldados para dirigirse a Tubutama. A su paso por Atil le pidió al misionero del lugar, Pedro Rafael Díez, que lo acompañase. Al llegar a Tubutama les comunicó a Díez y al Rector Luis Vivas las malas nuevas. Había recibido órdenes de reunir en Tubutama a todos los misioneros de la Pimería Alta para llevar a cabo un real decreto de Carlos III, aunque desconociendo Urrea el texto del mismo: sólo le comunicaron las órdenes para llevar a cabo la operación. La carta de Juan Bautista de Anza rindiendo cuentas al gobernador Pineda, no solo expresa entre líneas su simpatía por aquellos a quienes ha de expulsar, sino incluso deferencia, como cuando dice: "Habría ido ya en marzo, pero estoy esperando a que el padre Perera (asentado en Aconchi) se recupere de su enfermedad."<sup>47</sup>

Todavía hoy no sabemos con precisión el motivo de la decisión de Carlos III (aunque podemos conjeturarlo), si bien el texto del Decreto reza en parte así:

Habiéndome conformado con el parecer de los que de mi Consejo Real... y de lo que me han expuesto personas del más elevado carácter, estimulado de gravísimas causas relativas a la obligación en que me hallo constituido de mantener en subordinación, tranquilidad y justicia mis pueblos, y otras urgentes, justas y necesarias que reservo para mi real ánimo... he venido a mandar se extrañen de todos mis dominios de España e Indias, islas Filipinas y demás adyacentes, a los religiosos de la Compañía...

---

<sup>47</sup> <http://www.nps.gov/tuma/anzajesuit.html>

Este no era un hecho aislado, ya que con anterioridad, en 1759, los jesuitas habían sido expulsados de Portugal y en 1762 de Francia.

En España, a diferencia de los primeros años de la conquista de América bajo la dinastía Habsburgo, en que el Rey era considerado un príncipe cristiano, campeón de los principios de la Iglesia, y gracias a la llegada de las ideas de la modernidad, se había ido desarrollando una creciente secularización de los poderes regalistas europeos bajo la cada vez mayor separación de los poderes seculares y religiosos. De esta manera, la doctrina regalista no podía ver con buenos ojos a otro poder ajeno al propio.

En Guevavi, el padre Custodio Ximeno no se extrañó al recibir la carta en la que su padre Rector le pedía que fuese inmediatamente a Tubutama. Lo extraño fue la escolta de soldados enviados desde Altar a llevarle hasta Tubutama y que no le hubieran permitido hacer arreglos para su ausencia; aún más extraño fue que el capitán ordenó se realizase un inventario de los bienes de la misión: 700 cabezas de ganado, 24 bueyes, 240 ovejas, 420 carneros, 88 cabras, 6 mulas mansas, 18 machos, 52 caballos mansos, 24 potrillos y 39 yeguas, y le pidió al misionero que le entregase los libros y llaves de la misión.

De todos modos, acostumbrado como buen jesuita a obedecer a su Rector, Ximeno hizo lo que le ordenaban y partió, sin saber, que sería la última vez que vería la Pimería Alta y la misión de Guevavi. Reunidos en Tubutama, todos los misioneros de la Pimería Alta: Alonso Espinoza de Caborca, Francisco Paver de San Ignacio, Diego Barrera de Suamca, Miguel Gerstner de Sáric, Luis Vivas de Tubutama, Custodio Ximeno de Guevavi y Antonio Castro, quien acababa de llegar a San Xavier del Bac, supieron de su suerte. Todos los misioneros

en Sonora serían reunidos en Mátape donde se les comunicaría formalmente el Decreto de expulsión.

De la suerte que haya corrido Custodio Ximeno, último misionero jesuita en Guevavi, no sabemos nada. Solas, como quedaron las misiones, pronto serían víctimas de la avaricia y del descuido. Quienes fueron encargados para cuidarlas se aprovecharon de la situación y agotaron las reservas con que contaban, mientras que los indios, al ver que podían disponer de los almacenes, se comieron en unos cuantos días cuanto quedaba.<sup>48</sup>

Si tomamos en cuenta que la acción de la novela se desarrolla justo cuando está a punto de suscitarse la violenta expulsión de los jesuitas de la Nueva España —la carta de Juan Claudio de Pineda, gobernador de Sonora, dirigida al virrey, donde refiere la peligrosidad del “capitán” de los alzados, Tiemblalatierra, está fechada el 17 de marzo de 1766, poco más de un año antes del forzado exilio jesuita—, y lo aunamos al cariño que sienten los seris por aquellos, intuiremos el drama que está por desencadenarse. Dicha expulsión no pudo tener más causa que el vulgar temor del rey Carlos III a estos hombres sabios, ilustrados y modernos que influían demasiado en una población a la que aquel pretendía esclavizar. Más que evangelizar a los paganos, los jesuitas brindaban a los sojuzgados el arma esencial contra la opresión, la única que permite alcanzar una libertad absoluta: el conocimiento. “La cultura”. En su novela epistolar, *Lugares de ceniza*, la escritora jalisciense Matilde Pons pone en pluma de su protagonista, Francisco, un jesuita del siglo XX de misión por la ensangrentada Uganda, esta frase más que ilustrativa: “No vengo de misionero, tú me conoces, ni quiero convencerlos de ninguna supuesta verdad, fuera de la de su propia dignidad; y su

---

<sup>48</sup><http://www.municipiodenogales.org/expulsion.htm>

capacidad de volver a ser autosuficientes.”<sup>49</sup> La persecución española sobre los jesuitas, colocó a estos al nivel simbólico de los indios insurrectos; selló con estos una alianza solidaria que, en el caso de los sacerdotes, daría origen a una identificación emocional profunda con sus “hijos”, y en los segundos, a un intento de defensa bélica y particularmente cruenta de sus amigos que, por cierto, los jesuitas se esforzaron en impedir, contrarios por naturaleza a la guerra.

Aunque en un principio la misión de los jesuitas había sido convertir a los seris al cristianismo, dicha misión fracasó en lo concreto, lo cual no significa que los seris no hubieran aceptado a los evangelistas como amigos, aceptando, por consiguiente, su fe. Es decir: el cristianismo fue finalmente acogido por los seris en su nivel simbólico pero nunca como dogma. El respeto y la anuencia de los jesuitas hacia las creencias, tradiciones y costumbres de los indios, bastó para granjearse la confianza y, sobre todo, la correspondencia de estos.

(...) Los salvajes, fueran seris o californios, no dejarían su manera de vivir, ni aceptarían la religión cristiana, no por soberbia, no por herejía, sino porque la suya era la única manera sensata de vivir, por lo menos comparada con la de los blancos que se volvían locos de calor pero se emperraban en llevar ropajes, que se morían de sed pero agotaban los yacimientos de agua y que, sabiéndose débiles ante la naturaleza, preferían exterminarla antes de armonizar con ella. (p. 130).

Así pues, el motivo por el que los indios se muestran reacios a aceptar la concretización de “el cuerpo de Cristo”, es que asocian a este con las actitudes colonialistas de los blancos. Ven en la aceptación de su religión una suerte de rendición

---

<sup>49</sup> Secretaria de Cultura de Jalisco, 2003, p. 48

pero, sobre todo, de contaminación. Los jesuitas lo comprenden, así que optan por la vía más larga pero segura para llegar hasta el corazón de los indios: predicar con el ejemplo; reproducir en cada uno de sus actos y actitudes la Palabra de Cristo, el ejemplo de Cristo. Cristo amigo. Los indios ven en el bautizo una forma de ritualizar la aceptación plena del convivio con el jesuita, es decir, no acceden a bautizarse a menos que el bautista se deje bautizar a su vez con un nombre seri. Justo intercambio que recuerda a la pipa de la paz. No sorprende por tanto que uno de estos misioneros, Nicolás de Perera, al que alude en su carta Juan Bautista de Anza, haya sido rebautizado por los seris como Corazón del Sol Alma de Rayo, pues

Era dulce al predicar, al sanar enfermos, al consolar dolores y al hacer milagros (que en realidad no eran milagros pero a los indios eso le parecían). Empero, tal como podía ser dulce, templado como el sol cuando se mete, también sabía comportarse como un rayo contra los que no querían someterse. Era tan rápido como el fusil y de tan buena puntería, como cualquier capitán de presidio. O puede que hasta mejor, sobre todo en la caza del venado. Y así como para labrar la tierra con el azadón no pedía ni daba cuartel, estando furioso no personaba con el látigo ni un pistilo de flor de biznaga. Por eso los bautizados en la fe de Cristo lo habían bautizado, a su vez, en su idioma. (p. 160).

Nicolás de Perera o Corazón de Sol Alma de Rayo, adoptó el *modus vivendi* de los seris al grado de, virtualmente, transformarse en uno de ellos. No resistió ser separado de la tribu y murió en el trayecto a Europa, al pasar por Nayarit. En realidad, la mayoría de los jesuitas murieron durante el brutal traslado. No era para menos: fueron recluidos en celdas oscuras y húmedas, de ventanas selladas, privándolos hasta de la comunicación entre ellos. Jacobo, el preceptor de Tiemblalatierra, llegará relativamente a salvo hasta Bolonia y



vivirá varios años más, lo suficiente para, empujado por la nostalgia, escribir en italiano *La historia antigua de México*, "(...) producto que ya no podrá considerarse de España sino de otra nación, una nación independiente de los españoles, una nación llamada México." (p. 161).

### **Los seris**

El retrato que de los seris realiza Agustín Ramos, es muy apegado al de Francisco Rojas González en su *Lola Casanova*. Se destacan virtudes tales como el valor, la bravura, un desarrollado sentido de la justicia y de la lealtad, la congruencia de sus actos con sus pensamientos y, en este caso en particular, la cabalidad. En ambas novelas, la rebeldía de los seris es un rasgo bueno, que no adquiere visos de soberbia ni muchos menos de perversidad. El salvajismo de sus contraataques queda plenamente justificado no solo con su postura ética de no lastimar a niños ni a mujeres ni a ancianos y donde la violencia sexual está prácticamente descartada. Pudiera decirse que ni siquiera conocen ese instinto perverso de humillar a sus enemigos sirviéndose de su propio cuerpo. Su postura, huelga decir, no es compartida por los invasores españoles que se solazan lastimando muy especialmente a los más vulnerables).

(...) el padre Jacobo comprendió que si los seris habían desgarrado a su víctima socavándole las venas yugular o femoral, no había sido por gusto ni por seguir un rito, pues con los enemigos sí podían utilizar flechas, arpones, venenos y cualquier arma. Era o porque los consideraban animales sagrados o por odio. Señal mala por donde se le viera, pues. (p. 115).

Señala Martínez Caraza: "Los indios sabían sorprender y destrozarse a las tropas en la sierra y en el llano, sabían las

posibilidades y limitaciones del armamento propio y del español, eran tan buenos jinetes o mejores que ellos y *no teniendo que defender ni pueblos ni nada*, sólo podían ser atacados en sus rancherías dispersas y ambulantes.

Y añade: “Una de las características de los indios era su mala fe, y su principal pensamiento era el de robar y hostilizar, para no perecer de hambre y miseria (...) Al carecer de caballos tanto para comerlos como para usarlos en la guerra, los adquirirían por cualquier medio lícito o ilícito (...) Al remediársele al indio en parte sus necesidades, se aminoraban sus ataques (...) Los indios hacían la paz con un presidio dejando en él asegurada a su familia, mientras que al mismo tiempo atacaban otra población distante.”<sup>50</sup>

En realidad, los seris no mataban sin sentido. No mataban por matar. Tampoco tenían el concepto de *pueblo* manejado por Martínez Caraza que se refiere estrictamente a la parte física, es decir, casas, calles, etcétera. Los seris defendían su vida pero, definitivamente, no por encima de su esencia, de sus costumbres y de su historia, es decir, lo que constituye una comuna, una raza, *un pueblo*. El enemigo, más que un ente concreto, es un símbolo que forma parte de su ritual guerrero. Carece de nombre y de historia, pero nunca de importancia. No son meros objetos de exterminio, como si lo eran los indios seris para los invasores. El enemigo se hace acreedor a una muerte ritual, semejante a la que se da al venado, quien representaba a un dios y, por lo tanto, no puede ser tocado por arma punzante. De ahí la fama de los seris, creada por Clavijero, de comedores de carne humana y que hace temblar al muy temerario John Steinbeck durante su travesía por el Mar de Cortés, originando una muy swifteana reflexión acerca de los beneficios del canibalismo:

---

<sup>50</sup> *Íbidem*, p. 76

(...) Bajamos la costa occidental de Tiburón y contemplamos sus altos acantilados con los anteojos. Las rocas son bastante enhiestas y las montañas más altas que las de la isla del Ángel Guardián. Ésta es la isla a donde van los indios Seri durante épocas del año. Se dice de ellos que son o han sido canibales, pero esa historia ha sido negada firmemente una y otra vez. Es cierto que han matado a muchos extraños, pero no está probado si se los han comido o no. El canibalismo es un tema fascinante para la mayoría de la gente, y en cierto modo un pecado. Posiblemente el sentimiento profundo es que si la gente aprende a comerse mutuamente, las provisiones alimenticias serían tan abundantes que nadie estaría a salvo o pasaría hambre. Resulta muy curiosa la cantidad de odio y miedo que inspira el canibalismo. Esos pobres indios Seri no serían muy temidos por sus costumbres criminales, pero si llevados por el hambre cortarían un filete de carne de un ciudadano americano, cundiría el pánico (...) si se eliminaran otras barreras, tales como la natural aversión por comerse a los parientes, o la aprensión de un hombre galante ante la idea de comerse a una mujer, si se salvan todas esas dificultades, será sencillo mejorar el sabor de la carne humana, a base de dietas especiales antes de la carnicería, y preparar luego salsas y condimentos. Si esto sucediera, los indios Seri, en lugar de ser odiados, serían considerados como los pioneros de un nuevo campo de actividades, y honrados por ello.

(...) La “dulzura predominante” (Clavijero dixit) del carácter del Padre Salvatierra, no cambió sin embargo completamente a los Seris (*sic*), pues han seguido matando gente hasta hace poco (...)<sup>51</sup>

Lo que ni Clavijero ni Steinbeck comprendieron, ni mediando la pertinente explicación del Padre Salvatierra, fue que los seris no practicaban propiamente el canibalismo pues no *se comen* sus víctimas sino que simplemente la matan a mordidas. Como el venado, representación de un dios, el

---

<sup>51</sup> *Por el mar de Cortés*, Ediciones Península, Altar viajes, Traducción de M.T Gispert, Barcelona, 2005, p.p 199 y 200

enemigo debe perecer a dentelladas. La diferencia consiste en que al venado no se le mata de esta forma: antes de morderlo se le da la muerte más piadosa posible.

(Tiemblalatierra) capturaba sin armas ni nudos al venado mayor, primero saliéndole de frente para ponerlo sobre aviso y a la vez atemorizarlo, luego para consolarlo y atarantarlo hasta terminar conduciéndolo al refugio de las familias donde le daba muerte torciéndole el pescuezo. Por último, también según los mandamientos kmacs, lo descuartizaba a mordidas —pues será alevosía penada utilizar armas filosas o puntiagudas contra un dios—, y repartía la carne entre todos, empezando por los inútiles y los más pequeños. (p. 98)

Para atacar, indios e indias seris se acicalan como para una fiesta: maquillan sus afilados rostros con los tatuajes de sus familias, su personal heráldica, representando animales del mar y del desierto: venados, águilas, pelícanos, tiburones, etcétera. Tiemblalatierra luce el del pelicano y su estrategia para atacar era similar a la del mencionado animal (“Pelícanos que del aire se precipitan al mar, verticales, como muertos, para sorprender a sus presas, tal parecen los guerreros al dejarse caer por veredas que no existen.”, p. 192). Nunca toman por sorpresa al enemigo: primero juegan con él al gato y al ratón, imitando “voces” de bestias, cercándolo, confundiéndolo, mareándolo, aterrándolo. Se le tortura psicológicamente antes de acabarlo, diríamos hoy. Al final, el inconfundible grito de guerra:

Para quien lo oyera por primera vez, aquel alarido podría parecer la imitación humana de fieras desbordadas por el dolor o por el placer. Para Cancio es un sonido familiar, eufórico y desgarrador lamento de guerra para animar a los hermanos y aterrorizar a los enemigos. (p. 108).

Los seris conforman una sociedad asombrosamente igualitaria donde los ancianos representan la máxima autoridad debido, sí, a su antigüedad, pero sobre todo a su sabiduría, consecuencia de aquella. En *La visita*, un personaje conocido como “La abuela”, es, entre todos los personajes femeninos, el más erótico, amén de la más sabia. Para Tieblalatierra, hacerle el amor a la anciana, abuela de la esposa que le fue cruelmente arrebatada, es un acto luminoso que lo proveerá de fortaleza de cuerpo y espíritu. Las mujeres seris no reprimen su sexualidad, la virginidad no parece ser condición obligatoria para contraer matrimonio y ser respetadas en la comunidad, como sí la fidelidad fuera válida sólo a partir del matrimonio. La fidelidad conyugal es equiparable al honor que, para los seris, es más importante que la vida. Una vida sin honor no tiene sentido vivirse.

Las mujeres se involucran en la guerra tan activamente como los varones. No se les marca con el estigma de la debilidad física y mental, no se les ve como seres incompetentes. En este sentido, y a la luz de estos tiempos, pudiéramos calificar a los seris de “civilizados”. A partir de la primera menstruación, que trae consigo una ceremonia que incluye ayuno de ocho días y para la cual hay que engalanarse con pieles de pelícano, collares de concha y dos perlas en la nariz para ameritar el acompañamiento de un señor Kmaac que cuidará de ella hasta el final del ayuno, la doncella está preparada para ejercer el arte de la guerra, actividad que forma parte de su aprendizaje vital.

También ellas mismas (las abuelas) le lavaron el cabello y la entrepierna para entregarla a la abuela principal, una anciana chimuela de lengua pinta y pícaro mirada que le dibujó en el rostro la belleza y el apellido, como quien dice el anzuelo y la señal de con

quién podía casarse, y con quien no, según los mandamientos de los dioses abuelos, tierra, agua y sol. (p. 123)

### **Locura y razón**

José de Gálvez y Tiemblalatierra son personajes tan diametralmente opuestos que, más que antitéticos, son contradicción uno del otro. Más que representar la cobardía y el valor, considero más funcional la representación de de Gálvez como la locura y de Tiemblalatierra como la razón. Caras opuestas y a un tiempo complementarias de una misma moneda. Locura y razón conviven necesariamente bajo el techo del mundo pues la una sin la otra no podría ejercer plenamente.

Paradójicamente, la razón está ligada al racionalismo, y al indígena no se le asocia con el raciocinio sino con su opuesto: la sin razón. Tiemblalatierra es, evidentemente, un hombre de razón, como todos los de su tribu, desde el momento en que reflexiona en torno a cada uno de los ritos que ejecuta. Pocos hombres de razón están tan ligados a la carne de su pueblo, a la materia de su memoria, “En cualquier cultura, la memoria colectiva, transmitida por los ritos, ceremonias y acontecimientos semejantes, refuerza el neo con el pasado que no implica una reflexión explícita sobre la distancia que nos separa de él”, señala Ginzburg<sup>52</sup>, sin embargo, en el caso concreto de los seris, el rito es una forma no sólo de honrar al pasado heroico, sino de fijarlo a la memoria, a la sangre y a la piel. El brutal ataque de los hombres blancos, “de razón”, sobre la población indígena, legítimos moradores de la tierra allanada, no tiene otro objeto que la conquista, es decir, refrendar una supuesta superioridad física e intelectual sobre los conquistados; reparar una dignidad fisurada por antiguas pero inolvidables derrotas.

---

<sup>52</sup> “Distancia y perspectiva”, *Ojazos de madera*, p. 186

Los indios demuestran un raciocinio superior al definir su postura respecto a sus atacantes y, sobre todo, reconocer en estos a seres dotados de cuerpo y espíritu, no animales o cosas. Sus ritos de guerra no van encaminados al aniquilamiento per se, sino a involucrar al enemigo en un rito cuya raíz es fundamentalmente ética más que religiosa. El enemigo blanco es, más que un ente, un símbolo, una pieza esencial de la representación de los valores seris.

La barbarie de los españoles es manifiestamente más próxima a la sin razón: para ellos el enemigo, los indios, no son nada, no juegan ningún papel en su necesidad de imponerse, si acaso una burda recreación que contribuya a reafirmar su supuesta superioridad. Para los invasores, los indios son animales sarnosos a los que hay que exterminar; cosas a las que hay que derribar para poder sustituir con otras. Samuel Ramos sustenta la noción de Agustín Ramos respecto a la superioridad y/o inferioridad del individuo: “El que acepta la realidad como es, el que no tiene valor para resistirla y superarla es una criatura inferior. Los más altos valores humanos son exclusivos de los que son capaces de independizarse, al menos espiritualmente, de la realidad concreta de la vida (...) El conocimiento racional no destruye la barrera que se interpone entre nosotros y el mundo; de una parte queda el yo que contempla y de la otra el objeto contemplado.”<sup>53</sup>

Jean Francois Revel, por su parte, señala que “(...) la palabra racionalismo, en los siglos XIX y XX, se utiliza peyorativamente para designar la actitud cerrada, llamada en francés como escarnio “cientificismo”, idea fija que consiste en

---

<sup>53</sup> *Obras completas, Tomo I, Hipótesis, el perfil del hombre y la cultura en México, más allá de la moral de Kant, apéndice*, Prólogo Francisco Larroyo, UNAM, Dirección General de Publicaciones, México, 1975, p.p 4 y 7.

resumir toda la actividad del espíritu a su componente lógico, ignorando la originalidad y la fusión del mito, de la poesía, de la fe, de la ideología, de la intuición, de la pasión, del culto de lo bello e incluso de la sed de lo feo y del mal, del deseo de servidumbre y del amor por el error. Pero a partir de la crítica de esa visión estrecha se pasa demasiado fácilmente a la tesis más o menos confesada según la cual no existe, en resumidas cuentas, ninguna diferencia entre las conductas racionales y las otras” Y añade: “Hoy, como antaño, el enemigo del hombre está dentro de él. Pero ya no es el mismo: antaño era la ignorancia, hoy es la mentira.”<sup>54</sup>

José de Gálvez, que sueña superar las hazañas de Hernán Cortés, es la personificación de la vanidad y la banalidad que rigen los despropósitos de sus congéneres. Es *la mentira*. Los afanes de modernidad del monarca español, secundado por sus cortesanos, implican “civilizar” las tierras descubiertas y conquistadas, lo cual se traduce en esclavizar a unos y exterminar a otros. Nunca se consideró mejor forma de acceder a la modernidad como no fuera aniquilando los símbolos de la antigüedad, de lo que ellos llaman *la ignorancia* porque no entienden. Para los seris, habituados al intercambio y a la negociación con enemigos ancestrales (yaquis, pimas, etcétera), la postura de los españoles es incomprensible, disparatada, absurda, pero están dispuestos a corresponder cada ataque bélico e ideológico con redoblada violencia, parodiando la actitud irracional del enemigo y subrayando sus propios valores que enaltecen la antigüedad de su raza.

Llega el momento, sin embargo, en que el agobio, la deshidratación, pero sobre todo el terror y el cansancio vencen

---

<sup>54</sup> *El conocimiento inútil*, Planeta, 3er edición, Trad. Del francés, Joaquín Bochaca, 1989, Col. Al filo del tiempo, p.p 18 y 22.



al visitador José de Gálvez, que empieza a manifestar síntomas cada vez más alarmantes de locura los cuales propician su reclusión en una sacristía, más que nada para ponerlo a salvo de su propia impetuosidad. Es entonces cuando se efectúa su primer encuentro con el ser al que más teme en el mundo: Tiemblalatierra, quien, nos dice el narrador, cual escultura de bronce, “satinado por el sudor y el polvo amarillo que se levanta en el desierto, ni siquiera lleva taparrabos”, terminará convirtiéndose en el rostro maquillado de la venganza, en la voz o aullido de la conciencia del visitador.

Ha ocurrido que tus siervos, las bestias de tu raza, se atrevieron a poner sus asquerosas patas planas calzadas en el territorio más sagrado del Cerro Prieto, en el más antiguo de los caminos, en el cañón que estaba a punto de morir. Porque también la tierra muere, ¿a qué no lo sabías? Sí, sí. La tierra vive, respira, suda, se cansa, nace, muere. ¿Lo entiendes, cornudo de zurra? La tierra es madre. Madre de todos. ¿De todos? No, no de todos. De ustedes no. Extravagantes de miseria, como tú, que vienen a roturarla, a darla en posesión, a extender títulos de propiedad a nombre de un rey y un dios, como si la tierra pudiera pertenecer a sus criaturas por más reyes y dioses que sean, como si no fueran los hombres y los engendros de los hombres los que pertenecen a la tierra, los que son sus hijos, los que la tendrán cuando mueran, los que la tienen como nodriza cuando nacen, mientras viven. (p. 210)

En este discurso alcanza su clímax el extrañamiento que permea la estructura toda de *La visita*. En este extenso monólogo de casi cinco páginas, en el que no hay una sola intervención del narrador ni del interpelado, se expone la visión de los indios respecto a los invasores; se manifiesta extrañamiento ante una serie de circunstancias tenidas no solo civilizadas sino, incluso, elevadas en el continente europeo y que al ser concretizadas, puestas sobre la mesa como un

objeto, como un pescado desentrañado, son desbrozadas con tal perspicacia por parte del indio que la débil razón del visitador no puede menos que desmontar el discurso con una especificidad casi hermenéutica. Según explica Wolfgang Iser, la interpretación es, más que nada, una forma de traducibilidad, lo cual implica que la interpretación puede ser distinta cuando “las culturas o los grados culturales se traduzcan en términos que permitan un intercambio entre lo que es extraño y lo que es conocido, o cuando se controle la entropía, o cuando la “realidad” se vaya a concebir en término de sistemas interactuantes.”<sup>55</sup> Es así como Tiemblalatierra “traduce” la cultura de los invasores:

Raza espantosa de monstruos. ¿Por qué no aprendieron de esta tierra? ¿Por qué se aferraron a sus locuras? Las locuras de venir hasta acá a matar los días de otros y las luces de otros. La locura de matar sin para qué, las locuras de querer soñar por nosotros, de querer imponernos sus sueños, de querer por nosotros, lo que nosotros no gustamos ni queremos ni soñamos (...) ¿Qué te dicen las aves? ¿Qué te dicen los árboles? ¿Qué te dice el mar o el río? ¿Te has detenido a escucharlos, a tratar de obedecerlos y de poner en práctica sus enseñanzas? No, a ti no te hablan porque, ¿para qué? Si no entiendes sus idiomas (...) Tú sólo sabes leer hermosos cueros blandos llenos de hormigas aplastadas, pero, ¿puede haber en ellos toda la verdad, la fuerza, la salud, el mundo? Y aunque así fuera, aunque esas hojas pálidas y mudas de las que tú arrancas palabras contuvieran todo el universo, ¿a poco podrían pasarte a ti todo su saber por mágicas que fueran? De ser así, tú serías más sabio y más sano y más confiable. De ahí sacarías pura felicidad y lo que sacas son mandamientos como relámpagos, espejos muertos, lomos rotos de río, frutos estrellados, oscuras pesadillas, comida que te

---

<sup>55</sup> *Rutas de la interpretación*, Fondo de Cultura Económica, Breviarios, Traducción de Ricardo Rubio Ruiz, México, Primera edición en español, 2005.

quiebra las entrañas y te convence de matar aunque no haya por qué ni para qué. (p.p 211 y 212).

Los libros, por sí solos, no aportan la felicidad. La sabiduría que de ellos se extrae no tiene ningún sentido si no se pone en práctica, y la sabiduría auténtica no puede comulgar con la destrucción de la naturaleza, que es madre de la sabiduría que se busca a través de la lectura. Tiemblatierra entiende perfectamente el concepto de “sabiduría” pues dentro de su tribu se maneja de cotidiano, atribuida básicamente a la creación, más aún, a la creatividad y de explicación de esa creación. ¿Contienen los libros la verdadera sabiduría, que es la creación de conformidad con la naturaleza?, “(...) aunque esas hojas pálidas y mudas de las que tú arrancas palabras contuvieran todo el universo, ¿a poco podrían pasarte a tu todo su saber por mágicas que fueran?”; ¿es el lector digno de la pretendida de los libros? Quien no lo sea, seguro que únicamente paladea hermosas palabras sin sentido, porque las palabras por sí mismas no significan nada, no son nada si no son recogidas por la persona indicada, elegida como receptora por la Palabra misma. Las auténticas palabras, pareciera decirnos Tiemblatierra, están inscritas en el horizonte azul, en el cielo sin nubes, en la savia del sahuaro, en el trazo que deja el vuelo de los pájaros y la caída en picada del astuto pelicano... ahí se lee el destino de los seres hijos del desierto; ahí se lee el mensaje de la naturaleza. El cielo abierto de Sonora es el libro de los privilegiados, y los invasores son analfabetos con respecto al inmenso libro de los dioses.

## El Señor de la Pelea y La Perla de Guaymas

*Los viejos mueren sin dejar de ser seris; los adultos envejecen tirando hacia yoris; los niños maduran como mestizos (...) porque si la gente habla, viste y come como yori, en cambio no ha dejado de sentir, de gozar y de sufrir como seri.*

**F.R.G**

Cuando a los seis años le pedí a mi abuela materna que me contara un cuento de príncipes y princesas, esperaba, como todo niño de ciudad, la vigésima novena versión de *Blanca Nieves y los siete enanos*. Pero mi abuelita, que no tenía la menor idea de la existencia de los Hermanos Grimm —ni siquiera sabía leer—, procedió a cumplir mi capricho y me contó el cuento más maravilloso de cuantos conozco: Lola, hermosa y virtuosa señorita española de Guaymas salió a pasear un día y fue secuestrada por una turba de indios seris, enemigos naturales de los blancos. El jefe del clan, joven, alto, y fuerte, de nombre Coyote, se enamoró a primera vista de su presa y cuidó de ella con genuina devoción. Lola no solamente terminó enamorándose de su captor, también de la gente de este, de su lengua y de sus costumbres. Ellos, a su vez, se encariñaron con ella y la adoptaron. Mi abuela habría de narrarme múltiples variaciones del mismo cuento, depurándose en cada versión — describía el ataque al coche en que viajaban Lola y su nana, custodiadas por una decena de guardias; el diluvio de flechas, el acre olor de la pólvora, el terror de Lola al despertar rodeada de rostros morenos y pintarrajeados y su emoción de ver por primera vez a Coyote, “que era muy guapo”, aseguraba, “¿y existieron ellos, nana?, ¿existieron Lola y Coyote?”, “dicen que sí”, respondía.

El historiador y cronista sonoreense Gilberto Escobosa, quien varios años después me confirmaría que la historia de

amor entre la española y el guerrero seri era un hecho histórico y no una leyenda, escribe: “Cuentan también que el cabecilla seri se prendó tanto de Lola, que la llevó a su aldea y no queriendo tenerla prisionera le construyó su propia vivienda. El indígena sabía que la muchacha no podía huir por no saber en qué lugar se encontraba la comunidad seri. Además ha llegado a saberse hasta nuestros días, transmitido de boca en boca, que Coyote-Iguana durante mucho tiempo respetó la integridad de la joven y que por las noches iba hasta la morada de ella a contar en su dialecto canciones de amor, que se escuchaban por toda la aldea.”<sup>56</sup>

*Transmitido de boca en boca.* Aunque don Gilberto aporta una fecha en la que Lola Casanova fue secuestrada, 2 de abril de 1854, año que coincide con el señalado por Francisco Rojas González, autor de la novela épica *Lola Casanova*, lo cierto es que no existen testimonios ni documentos fehacientes al respecto. Si nos dejamos llevar por las versiones románticas, es muy probable que Coyote-Iguana haya carecido de documentos legales que comprobaran su identidad, no obstante atribuírsele la de un tal Jesús Ávila Sánchez, hijo de los seris Juan Ávila y Mariana Sánchez, lo que contradeciría la versión de Rojas González y de la mayoría de los historiadores respecto de la ascendencia pima y orfandad del héroe. La explicación de la antropóloga española Ana M. Fernández Poncela a la, al parecer, deliberada omisión de la conversión al cristianismo de Coyote-Iguana y posterior bautismo, es que “el nombre (Juan Ávila Sánchez) no es apropiado para una leyenda.”<sup>57</sup> Se menciona asimismo la existencia de un tal Víctor Ávila

---

<sup>56</sup> “El secuestro de Lola Casanova: ¿Historia o leyenda?”, Revista Horizontes, Instituto Sonorense de Cultura,

<sup>57</sup> “Lola Casanova y Coyote-Iguana: metáfora fundante de un nuevo orden social”, Revista Casa del Tiempo, Febrero, 2002.

Casanova, que por la coincidencia de sus apellidos con los de Juan Ávila y la mítica Lola, y cuya madre responde al nombre de Dolores Casanova Velasco, bien pudo haber sido el fruto de aquella pasión legendaria.<sup>58</sup>

Asegura don Gilberto que una tía de su padre, Doña Manuelita Romero viuda de De la Llata, muerta a los cien años en 1933, conoció a Lola Casanova: “Mi papá también era español —le decía su tía abuela cuando niño —y un día que fuimos a Guaymas visitamos a la familia Casanova (...) El señor Casanova y su esposa<sup>59</sup> murieron al año siguiente de su secuestro. Al no localizar a su hija perdieron el interés en seguir viviendo. El tío de Lolita se hizo cargo de los negocios del muerto y gastó una fortuna en rescatar a su sobrina (...) Poco después hubo revoluciones, muchas batallas. Por eso el tío de Lolita tuvo que suspender la búsqueda de su sobrina (...) Pero un día la localizaron después de quince años del asalto a la diligencia (...) Lolita no quiso regresar al mundo civilizado. Dijo que amaba a Coyote-Iguana.<sup>60</sup> Sin embargo, dice Fernández Poncela, existe otra versión de Córdoba Casas de que Lola dejó la tribu en estado de embarazo y se refugió en Hermosillo, abandonando a su primogénito con el padre, por lo que Coyote-Iguana volvió a casarse con una seri, exiliándose tras una disputa con los pimas, tribu a la que supuestamente pertenecía. Astorga, citado por Gálvez, asegura por su parte que Lola procreó tres hijos con Coyote-Iguana y que murió, ya anciana, entre los indios.<sup>61</sup> A esta última versión se acoge el relato que incorporó a las letras mexicanas esta leyenda extraída de la vida

---

<sup>58</sup> *Íbid*

<sup>59</sup> No aparece en la novela de Rojas. Lola es huérfana de madre.

<sup>60</sup> “El secuestro de Lola Casanova”

<sup>61</sup> “Lola Casanova y Coyote-Iguana: metáfora fundante...”

real: *Lola Casanova*, del jalisciense Francisco Rojas González, donde Coyote-Iguana muere joven y en medio de una batalla.<sup>62</sup>

### **Lola Casanova o la otra Malinche**

Como bien señala Ana M. Fernández Poncela, esta historia de amor interracial es “una metáfora fundante del nuevo orden social, como la historia-mito de Malinali, pero con características diferentes.” Aunque la decisión de Lola de quedarse con los indios pudiera ser considerada una “traición” a su gente, nunca se le ha planteado como tal pues no tuvo las repercusiones de la supuesta traición de la Malinche,<sup>63</sup> como no fuera el punto de partida para el mestizaje entre blancos e indígenas de esa región de Sonora, económica y culturalmente dominada por descendientes de españoles. Sin embargo, las historias de la Malinali o Malinche, posteriormente llamada “Doña Marina”, y el conquistador español Hernán Cortés, con quien nunca se casó pero con quien procreó un hijo, Martín Cortés, guarda algunas similitudes con la de Lola y Coyote-Iguana, aunque muchas más diferencias.

---

<sup>62</sup> Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, No. 268, Segunda reimpresión, 2004.

<sup>63</sup> Respecto a la “traición” de la Malinche, vale la pena recordar las palabras de Carlos Monsiváis: “(...)Y a doña Marina se le hace entrar en el mismo saco del Traidor Gago que le da entrada a los españoles al Fuerte de San Diego, de los polkos, que apoyaron en 1847 la invasión norteamericana, de los partidarios de la intervención francesa y el imperio de Maximiliano, de los burócratas que en 1914 confraternizaron con los invasores de Veracruz. En la lista sólo una mujer, “la barragana de Cortés”, y por eso, ella le cede su nombre a la acción y la intención de preferir, sobre lo nacional, a lo extranjero.” (“La Malinche y el malinchismo”, *La Malinche, sus padres y sus hijos*, Margo Glantz, coordinadora, Taurus, México, 2001, p. 190)

Como la Malinali, Lola es abducida por un hombre de otra raza y ataviada a la usanza de las mujeres de la tribu del plagiario —exuesto el pecho, maquillado el rostro —, tenida en alta estima, considerada sabia, bruja y respetada. “Tus súbditos... o tus carceleros”, le da a elegir el Coyote-Iguana de Rojas González, y ella elige lo primero. A diferencia de la Malinali, Lola aprende la lengua de sus captores mediante la diaria convivencia con estos, es decir, por necesidad de comunicarse, y no mediará como traductora entre seris y blancos sino hasta mucho después, también por razones de intercambio comercial, es decir, fue primero esposa y luego traductora. La mayor semejanza entre la catrina española y la princesa indígena es que ninguna fue sometida. Apunta Jean Franco: “(...) La Malinche afirma positivamente el mestizaje en vez de la pureza (azteca o española) y confirma la importancia del papel de intermediaria. Ella no se somete sencillamente a otro, adopta su ideología y usa ésta para mejor entender su propia cultura, como atestigua la eficacia de su conducta.”<sup>64</sup> Rojas González, por supuesto, pudo haberse dejado influir inconcientemente por la otra famosa historia de amor interracial y que, según los nuevos historiadores, no fue amor sino una mera alianza política. Como señala Juan Miralles, a Marina “le correspondía comunicar dos mundos que hasta ese momento se ignoraban”<sup>65</sup> Y agrega:

Marina, mujer desenvuelta, disfrutaba de la consideración en que era tenida (por los españoles) y mantenía a los notables en su

---

<sup>64</sup> “La Malinche y el primer mundo”, *La Malinche, sus padres y sus hijos*, p. 205

<sup>65</sup> *La malinche*, Tiempo de memoria, TusQuets, 2004, p. 27.



ignorancia, sin aclararles su origen. Una losa de silencio encubría su pasado (...) <sup>66</sup>

Lola llega a dominar el lenguaje de la tribu seri, aunque los seris, a su vez, no desconocen del todo la lengua de los yoris. Lola, sin embargo, es traductora asimismo de intenciones, de emociones, de costumbres. Marina, al interactuar con los españoles, se compenetró con la cultura extranjera tanto como Lola con la seri. La diferencia básica entre ambas mujeres estriba en que mientras Marina difundió entre sus connaturales los usos y costumbres de los conquistadores, incluyendo la religión católica —“la primera catequista de México”, la llama Miralles<sup>67</sup>—, Lola adopta para sí la cultura de sus raptos, es decir, no regresa con los suyos a imponerles o transmitirles lo aprendido, se transforma en seri por convicción: es Lola la metáfora del mestizaje, pero también del trastocamiento de roles, es decir, el conquistador seducido y/o subyugado por sus conquistados. “Así —dice Fernández Poncela —, no sólo hay hijos e hijas de Malinali y Cortés, también la descendencia de Lola Casanova y Coyote-Iguana recorre la geografía del México de hoy, con sus historias a cuestas y con sus leyendas que inventan el pasado, lo explican, exorcizan, acompañan y alivianan el camino de cada día.”

### **El autor**

Francisco Rojas González fue un autor realista aunque íntimamente apasionado por las diversas tradiciones indígenas mexicanos. Nacido el 10 de marzo de 1904 en Guadalajara, Jalisco, y muerto en la misma ciudad el 11 de diciembre de 1951, transformó en literatura lo que libros especializados

---

<sup>66</sup> *Íbid*, p. 61

<sup>67</sup> *Íbidem*, p. 47

suelen consignar en forma fría y concisa, quizá porque, como científico etnológico vivió la experiencia en carne propia y no a través de intermediarios. Se le ubica dentro del selecto grupo de autores nacionalistas como Ricardo Pozas, Miguel N. Lira, Emilio Abreu Gómez, Antonio Mediz Bolio y Ramón Rubín, aunque, a diferencia de estos, Rojas González otorgó a su escritura la dimensión del relato épico, como sería el caso de la que nos ocupa y de su obra más conocida, *La negra Angustias*<sup>68</sup>, que narra las aventuras y desventuras de una jefa revolucionaria, en una época en que las protagonistas femeninas, más aún las de las características de Angustias, brillaban por su ausencia en la literatura mexicana. Rojas estudió contaduría en la Escuela de Comercio y Administración, etnología y sociología en la UNAM donde fue investigador del Instituto de Investigaciones Sociales desde 1935, en las áreas de Etnología y Sociología. Ocuparía más tarde la dirección de Estadística en la misma universidad. Miembro de las sociedades de Geografía y Estadística, Mexicana de Sociología, Mexicana de Antropología y Folklórica de México. Fue cónsul de México en Guatemala y, posteriormente en Salt Lake City, Denver y San Francisco hasta 1935. Colaboró en diversos diarios y revistas como *Hoy*, *Tiras de colores*, *México en el arte*, *El hijo pródigo* y *Novedades*, y publicó una decena de libros de cuentos y novelas, entre los que destacan los ya citados y *El diosero*<sup>69</sup>

*Lola Casanova* se publicó por primera vez en 1947, tres años después de su mayor éxito, *La negra Angustias*. Rojas no solamente fue el autor que más relevancia otorgó a la figura femenina dentro de su obra, presencié además la transición de

---

<sup>68</sup> Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, No. 274, Octava reimpresión, 2003.

<sup>69</sup> Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, No. 16, Trigésima primera reimpresión, 2003.

la novela rural revolucionaria a la novela urbana —muere siete años antes de la publicación de *La región más transparente* de Carlos Fuentes, la novela de la ruptura definitiva con la literatura nacionalista—, ubicándose un paso más allá de los autores de su generación que respondían más al arquetipo del escritor romántico, “el liberador que desenvaina la pluma y rompe cadenas con la fuerza de la tinta iracunda”, descrito por el propio Fuentes.<sup>70</sup> Entre el costumbrismo de Azuela y el realismo mágico de Rulfo, Rojas González exhibe un dinamismo más propio de la literatura norteamericana (pienso en Nathaniel Hawthorne, en Willa Cather) no obstante la incuestionable mexicanidad de sus narraciones donde los indígenas son las figuras centrales.

Es posible suponer que Rojas González retomaba en realidad las formas originales de narración de la leyenda heroica a la que, nos dice Miguel Ángel Asturias, recurrían los indígenas:

(...) entre los primitivos pueblos de América, cabría emparentar el nacimiento de la forma novelesca con la epopeya. La leyenda heroica, superando las posibilidades de la historia de ficción, va en labios de los rapsodas, grandes lenguas de las tribus o “cuicanimes” que recorrían las ciudades recitando los textos, para que circulara entre los pueblos la belleza de sus cantos, como la sangre dorada de sus dioses (...) Estos cantos épicos, tan abundantes en la literatura americana indígena, y tan poco conocidos, poseen eso que nosotros llamamos “intriga novelesca” y que los frailes y doctriberos españoles designaban con el nombre de “embustes”.<sup>71</sup>

---

<sup>70</sup> *La nueva novela hispanoamericana*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, segunda edición, diciembre de 1969, p.p 12 y 13.

<sup>71</sup> “La literatura latinoamericana, testimonio de una época” (1967), Conferencia Nobel, el 12 de diciembre de 1967, *Los novelistas como críticos*, Norma Klahn y Wilfrido H. Corral, compiladores, Tierra Firme, Ediciones del Norte, México, 1991, p. p 318 y 319.

Rojas González responde asimismo a la descripción que una década después de su muerte hará el joven Fuentes del “nuevo escritor latinoamericano”:

Radical ante su propio pasado, el nuevo escritor latinoamericano emprende una revisión a partir de una evidencia: la falta de un lenguaje (...) la elaboración crítica de todo lo no dicho en nuestra larga historia de mentiras, silencios, retóricas y complicidades académicas. Inventar un lenguaje es decir todo lo que la historia ha callado. Continente de textos sagrados, Latinoamérica se siente urgida de una profanación que de voz a cuatro siglos de lenguaje, secuestrado, marginal, desconocido.<sup>72</sup>

### **Trasfondo histórico**

El año del secuestro de Lola Casanova —1854— coincide con el cierre del capítulo Raousset –Boulbon, que es el mismo del fusilamiento del quijote francés que soñó hacer de Sonora el más dorado botín para su nación; anexarse aquella región de cuento de hadas donde la riqueza emanaba tanto del suelo como de los árboles, sembradíos de oro y plata, preciosas manadas de vid chorreando zumo afrodisíaco, donde, a decir de Fernando Benítez, se seguía creyendo que “la plata se recoge con pala, y el oro con redes en los ríos.”<sup>73</sup> Una Sonora que en 1850, año del desembarco francés —el cual cuenta de entrada con la venia del presidente Santa-Anna, quien considera que los franceses pueden combatir más efectivamente a los apaches que los mexicanos—, se encontraba exhausta tras las guerras intestinas libradas entre los generales José Urrea y Manuel Gándara y que, supuso el conde Raousset, se hincaría de hinojos ante la galante intervención francesa. “Este hombre que

---

<sup>72</sup> *Íbid*, p. 30

<sup>73</sup> *La ruta de Hernán Cortés*, Fondo de Cultura Económica, Lecturas mexicanas, 1983, p. 36

quiso ser Cortés, el conquistador —lo describe Margo Glantz —, era indeciso y frágil, caprichoso y enamorado, rubio, miope y casi completamente sordo; ambicioso, sin energía, especulador y orgulloso.<sup>74</sup> El conde Raousset, hay que señalar, era, sí, miembro de la aristocracia decadente, amante de los placeres de la buena mesa, la buena cama y la buena caza, pero era también un hombre de gran cultura que ejerció con cierta dignidad el oficio periodístico a través de un periódico fundado por él mismo en Avignon titulado *La Liberté*. Se extendería inconvenientemente, a través de escritos cuya amenidad hay que reconocer, en el placer de desbaratar las rubias trenzas de las mujeres de Magdalena (particularmente las de la señorita María Antonia, alta y bella) cuando se suponía estaba en campaña: “Porque en Sonora, amigo mío, y ésta es una de las maravillas de esta tierra, bendecida por el sol, se encuentran hasta mujeres rubias entre esos grupos de hermosas carnes bronceadas, de espaldas redondeadas, de pies nerviosos, de miradas negras y de cabellos teñidos en las aguas de la Estigia. Las mujeres de Sonora son bellas, buenas y espirituales. La raza se ha concentrado en ellas. Todo lo que había de caballeresco en el carácter español, en los tiempos inmortales de Cortés, se ha mantenido en ellas: sólo ellas han conservado la tradición noble que se buscaría en vano entre los hombres (...)”<sup>75</sup>

Henri De La Madèleine, uno de los aventureros que acompañaban al quijote francés, escribe la siguiente descripción de Guaymas, donde transcurre la acción de *Lola Casanova*:

---

<sup>74</sup> *La aventura del conde De Rousset-Boulbon*, Margo Glantz, compiladora, Sep-Setentas, México, 1973, p. 25

<sup>75</sup> “El conde De Raousset-Boulbon, su vida y sus aventuras según sus papeles y su correspondencia (Fragmentos)”, *La aventura del conde De Rousset-Boulbon*, p. p 90 7 91

... ¡Qué episodios tan encantadores podrían relatarse durante esta estancia en Guaymas! Os dejo imaginar los caprichos que despertaron entre las mexicanas mis galeses... Hubo de todo en estos días. Ventanas violadas, maridos desafortunados, duelos, procesiones, bailes, representaciones teatrales, y sobre todo grandes estropicios; hubo algunos de mis soldados que en una sola jornada despilfarraron muy galantemente un billete de mil francos. No olvidéis que a pesar de este desorden reinaba la autoridad de manera absoluta (...)<sup>76</sup>

Respecto a esto último me permito una pequeña pausa para señalar que desde siempre Guaymas se caracterizó por ostentosas manifestaciones culturales y por su bohemia. Dice Héctor Aguilar Camín: "(...) Guaymas tenía además sus fiestas de carnaval, a un tiempo negocio redondo y silbato que congregaba visitantes de todo el estado y el extranjero en una sola procesión de disfraces, música, ostentación y fervor alcohólico."<sup>77</sup>

Continúa De la Madéleine:

(...) En estas regiones la tradición sitúa los palacios de los aztecas, los palacios con techos de oro y puertas de plata. Todos los metales sin excepción han sido arrojados en el ardiente corazón de sus sierras. La plata y el cobre se encuentran en estado virgen y en profusión; el oro se incrusta en los mármoles y las piedras sudan el mercurio.

(...) En treinta años los indios han reducido este país (Sonora) a la más profunda miseria. "Es un espectáculo triste —dice Raoussset en una de sus cartas—, ver estas bellas llanuras reducidas al silencio de la soledad. De la prosperidad que reinaba hace cuarenta años, sólo queda el recuerdo." Igual que lo hacían los Reyes de España, la

---

<sup>76</sup> *Íbid*, p. 85

<sup>77</sup> *La frontera nómada*, Cal y Arena, México, Segunda edición, 1997, p. 102

República Mexicana envía comandantes generales, les entrega dinero, soldados y un país para proteger contra las incursiones de los bárbaros. Pero hasta ahora Sonora no ha encontrado en estos comandantes generales más que agiotistas que tratan de expoliarla. La guerra contra los indios no es más que el charlatismo de las venalidades militares (...)<sup>78</sup>

John Steinbeck, por su parte, describe de la siguiente manera la isla Tiburón, morada de los seris (que él cree caníbales), de cuya entraña obtendrá Lola los corales con que adornará su pecho:

La isla Tiburón tenía un aspecto rojizo, y sus matorrales parecían más fuertes y verdes que los que habíamos visto desde hacía mucho tiempo. Por las colinas había brotes de pequeños árboles parecidos a nuestras encinas achaparradas. Lo que eran, naturalmente, no lo sabemos (...) Buscamos Seris (sic) en la costa y no vimos ninguno. En nuestra usual condición de hambre, habríamos tenido que jugar cara o cruz con aquellos indios, para ver si nos comían ellos a nosotros o nosotros a ellos. El que ganara tendría su cena, pero no vimos a ningún Seri.<sup>79</sup>

De la isla del Tiburón nos dice Gabriel Ferry, aventurero francés, escritor de novelas y relatos que antecedió a Raousset-Boulbon y elaboró un impresionante fresco literario del paisaje sonorenses, que se trata de una isla bordeada de lagunas como espejos de cristal, ocultas algunas por los cañaverales, otras cubiertas por una espesa corteza de hierbas verdes que aparentan solidez: “Mientras es de día, todo está desierto y silencioso; cuando el sol declina, cuando las colinas bajas que dominan estas aguas estancadas ennegrecen poco a poco tras la bruma que se eleva de su seno, algunos animales se dejan

---

<sup>78</sup> “El conde De Raousset-Boulbon, su vida y sus aventuras...”, p. 86

<sup>79</sup> *Por el mar de Cortés*, Península, Col. Altair viajes, Barcelona, Traducción de M. T Gispert, 2005, p. 202

ver a grandes intervalos (...) Los pájaros vocingleros son los únicos que turban el silencio de estas soledades.”<sup>80</sup>

Justo el año de la derrota del ejército invasor a manos del valeroso y poco reconocido General José María Yáñez, quien obtuvo la victoria sobre el “pirata francés” con un ejército numéricamente inferior pero compuesto de soldados más versados en el arte de la guerra y menos diezmados por el abuso de los placeres sensuales, se vio forzado a fusilar al galante francés pese a la simpatía que le inspiraban su audacia, su cultura y su poder de seducción, Lola Casanova fue raptada por Coyote Iguana.

### **Los seris**

En medio del abuso y el despojo del que han sido víctimas las minorías étnicas a través de los siglos, los seris, autodenominados *kunkaaks* o *comcáac*, se erigen como personajes heroicos, superlativos casi, en la narrativa de Rojas González. Llama la atención la descripción que de ellos hace el autor y que si bien no resulta exagerada —se aproxima más a la realidad histórica que la esbozada por otros autores—, contrasta dramáticamente con la imagen que del indio se tiene en otras latitudes:

La criolla, por su parte y a pesar de su congoja, pudo también observar aquel puñado de hombres que la rodeaban: en su generalidad eran altos y arrogantes; la prolongada marcha por altibajos hacía que sus pechos se distendieran en proporciones extraordinarias, al par que las aletas de sus narices, largas y perfiladas, palpitaban acompasadamente, mientras sus labios, herméticamente cerrados, eran una sola línea. Los cabellos negríssimos, abundantes y lacios, se sacudían al impulso del caminar vigoroso, pero lleno de gracia. Antojábase el grupo, por esta

---

<sup>80</sup> *Escenas de la vida salvaje de México*, CONACULTA, FONCA, 2005, Traducción de Alberto Cue, p. 108 y 109



peculiaridad un rebaño de antílopes. Los rostros, color castaño oscuro, permanecían imposibles ante cualquier emoción, como se mantiene a las arremetidas de los siglos un trozo de feldespato.<sup>81</sup> (p.p 155 y 156).

En su libro de cuentos, *El diosero*, Rojas González tiende un fascinante abanico de costumbres de las diversas tribus indígenas que pueblan la República Mexicana, y en ningún caso se advierte una exaltación o idealización de los mismos. Resulta oportuno contrastar a los seris de *Lola Casanova* con los indios de otras latitudes, expuestos por el mismo autor. En el cuento “La Tona”, los indios zoques, originarios de Chiapas y situados específicamente en Tapijulapa, pueblo de indios pastores, son descritos de la siguiente manera:

Quando el mozo llegó hasta su Crisanta, ella lo recibió con palabras duras en lengua zoque; pero Simón se había hecho sordo. Con delicadeza la levantó en brazos para conducirla a su choza, aquel jacal pajizo, incrustado en la falda de la loma. El hombrecito depositó en el petate la carga trémula de dos vidas y fue en busca de Altagracia, la comadrona vieja que moría de hambre en aquel pueblo en donde las mujeres se las arreglaban solas, a orillas del río, sin más ayuda que sus manos, su esfuerzo y sus gemidos. (p. 9)

Tres diferencias destacables se advierten entre los zoques de Chiapas y los seris de Sonora: la pobreza extrema, la pequeña estatura del varón y la desventajosa posición de las mujeres y muy particularmente de las ancianas que “mueren de hambre en aquel pueblo donde las mujeres se las arreglaban solas”. Entre los también chiapanecos tzeltales del cuento “Los

novios”, las mujeres no tienen derecho a abrir la boca, ni siquiera a mirar al hombre a los ojos. Impensable que un esposo tzeltal le dijera a su esposa las mismas palabras que Coyote-Iguana a Lola: “Tú la cabeza... yo, el brazo”. El oficiante de la ceremonia nupcial seri es varón y las demostraciones de respeto, o más exactamente de veneración, corresponden en exclusiva a la mujer:

La niña echada sobre el metate, escucha: ella es la ficha gorda que se juega en aquel torneo de palabras y, sin embargo, no tiene derecho ni siquiera a mirar frente a frente a ninguno de los que en él intervienen. (p. 20).

(...) El “Prencipal” habla de derechos para el hombre y de sumisiones para la mujer.... de órdenes de él y de acatamientos por parte de ella. Hace que los novios se tomen de manos y reza con ellos el padrenuestro... La desposada se pone en pie y va hacia su suegro — Juan Lucas, indio tzeltal de Bachajón— y besa sus plantas. ÉL la alza con comedimiento y dignidad y la entrega a su hijo. (p. 23).

Sin embargo, las diferencias son notorias asimismo entre los seris y los yaquis de Sonora, si bien Rojas González dota también a estos últimos de virtudes escasamente asociadas con los indios como la fuerza, la libertad y la belleza. Los yaquis son presentados en el cuento “La triste historia del Pascola Cenobio”, incluido en *El díosero*, como arrogantes, vanidosos y vanagloriados debido a su don genético para la danza, aunque físicamente se les representa asimismo poderosos:

Cenobio Tánori vivía en Bataconcica; joven y galán, “estimado de los hombres y amigo de las mujeres”, el yaqui gustaba lucir su arrogancia en ferias, festividades y velorios, donde hacía gala de sus aptitudes para la danza. Fama era de que en toda la región no había con quien se le comparara en el arte de bailar, de bailar las danzas ásperas, rigurosas y ancestrales... Para Tánori no había mayor gloria

que lucirse en los airosos saltos del “pascola”, sacudiendo como joven bestia las pantorrillas forradas con los vibrantes “ténavaris”, que son especie de cascabeles de oruga o de capullos. Era placer para todos admirar la gracia y la donosura con que Cenobio Tánori, con el rostro cubierto por horripilante máscara caprina, arañaba con los dedos de sus pies desnudos la pista de tierra suelta y recién regada, cubierta en veces por pétalos de rosas o por verdura cimarrona, al compás de la melodía pentafónica nacida de la flauta de carrizo y cómo su torso hercúleo y desnudo se cimbreaba, se estremecía, a imitación del animal revivido en sus instantes más emotivos; el coraje, el miedo, el celo, mientras la sonaja de discos en la izquierda del danzarín se acomodaba al ritmo punteado del redoblante, instrumento capital en la música que acompañaba la coreografía totémica. (p. 119).

Además de la superioridad física de los seris sobre el resto de la población aborigen americana, Rojas González hace hincapié en otras virtudes tales como el valor, la lealtad, la justicia, la perseverancia y el honor, lo cual no significa que no presente personajes seris negativos, con tendencia a traicionar, a mentir y hasta a matar por la espalda, como sería el caso de Huevo Zaino, rencoroso rival de Coyote frente al que pierde el título de jefe guerrero de los seris en una competencia atávica, o Tórtola Parda, amante despechada de aquel y que habrá de recurrir a tretas poco ortodoxas para deshacerse de Lola.

Resulta asombroso, sin embargo, que mientras el jalisciense Rojas González brinde una visión épica de los seris, la escritora sonorenses, Enriqueta de Parodi (1897-1978)<sup>82</sup>, se

---

<sup>82</sup> Entre las obras destacadas de esta autora se encuentran una biografía de Alfonso Ortiz Tirado (1964), reeditada en 1996 por el Instituto Sonorense de Cultura durante el marco del XII Festival dedicado a la memoria del ilustre personaje, y una *Monografía de Sonora*, editada por la Secretaría de Educación Pública, en 1969 (Fuente: *Los nuestros, a propósito de centenarios*, de Alonso Vidal, Colección Voces del desierto, Editora La Voz de Sonora, 1999).

refiera a ellos en los siguientes términos: "... la tribu seri sigue en su peregrinaje hacia la nada, porque tendrá que extinguirse algún día; ningún esfuerzo, ningún ejemplo, nada ha sido suficiente para dominar su rebeldía, su indolencia, su pereza legendaria."<sup>83</sup> La maestra De Parodi juzga la historia desde su perspectiva de mujer blanca y privilegiada, política y culturalmente hablando. Para ella, lo único que aporta cierta dignidad a esta raza que, paradójicamente, juzga de "rebelde e indolente", es su vínculo con la que hiperbólicamente nombra Reina Blanca, es decir, Lola. La visión de Rojas González es, por fortuna, profundamente menos prejuiciosa y clasista.

La rebeldía de los seris es justamente uno de los rasgos más resaltados por Rojas González. Para empezar no se trata de una actitud gratuita en vista del dominio que sobre ellos insisten en ejercer los yoris, es decir, los blancos. Rojas González pone en los labios de un hombre blanco, Don Carbonato, el boticario del puerto de Guaymas, la justificación a los actos de los seris:

(...) los criollos que no quisieron ser menos que sus antecesores los europeos. Entonces la guerra de conquista dejó su lugar a la persecución de los indios, con un fementido deseo de civilizarlos, deseo que no era sino el ansia de desposeerlos y de quitárselos de encima, para ampliar la heredad a su costa, para ganarles la tierra de cultivo, o para apartarlos de los centros mineros o de las zonas pesqueras. Posteriormente fueron los mestizos, con iguales fines, los que emprendieron una guerra de exterminio, especialmente contra los yaquis, habitantes de las zonas agrícolas más fértiles de Sonora y contra los seris, que impedían con su presencia a los advenedizos la explotación de los recursos marinos (...) Hay dos formas de tratar el problema del indio —continuó el viejecito—: uno, incorporarlos a la civilización valiéndose de arbitrios pacíficos, de fórmulas

---

<sup>83</sup> "La dinastía de Coyote-Iguana", *Leyendas mexicanas*, comp. José Rogelio Álvarez, La Coruña-Everest, 1998, p. 837.

humanitarias. ¿Acaso los indígenas del centro y del sur de México no son en la actualidad factores de primera fila en el desenvolvimiento económico de la nación? ¿No son los aztecas, los otomíes o los tarascos los que mueven la agricultura y las industrias que de ella se derivan? Pues bien, no hay diferencia de ningún género entre los indios de la altiplanicie y los que viven en las regiones septentrionales de México... ¡Todos son iguales! (...) ¿Es que usted, señor don Antonio, es de los partidarios de la fórmula número dos, con que se ha pretendido resolver la cuestión aborígen, es decir, de aquella que pugna por la destrucción integral de los indios. Quizá nuestra cercanía con el país del Norte, en donde se aplauden a rabiar las sanguinarias incursiones de los bárbaros blancos a las praderas que habitan los indios, han convencido a muchos de que éste es el remedio para acabar con el enemigo, si enemigo puede llamarse al tronco donde se ha injertado la rama que nos dio como fruto a nosotros los mestizos... (p.p 40 y 41)

En efecto, entre los seris es posible encontrar grupos especialmente sanguinarios. Edward W. Moser localiza seis bandas:

Banda Número Uno: Los *Xica hai iic coi*, que en español significa “los que viven hacia el verdadero viento”, mejor conocidos como los tepocas y los salineros, que habitaban desde el norte de Puerto Lobos hasta Punta Tepopa en el sur, así que hubo un tiempo en que vagaron por el norte de Guaymas. Este habría de dividirse en seis grupos más.

Banda Número Dos: Los *Xica xnaii iic* o “los que viven hacia el viento del sur”, a quienes se les conoce como los tasioteños y vagaban por la costa de Guaymas hacia Bahía de Kino.

Banda Número Tres, los *Tahéjoc comcáac* o “la gente de la Isla del Tiburón”, llamados los tiburones, ocupaban el extremo norte de la isla aludida.

Banda Número Cuatro, los *Heno comcaac* o “gente del desierto”, que ocupaban el centro de la Isla del Tiburón.

Banda Número Cinco, los *Xnaa motat* o “los que vinieron del sur”, se piensa provienen del sur de Guaymas. Esta banda entró en contacto con la Número Dos y ambas bandas convivieron por algún tiempo. Los *Xnaa motat* concretamente, era un pueblo guerrero y al deshacer su alianza con los de la Banda Dos, se establecieron en una franja relativamente pequeña al oriente de Punta Tepopa.

Banda Número Seis, los *Xica hast ano coii* o “los que viven en la montaña”, habitaron la Isla de San Esteban y reclamó la mayor parte del extremo sur de la isla del Tiburón. Finalmente se dividió en cuatro grupos.<sup>84</sup>

De las seis bandas, Moser señala a la Número Dos como la más belicosa. Aunque su base de operaciones se encontraba en la costa, los indígenas no se abastecían del océano, es decir, no pescaban sino que preferían la carne de vaca y de caballo, animales que sustraían de los ranchos, despertando la ira de propietarios y gobernantes. Eventualmente, esta banda se alió con los yaquis, casándose entre ellos. Se afirma que los yaquis incitaron a estos seris a asaltar a los viajeros que transitaban entre Hermosillo y Guaymas. De acuerdo con la tradición, nos dice Moser, a esta última pertenecía Coyote Iguana, aunque en la novela de Rojas González no haga la mínima referencia a esta alianza. Manifiestan los seris de Rojas González importantes rasgos de salvajismo, como la venganza de Coyote contra Néstor Ariza, apodado “el yaquero”, prometido de Lola, famoso por practicar la crueldad con los indios, sin hacer excepción con los niños (como

---

<sup>84</sup> “Bandas seris”, traducción abreviada de un artículo originalmente publicado en inglés, en 1963, en la revista *Calafia*, de la Universidad Autónoma de Baja California en 1976 (Volumen 3, Número 3) <http://www.sil.org/americas/mexico/seri/A0004-BandasSeris-SEI.pdf>  
Octubre 1999

el pequeño Indalecio), y a quien Coyote arrancará su roja cabellera para colocarla como trofeo a los pies de su amada quien tiene más de una razón para odiar al que despojó a su padre de su casa y casi la fuerza a convertirse en su esposa. El pelirrojo español, por supuesto, es muy inferior al Señor de la Pelea en todo sentido, muy especialmente en el moral. Dice Moser:

La población entera de la Banda II estaba, en una ocasión escondida en un pantano casi inaccesible cerca de Bahía de Kino. Sabiendo que las fuerzas del gobierno la buscaban para castigarla por sus hazañas, la gente abandonó su campamento para buscar un lugar más seguro. Casi inmediatamente fue atacada por las fuerzas armadas superiores a ellos, que acabaron con todos los miembros de la banda, a excepción de un joven que pudo llegar a la isla del Tiburón y dar cuenta del suceso a los seris que allí habitaban. Posiblemente este acontecimiento ocurrió durante las guerras de Encinas entre los años de 1855 y 1865.

La versión de Rojas González es la siguiente:

(...) Se dice, atendiendo más bien a la leyenda que a la Historia, que en remotas épocas los seris, o kunkaaks, como ellos se denominan, ocuparon una enorme extensión de tierra que vino a reducirse a lo que conocemos hoy en día como el Territorio Seri, es decir, cerca de quinientas leguas cuadradas de costa, desierto y montaña. En esta vastedad queda incluida la isla del Tiburón. En territorio tan bronco no era posible otro género de vida que no fuera similar al mismo ambiente. Los seris, desde que se tiene noticia, no han sido más que recolectores, cazadores y pescadores. Se sabe que el feroz conquistador don Nuño Beltrán de Guzmán, tras haber salpicado de sangre las pezuñas de su corcel de guerra por el occidente de México, llegó muy cerca de los seris. Pocos años más tarde, fray Marcos de Niza, por órdenes del virrey de Mendoza, salió de San Miguel Culiacán, acompañado de Estebanillo, un negrito compañero de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, con la mira de hacer la ruta de éste y comprobar las maravillas que se hacía leguas toda Nueva España

al conocerse la fantástica aventura de la Florida. De paz fue recibido por el de Niza por los seris. Hubo entre unos y otros cambios de presentes y demostraciones calurosas. Entonces se pudo comprobar, y la afirmación es valedera hasta hoy en día, que el idioma de estos indios no tiene parentesco alguno con ninguna de las lenguas habladas por los rurales de América. No se hallaron vestigios arqueológicos que dijera del pasado de los “tiburones”, como se dio en llamar desde entonces a los kunkaaks. Tras del viaje de fray Marcos, tocaron la isla del Tiburón diversas expediciones que iban hacia el Norte en busca de las fabulosas Siete Ciudades de Cibola, quimera que inquietó tanto a los navegantes españoles.

Las noticias que los viajeros llevaron a la capital de Nueva España despertaron a los misioneros —“en brama por cristianizar”, como dijo un cronista —el deseo de penetrar hasta el corazón del territorio seri. Algunos frailes llegaron a tomar contacto con los indios, a quienes calificaron de carniceros, crueles y temerarios. Tras de los misioneros fueron los conquistadores, estimulados por las versiones que aquéllos trajeron respecto a la abundancia de la concha perla. Los seris empezaron a resultar estorbosos para los extraños; entonces sugirieron al gobernador Idobro concentrar a los indios tierra adentro. El funcionario colonial, para acatar los deseos de los aventureros, sus socios en la explotación de la concha perla, señaló como lugar para asentar a los seculares nómadas a San Pedro Pitic, hoy Hermosillo. La “arreada” de los seris fue cruenta; sin piedad se les arrebató de sus montañas y de sus costas, a las que habían arrancado sus frutos siglos enteros y en donde habíase recreado su vista y su espíritu desde épocas inmemoriales (...) Claro que gentes tan levantiscas no estaban dispuestas a soportar las disciplinas con que, de la noche a la mañana, íbaseles a atar su natural libérrimo. Un buen día, los seris desaparecieron de San Pedro Pitic y volvieron a su barbarie. Entonces menudearon las persecuciones por las tropas coloniales y los ataques de los indios a las misiones diseminadas en el territorio. Los seris cobraron no injusta fama de merodeares y asesinos. Fue ésta una pugna sangrienta, que se prolongó muchos años, hasta que otro gobernador, don Diego Ortiz Portilla, asaltó con alarde de fuerzas y de fierezas la isla del Tiburón. Aprisionaron entonces muchos indios. Los mayores de edad fueron deportados hasta Guatemala y a las mujeres y a los niños se les concentró de nuevo en San Pedro Pitic.



Pero los sobrevivientes de aquellos desventurados siguieron luchando con sorprendente vigor. Admira saber que los seris no sólo peleaban entonces contra los españoles, sino que también combatían a los pápagos, a los tepocas y a los tasioqueños, que habían acabado por hacer causa común entre los colonizadores. (p.p 43,44 y 45)

Dina Grijalva destaca los signos de “riqueza” y “abundancia” en la crónica de Fray Marcos de Niza, *Descubrimiento de las siete ciudades de Cibola*: “(...) se enfatiza, por ejemplo, la gran cantidad de turquesas. En un pueblo la mirada del conquistador descubre que los nativos llevan “collares de turquesas”. En otro sitio más cercano al objetivo los collares de algunos de esos nativos “tenían á cinco y a seis vueltas”. Las portadas y delanteras de las casas principales de Cibola con las turquesas.<sup>85</sup>

### **Las abuelas y el Gran Alcatraz**

Algunas de las costumbres seris descritas por Rojas González pudieran parecernos bárbaras y hasta crueles, como por ejemplo, el que se abandone a los viejos, hasta la consunción, en medio del desierto. Curiosamente, la llamada “ley de los abuelos” o “ley del descanso”, es considerada una muerte por honor que como tal se acata. Cuando los ancianos y ancianas mueren sin haber alcanzado la etapa de la decrepitud, se les entierra en una fosa cavada por las uñas de las mujeres y un brujo salta sobre la tumba pronunciando varias veces el nombre del difunto. Según explica Rojas González, este acto era combinado con una oración en voz alta por parte del mismo brujo, aprendida del padre Damián Trueba, uno de los pocos

---

<sup>85</sup> “Los procesos de novelización en la crónica”, *Literatura fronteriza, De acá y de allá*, Instituto Sonorense de Cultura, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, p. 29.

evangelizadores que llegó a influir sobre los *kunkaaks*. Las abuelas o nanitas, concretamente, encabezan todos los ceremoniales por ser consideradas figuras de infinito respeto. Ofician los matrimonios y deciden el destino de quienes violan las leyes de la tribu. Se confía ciegamente en la sabiduría y en la justicia de las nanas. Son asimismo objeto de adoración por parte de las jóvenes que ingresan a “La casa de las doncellas heridas” tras la primera menstruación o menarca. Con todo y eso, los viejos y las viejas se esfuerzan en prolongar su etapa útil para sacarle la vuelta a la inflexible ley *kunkaak*.

El capítulo intitulado “Los cuatro mancebos”, es muy ejemplificador de los aspectos hasta aquí mencionados. Expone, por una parte, las razones del salvajismo de los *kunkaaks*, el cual, vale la pena subrayar, no es propiamente salvajismo puesto que se basa en actitudes y tácticas estudiadas, heredadas y aprendidas, es decir, intelectualmente procesadas. Se trata más bien de una estrategia bélica surgida del aprendizaje necesario para una tribu expuesta al abuso y latrocinio de los presuntos civilizadores blancos, quienes han arrebatado a los indígenas sus tierras para convertirlas en sementeras, “un pueblo hecho pavesa y un templo abandonado.” (p. 69). Ante esta circunstancia resulta lógico que los “salvajes” rehúyan la modernidad, la cual simboliza el carácter del invasor, y opten por mantener sus costumbres atávicas, entre ellas, sus métodos de defensa y los ritos que acompañan las artes guerreras. Al respecto no son los guerreros quienes deciden, sino un concejo de matronas. Sobre las mujeres más viejas del tribu recae no solo la responsabilidad de decidir las acciones guerreras sino también la de preceder el ceremonial de la competición mediante la cual se elige al Señor de la Pelea.

El modelo de los jóvenes guerreros que se disputan el título y entre quienes se encuentra Coyote, es la bestia. Pero sus cualidades dignas de emular tienen que ver específicamente con el carácter ceremonial que ejecutan las bestias para cazar a sus presas. Para igualar a la bestia, para adquirir sus facultades tan ideales para guerrear, los competidores deberán medirse con ella. Las bestias modélicas de los guerreros *kunkaaks* son el venado, la serpiente, el tiburón y muy especialmente el pelícano, que está asimismo considerado un ave sagrada:

“El gran pelícano se entrega todo a los *kunkaaks*, todo para hacernos tan sabios como él mismo. En la merced va comprendiendo su sacrificio: el gran alcatraz perece, pero su espíritu queda vivo.

El espíritu vigila, embarrado en el más alto de los peñascos, porque su especie no acabe, para beneficio de los *kunkaaks*. Entonces, destruir los cascarrones donde se cuaja la carne o matar los polluelos desnudos es falta atroz, que el espíritu del hermano mayor de la tortuga castiga con la muerte del que la cometa y al resto de los cazadores con granos y postillas hediondas... Para evitar la ira del ave bienhechora, debe desagraviarla la audaz joven Nube Blanca, sometiéndose gustosa al castigo que la sabiduría de nuestras ancianas dicte: ¡Vosotras, venerables matronas, tenéis la palabra!” (p. 56)

Cuando se han efectuado las diversas pruebas que incluyen el enfrentamiento con estas bestias y su posterior cacería, los dos finalistas, Huevo Zaino y Coyote, habrán de pelear no como hombres sino como bestias. Huevo Zaino no solo no ataca según las reglas, pretende además vencer a su opositor sirviéndose de una astilla de palo fierro que Tórtola Parda le proporciona con disimulo. Al reparar en la trampa, las matronas descalifican al guerrero que no sabe pelear sólo con los puños y nombran ganador a Coyote, el hombre más similar a las bestias.

Curiosamente, Coyote ni siquiera es de origen seri. Su gente no ignora que siendo muy pequeño fue arrebatado por los *kunkaaks* a los pimas. Su magnífica presencia le vale ser adoptado por Coyote, jefe de la más arcaica dinastía *kunkaak*, lo que le permite aprender el arte de la guerra, aunque su soltería no sea bien vista por los viejos. Un Señor de la Pelea debe tener una mujer a su lado.

## La historia de amor

*Hablar de amor, sería quizá una simple condensación del lenguaje, que, después de todo, no provoca en el destinatario más que sus capacidades metafóricas.*

**Julia Kristeva**

Aunque don Gilberto Escobosa describe a Lola Casanova con “ojos verdes como las aguas de la bahía, cabellera dorada como espiga de trigo maduro, la piel blanca y en su rostro dos chapetas como rosas de Jericó”, Rojas González nos ofrece el siguiente retrato:

Dolores, hija única de don Diego Casanova, era bella: tez blanquísima, tersa y suavemente coloreada, ojos negros y profundos, ensombrecidos por recias pestañas, nariz pequeña y remangadilla, amplia y ligeramente abombada la frente, cejas finas y móviles, rojos y carnudos los labios y un ala de águila por cabellera. Era alta Lola, alta y cimbreante como un cocotero. (p. p. 11 y 12).

No mayor de veinte años (dieciocho, aventura don Gilberto), la construcción de la figura de Lola Casanova puede ser producto del costumbrismo de mediados del siglo XIX, lo mismo que del romanticismo tardío que prevaleció en las letras

mexicanas hasta muy entrado el siglo XX. Hija única y muy amada de un comerciante español, don Diego Casanova, habita un bello caserón junto con su nana —Pilarcito— y un indiecito seri de nombre Indalecio que ella se ha empeñado en adoptar y terminará compartiendo su exilio. Aunque suele reunirse con su amiga Luisa para bordar y sostener charlas insustanciales, Rojas González le otorga a la personaje un toque de modernidad al hacerla intervenir en las charlas de su padre con otros señores del pueblo, “charlas de hombres”, en las que nadie mira con malos ojos la presencia de Lola, ávida de información y conocimiento.

Como suele suceder en la novela romántica tradicional, Lola se convierte en el objetivo amoroso de un hombre perverso y corrupto, mucho mayor que ella y de gran fortuna (Néstor Ariza), al tiempo que ama a un joven calavera que su padre no aprueba (Juan Vega). Justo en el momento que Lola ha logrado el permiso de su padre para noviar con Juan, quien ha prometido regenerarse, ocurre la tragedia: don Diego pierde sus propiedades en una partida de naipes, a manos de Ariza. A Lola no le queda más remedio que deshacer el compromiso con el hombre que verdaderamente ama y comprometerse con el viejo, para impedir una desgracia aún mayor.

Aunque las múltiples versiones que existen del secuestro de Lola a manos de los seris no especifican hacia donde se dirigía esta en el instante de la emboscada, Rojas González hace que tenga lugar en el instante en que una Lola llorosa y desdichada se aproxima, acompañada de su nana, a bordo de una berlina, a la iglesia donde tendrá lugar su boda con el viejo Ariza. Consagra todo un capítulo, “La Palmita”, a describir el rapto de las dos mujeres, que incluye un aparatoso choque en el que quedan inconcientes. Curiosamente, los captores deciden conservar solo a Lola, pero no en plan de

rehén sino de huésped permanente. En algún momento la mujer mayor es devuelta a su gente, sana y salva. Las primeras palabras de Coyote al enfrentar a su prisionera son:

—Eres tan bonita, mujer blanca, que la flor del pitahayo se miraría descolorida frente a ti, y en tus ojos hay más brillo que en las hondas aguas de Tepopa... Por eso Coyote, el vencedor de tus cuñados, te quiere y, antes de perderte, sería capaz de irse a entregar en manos de ellos, para que hicieran correas de su negro cuero de yoreme y dieran su corazón de comida a los perros (p. 151)

A continuación, el Señor de la Pelea se presenta:

—Coyote, Perla de Guaymas, es el señor de la nación más valerosa y más rica de la tierra..., y tú, con sólo quererlo, serías reina del corazón de este dueño del coraje del tiburón, de la agilidad del pez, de la sabiduría del pelícano, de la astucia del venado y del valor del hombre... Las cabelleras que adornan el cuerpo del que está a tus pies son testigos de tantas peleas como dedos cuentan mis manos, ganadas a los comanches, a los pápagos y a los yoris; con ellas pagaron la audacia de cambiar sus tiros con las flechas invencibles de los seris. (p. 152)

En su discurso prevalecen el paisaje, las costumbres, el código de honor de los seris pero sobretudo las virtudes guerreras del declarante. Pretende inflamar el amor de la criolla describiéndole las bondades de su entorno, de sus costumbres, de su gente y de sí mismo. “La prueba amorosa es una puesta a prueba del lenguaje: de su carácter unívoco, de su poder referencial y comunicativo”, dice Julia Kristeva.<sup>86</sup> Al principio Lola se horroriza ante lo que juzga barbarie, pero poco a poco, y de la mano del pretendiente empecinado, se irá compenetrando con su nueva vecindad. En el ínterin, Coyote-Iguana se esfuerza

---

<sup>86</sup> *Historias de amor*, Siglo XXI Editores, octava edición, traducción de Araceli Ramos Martín, p. 2

por ganarse a la moza construyéndole una choza con sus propias manos, cantándole y haciéndole obsequios rústicos pero que, advierte Lola, las mujeres a su alrededor valoran muchísimo, quizá por generarse de las propias manos del Señor de la Pelea. Pero no son sólo los obsequios, no son los cánticos los que transforman paulatinamente la personalidad de la criolla, “¡Sólo respirar el aire que respiran los indios ha cambiado la forma de latir a mi corazón!”.

El cortejo de Coyote-Iguana a Lola dista de ser insulso. Existe entre ambos una poderosa corriente erótica que la pluma de Rojas González mantiene hasta el último momento, trémula bajo la complacida comadre, como los seris llaman a la luna. El hecho de que Coyote-Iguana decida no disponer del cuerpo de Lola contra la voluntad de esta, pudiéndolo hacer por tratarse de una extranjera, de una yori, y se imponga el reto de conquistarla y convencerla, tiene mucho de amor cortés. Dice Ortega y Gasset: “La persona humana es una entidad polarizada. Se compone de cuerpo y alma, cuyas formas extremas constituyen los dos polos de la personalidad. Esto permite tomar al ser humano por uno de ellos, situándolo en primer término, subrayándolo, mientras el otro queda semiculto, latente o esfumado. Y hay, en efecto, épocas corporalistas que se fijan en el hombre, sobre todo, en su carne, al paso que otras no ven en la carne sino en el espejo del alma, el trozo de materia en que aquélla se expresa. Esta inclinación a anteponer el cuerpo o el espíritu es uno de los síntomas más radicales que definen un tiempo histórico. Se comprende que la posibilidad de esta doble perspectiva rinda dos especies distintas de amor y nos sirva para su clasificación.”<sup>87</sup>

---

<sup>87</sup> “Para la historia del amor”, *Estudios sobre el amor*, Editorial Oveja Negra, 2003, p. 149

Lola se enamora de Coyote, “un monstruo hermoso de bruscos ademanes y de mirada bestial” (p. 202), y se convierte en su esposa a pesar de múltiples obstáculos, empezando por el hecho de no pertenecer a la tribu y por la edad: la tradición seri señala que la hembra ha de sobrepasar en años y experiencia al varón, y este no es el caso. Por otro lado, aunque la poligamia está aceptada entre los seris, Coyote está firmemente decidido a serle fiel a su Lola, quien pasará a llamarse Iguana, “la criolla de Guaymas, dejó de existir como flor de invernadero, para transmutarse en tallo fecundo de guerreros y matronas” (p. 209). Rojas González ilustra en forma poética y conmovedora la transición de Lola, de doncella criolla a matrona indígena; de muchachita curiosa a nanita sabia, “madre de los dioses y amante abuela de los kunkaaks”. Lola termina siendo irreconocible hasta para la propia Pilarcito. Ennegrece, adquiere callo en manos y en pies hasta ya no distinguirse donde termina la piel y empieza el trabajo. Sus curvas se transforman en músculo. Se metamorfosea en Coyote-Iguana. Y quizá en ello radique la diferencia que termina por abismarla de Doña Marina, cuya influencia termina por despersonalizar, que no metamorfosear, al conquistador español a quien, asegura Bernal Díaz del Castillo, terminaron llamando “Malinche”. Dice Margo Glantz: “El cuerpo del conquistador ha sufrido una transformación radical, ha sido transferido al cuerpo de Malinche o se ha confundido con él.”<sup>88</sup>

Lola devuelve a sus hijos indígenas su origen y su historia.

---

<sup>88</sup> “Doña Marina y el Capitán Malinche”, *La Malinche, sus padres y sus hijos*, p. 131



## Los prodigios del Macondo de tierra rosada

(...) ¿Para qué crees que sirven los consulados mexicanos en las ciudades fronterizas de los United States? Pues como receptores de información confidencial y controladores de cualquier mexicano que ande poniéndose contra don Porfirio. Desde el susto que les dio la santa de Cabora, no confían en nosotros, los bárbaros del norte. Saben que somos gente alzada ya por costumbre, que no doblamos la espalda ni somos lambizcones del poder, de su poder (...)

Gabriel Trujillo Muñoz,  
*Conjurados*, p. 80

Brianda Domecq descende de una exitosa camada de escritoras mexicanas surgida a finales de los años ochenta, que propició un boom denominado “literatura femenina”, novelas escritas por y para mujeres: Laura Esquivel (*Como agua para chocolate*), Ángeles Mastretta (*Arráncame la vida*), Sara Sefchovich (*Demasiado amor*) y Silvia Molina (*La familia vino del Norte*). La constante del mismo son novelas de trasfondo histórico y rural (excepto la de Sefchovich, urbana y contemporánea), ambientadas en el México revolucionario, y donde las heroínas burlan un entorno social y familiar asfixiante, en medio de un sinfín de peripecias propias de la picaresca. *La insólita historia de la santa de Cabora*, de Brianda Domecq<sup>89</sup>, encaja perfectamente en dicho perfil pero es la mejor acabada en tanto obra literaria, así como la única conceptual y formalmente apegada a la estructura de la novela histórica, ya que tanto los personajes como los hechos narrados son verificables desde una perspectiva científica, si bien las características mismas de la Historia de México la vuelven terreno fértil para las más disparatadas ficciones, como señala Antonio Moreno: “(...) nuestra historia es supersticiosa y

---

<sup>89</sup> Ediciones Ariadne, México, segunda reimpresión, noviembre 1999

profundamente irónica, con innumerables versiones que oscilan entre las verdades incuestionables hasta las hipótesis un tanto difíciles de sostener.”<sup>90</sup>

Vale la pena destacar el hecho de que Domecq optara por escribir una novela histórica tradicional a partir de una historia que parece fantástica; el segundo, que habiéndola escrito en pleno auge de la apropiación femenina del llamado “realismo mágico”, a través de Isabel Allende, quien recién había publicado *La casa de los espíritus* (1982), no explotara los innumerables elementos mágicos-realistas inherentes a la anécdota central, incluida una heroína asediada por un dictador. A decir de Lois Parkinson Zamora, la principal función del realismo mágico es dislocar una realidad histórica para, a través de una reubicación de lo real, impactar políticamente al lector: “(...) El hecho de que la literatura más antirrealista sea también la literatura más política deriva fundamentalmente, creo, de la existencia del realismo mágico en la universalidad del tema. Al elaborar un contexto transhistórico para el yo, los realistas mágicos agregan valor a sus representaciones de los abusos históricos específicos. Las concepciones arquetípicas de la subjetividad extraídas de fuentes colectivas proveen las bases sobre las que los realistas mágicos pueden construir posiciones políticas resistentes a los abusos del individualismo: el capitalismo explotador y el nacionalismo mesiánico, entre otros. Estos autores generalizan a fin de desestabilizar los absolutos (...)”<sup>91</sup>

---

90

<http://www.uacj.mx/publicaciones/Revoluci%C3%B3n/contenido.htm>

<sup>91</sup> “Presencias ancestrales”, *La construcción del pasado, La imaginación histórica en la literatura americana reciente*, Col. Tierra firme, México, 2004, Traducción de Mariana Podetti, p.p 126 y 127

No obstante que el argumento anterior hubiera justificado plenamente la incursión de Brianda Domecq en el realismo mágico, ésta decide enfocar a la Santa de Cabora bajo la misma óptica de la que parte Carlos Fuentes para reelaborar literariamente la historia, es decir la proyección ficcional del destino ignorado de una figura histórica, lo que Parkinson Zamora denomina “literatura documental” y Bárbara Foley “literatura seudofáctica”: “La literatura documental incorpora material histórico en su estructura ficcional, poniéndolo al servicio activo de la ficción en lugar de utilizarlo como mero telón de fondo de la acción, como ha hecho siempre la literatura realista (...) La mayor parte de las novelas realistas presentan la literatura como si fuera historia; las novelas históricas (...) invierten el modelo referencial y presentan la historia como si fueran literatura.”<sup>92</sup>

### **La autora y su obra**

Brianda Domecq nació en Nueva York el 1 de agosto de 1942, aunque a los nueve años se trasladó junto con su familia a la ciudad de México. Comparte con Elena Poniatowska un origen aristocrático ya que su padre, español de nacimiento, ostentaba el título de Vizconde de Almodadén y Caballero de Calatrava<sup>93</sup>. A pesar de pertenecer a una familia de abolengo, acudió como cualquier muchacha clasemediera a la UNAM, en cuya facultad de Filosofía y Letras se licenció con la tesis *La obra literaria de Sergio Galindo*, época en la que descubre casualmente al personaje que la obsesionará durante los próximos años. Si bien la novela sobre la Santa da a luz en 1990, Domecq viene

---

<sup>92</sup> *Íbid*, p.p 79, 80 y 84

<sup>93</sup> *De cuerpo entero*, Fundación Gutman, Ediciones Corunda, UNAM, México, 1991, p. 8

planificándola desde 1973, tras su lectura de la novela *Tomóchic*, del queretano Heriberto Frías (1870-1925).

Tomóchic es el nombre de un poblado chihuahense, colindante con la zona minera de Álamos, Sonora, escenario de la primera gran revuelta de tipo religioso: “Me puse a leer el capítulo para la clase del día siguiente —narra Domecq—. Frías describía una pobre niña ingenua e histérica cuya “epilepsia pacífica” inspiraba “embriagueces bélicas” en los aislados tomoches; era nada menos que “una alucinada”, una ilusa “criatura toda nervios, vibrante y dulce”, cuyos ojos tenían “una llama turbadora, ya estimulante y fiera como una ración de aguardiente y pólvora, ya benigna y plácida y adormecedora como un humo de opio”, y llegaba a preguntar: “¿Qué menguados espíritus habían hecho de la dulce niña enferma un volcán en erupción de rayos, un manantial de sangre, hiel, lágrimas y veneno, una bandera de odio y matanza?”<sup>94</sup>

Continúa Domecq: “Terminé de leer pensando que, seguramente, esta “criatura” había nacido en la imaginación afiebrada de Frías con el único fin de poder regodearse un poco más con su prosa retórica y melodramática, y estaba por cerrar el libro cuando mi ojo cayó sobre una nota del editor a pie de página. Registraba los datos escuetos de la vida de un personaje real, Teresa Urrea. Hechos y fechas mínimas que sin decir mucho, decían todo: fecha y lugar de nacimiento, nombre del padre (un hacendado) y de la madre (una mujer indígena), los ataques catalépticos que sufría, una “resurrección” extraña con supuestos poderes milagrosos que fueron transformando su casa en un centro de devotos del “teresismo”; militancia contra

---

<sup>94</sup> “La insólita historia de una novela o Cómo escribí *La insólita historia de la Santa de Cabora, Mujer que publica... mujer pública*, Editorial Diana, México, 1994, p.p 164 y 165

el gobierno porfirista que llevó a su expulsión del país y las actividades revolucionarias que emprendió ya en el exilio que la llevaron a encabezar un pequeño ejército de indios mayos y yaquis en un ataque a la aduana de Nogales, hasta que por fin las autoridades norteamericanas la obligaron a renunciar a sus acciones militares; la fecha y el lugar de su muerte.”<sup>95</sup>

“Cabora”, lugar mítico, del que quedan solo ruinas, era, se nos dice en la novela de Domecq, una hacienda *con ciento siete habitantes; lejos de todo centro de población (...)*<sup>96</sup>. El historiador y periodista estadounidense Paul J. Vanderwood, especializado en historia rural de México, la describe como un terreno semidesértico e inhóspito al sur de Sonora, por donde bajaban los ríos Yaqui y Mayo:

No había lo que se pudiera llamar un pueblo cerca de Cabora. El pequeño Boroyeca, un asentamiento de mineros, estaba escondido en las faldas de las montañas a unos 34 kilómetros al noroeste, y a unos 40 en dirección opuesta estaba Navjoia, que en la década de 1890 era un pueblo sin gran importancia, pero el centro comercial agricultor de la región. La sede política del lugar y el punto de referencia geográfica más común estaba a 106 kilómetros al suroeste en el complejo minero de plata en Álamos, que había tenido distintos momentos de bonanza desde los tiempos coloniales, mientras que Guaymas, el principal puerto del Océano Pacífico en Sonora, estaba a 240 kilómetros al noroeste.

Aún peor, Cabora con frecuencia era caluroso y se infestaba de insectos. En México el récord de temperatura máxima en la época de verano es de más de 54 grados centígrados. A principios de la década de 1890 este lugar pasaba por una prolongada sequía y un calor sofocante. La mayoría de los árboles había perdido sus hojas debido a la sequía. Sólo los *palos jitos* característicos del lugar, que alcanzaron los 9 metros de altura y de lejos parecen paletas de caramelo, conservaban su follaje verde oscuro y daban a hombres y

---

<sup>95</sup> *Íbid*

<sup>96</sup> *La insólita historia de la Santa de Cabora*, p. 97

animales algo de sombra. El calor traía enloquecedoras plagas de moscas. Algún chubasco ocasional era bienvenido y proporcionaba cierto alivio temporal de las moscas, pero traían consigo cientos de mosquitos y otros insectos. La abundancia de víboras y abrojos hacían al lugar aún menos hospitalario. No, Cabora no era precisamente un jardín para los seres humanos.<sup>97</sup>

En 1980, año en que surge la oportunidad de viajar a Sonora junto con su esposo, Domecq se encuentra con la novedad de que la mítica Cabora “(...) ya no existe. Es un deslavado letrero en el camino, es un espacio lleno de olvido, es la ausencia misma (...)”<sup>98</sup> Conforme se adentra en el terreno, sin embargo, cree reconocer en el paisaje detalles que asocia en el acto con las historias que sobre la Santa ha leído en otros relatos literarios y periodísticos:

(...) No nos importó que casi no quedara nada. Recorrimos el terreno como si ya fuéramos de este mundo. Maravillada, me subí hasta la cueva del cerro donde Teresa solía recoger el polvo para sus curaciones y comí la tierra color de rosa. Cuando miré hacia el horizonte tuve la inequívoca sensación de haber estado ahí antes, de haber conocido en otra ocasión aquel extenso paisaje con sus lomas y sus llanos. Creo que lloré. Embelesada, o quizá enloquecida, fui a Hermosillo, leí mi ensayo, recibí de manos de Alicia Salazar (pariente de Teresa) un atesorado botón de solapa con la foto de Teresita y volví a anunciar enseguida que comenzaría a escribir la novela (...) <sup>99</sup>

Esta misma impresión detallada en el ensayo autobiográfico donde Domecq plasma su experiencia con la

---

<sup>97</sup> “Romería en Cabora”, *Del púlpito a la trinchera. El levantamiento religioso de Tomóchic*, Taurus, México, 2003, Traducción de Leticia García Cortés, p. p 224, 225

<sup>98</sup> *La insólita historia de la Santa de Cabora*, p. 123

<sup>99</sup> “La insólita historia de una novela”, *Mujer que publica... mujer pública*, p. 170

escritura de *La insólita historia*...es reproducida casi fielmente en un pasaje de la novela:

De repente están allí, sobre un pequeño plano que da al nicho en la montaña, boca pequeña, poco profunda, que sonríe en el costado de piedra; boca rosada, suave, como la tierna boca de un becerro. Se agachan (la escritora y Javier) y entran; apenas pueden sentarse en la poca sombra; semi acostados, descansan. Ella observa que el piso de la pequeña cueva está cubierto de un polvo fino, del mismo tono rosado de la piedra, como si ésta se fuera deshaciendo paulatinamente con el tiempo. Toma un poco entre los dedos y lo prueba: no tiene ningún sabor. Cierra los ojos. Se oye la brisa que da vueltas al cerro, entrecortada por las respiraciones agitadas de ambos. Por sus mejillas siente correr las respiraciones agitadas de ambos. Por sus mejillas siente correr las gotas de sudor. Abre los ojos y mira hacia abajo y hacia el horizonte y, de repente, ve Cabora en cada detalle, no como lo había visto antes, destruido, inexistente, sino como si lo estuviera viendo desde siempre, a través de los recuerdos de Teresita. Reconoce la extensión hacia el horizonte y sabe que lo ha contemplado mil veces, en sueños, en su imaginación; reconoce el camino hacia la Casa Grande, la extensa meseta, las colinas alargadas y planas, el pico de la Mina, el horizonte abierto hacia el infinito: todo es idéntico a como lo sabía siempre. (p.p. 149 y 150)

Aunque en efecto aquella tierra rosada parece tener propiedades que la vuelven grata al gusto, y existen crónicas periodísticas que hacen hincapié en el hábito que tenía Teresa de comerla y curar a través de una mixtura de esta con su saliva y dulces letanías, el que tanto la personaje como la escritora coman tierra, como la Rebeca de *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, resulta harto significativo en el contexto de la novela histórica latinoamericana: "(Los personajes de Elena Garro y Juan Rulfo) hablan por/ desde/ como la tierra:

hablan con tierra en la boca, comen la tierra, son ellos mismos “figuras de polvo” (...).”<sup>100</sup>

La que Brianda Domecq creyó sería su primera novela, tendría que aguardar la publicación previa de cuatro libros: *Once días... y algo más* (1979, 2ª ed. 1991) donde narra la experiencia de su secuestro; *Bestiario doméstico* (cuento, 1982); *Voces y rostros del Bravo* (ensayo, 1987, 2ª. ed. 1988) y *Acechando al unicornio; la virginidad en la literatura mexicana* (Antología, 1989). En medio de la escritura de todos estos textos, el fantasma de Teresa Urrea no se despegó un minuto de la escritora.

### **Entre la verdadera y la idealizada Santa Reina de los Yaquis**

*En el taller del fotógrafo le hicieron el retrato de pie, una mano reposada sobre el respaldo de una silla de madera, la otra sobre la falda, ligeramente girada ella hacia su derecha y con un fondo de querubines a su alrededor...*<sup>101</sup>

Teresa Urrea, alias “La Santa de Cabora”, nació en Ocorini, Sinaloa, el 15 de octubre de 1873, aunque, según explica Domecq se trasladó muy niña a territorio sonorenses, por disposición del hacendado para el cual trabajaba su madre, debido al ruidoso apoyo de este hacia el candidato opositor al gobierno de Díaz para gobernador de Sinaloa, y el cual resultó perdedor contra el candidato oficial, “(...)Era obvio —nos relata Vanderwood— que sobrevendría una oleada de venganzas y persecuciones; entonces, con el apoyo de su tío Miguel, Tomás huyó con su familia a la seguridad de Sonora, al rancho llamado Cabora, que Miguel había recibido como regalo de bodas (con Loreto, su primera y única mujer legítima)”<sup>102</sup> Dicho hacendado,

---

<sup>100</sup> Lois Parkinson Zamora, *Íbid*, p. 153

<sup>101</sup> *La insólita historia de la santa de Cabora*, p. 299

<sup>102</sup> *Íbid*, 230



Tomás Urrea, padre biológico de la entonces pequeña Teresa, fundó así la llamada Cabora, hacienda localizada "(...) en una zona rancheriza de un clima difícil pero potencialmente productiva. Sólo recibe 45 centímetros de lluvia al año, y casi toda durante la temporada de lluvias se limita de julio a septiembre. La primavera puede traer uno que otro chubasco breve, insuficientes para el cultivo a mediana o gran escala, pero indispensables para el forraje de ganado (...) Don Tomás buscó en la región mejores toros que los acarreados para mejorar su ganado, y acabó con algunos arroyos al tratar de almacenar la preciosa agua para riego, pero centró gran parte de su atención en la construcción de una enorme casa de adobe a las orillas del arroyo de 8 metros de profundidad llamado Cocoraqui, que fluía por la frontera norte de su propiedad."<sup>103</sup>

Sobre ese terreno, Tomás Urrea edificó una vivienda de adobe que terminó siendo un impresionante caserón de dos alas, una con capilla y cocina, amén de numerosas habitaciones; en la otra ala se ubicaban el dormitorio del propio Urrea y una biblioteca, además de una tradicional terraza con arcos con vista hacia un gran patio bordeado de una alta cerca. Las paredes estaban pintadas con cal, al estilo sonoreño, no para efectos artísticos sino porque la cal contribuía a proteger el adobe y mantenía a raya a los bichos. Los pisos, como llamaban los alamenses a los pisos de cemento, eran "romanos".

Resulta curioso como en medio de un furibundo anti-yanquismo, que degeneró en su proverbial desprecio hacia los hombres de la frontera norte a los que acusaba de asimilar sin más los usos y costumbres de sus vecinos del otro lado, José Vasconcelos juzgó de "haraganería" lo que en realidad era una actitud práctica respecto a la construcción aparentemente inacabada de casas cuyos propietarios antepusieron la comodidad

---

<sup>103</sup> *Íbid*, p.231

al buen gusto, es decir, casas que resultaran habitables en terrenos tan áridos:

(...) la mentada sencillez fronteriza se traducía en eso, en haraganería que levanta la casa de ladrillos desiguales y luego la dejan sin enjalbegado, las puertas sin ajuste se quedan sin pintar; las ventanas sin vidrieras. Haraganería e incultura. No miseria, porque periódicamente acuden a tierra yankee a gastar fortunas en hospedaje y fruslerías (...) se diría que los descendientes de aquellos españoles astutos que cambiaron por cuentas de vidrio las tierras y el oro de los indios ignorantes, ahora la hacen de indios con el yankee, que compra las principales fincas de la frontera y vende automóviles.<sup>104</sup>

Domecq describe el entorno, primero desde la perspectiva de Teresa; luego desde la del padre de la niña. El paisaje de Cabora se adapta perfectamente tanto a la visión inocente y fantasiosa de la niña, como a del ranchero, hedonista y materialista:

(...) Todo era nuevo: lo cotidiano tomaba forma y se hacía presente: el desierto no era el de todos los días, aunque se pareciera; las cosas conocidas tenían repentinamente nombre, como saguaro, como mezquite, como chamizo volador. El movimiento se llenaba de preguntas y parecía que se oía por primera vez el griterío negro de los zanates, el hin de los caballos, el susurro del viento, el canto de un río y de las guitarras de los rancheros alrededor de la fogata en noches que estrenaban un manto de estrellas (...) (p. 23)

(...) Mientras los vaqueros iban a revisar el pozo y averiguar si había algo rescatable al otro lado del arroyo, él (Tomás) se dirigió a una colina cercana para apreciar mejor el panorama de desolación; detuvo el caballo, miró alrededor y, entonces la vio por primera vez: su tierra morena, sus cabellos de pasto peinados por el viento, sus

---

<sup>104</sup> *La tormenta*, novena edición, Editorial Jus, México, 1964, p. 77

lomas acicaladas y tersas, su vientre de terciopelo extendiéndose hasta el horizonte, su infinito aire de libertad; percibió un inconfundible olor a terruño; aspiró su polvo blando y dulce, y su sabor virgen y fértil se le enroscó en la entraña; sintió acurrucarse en la lengua el nombre de “Cabora” y le sobrevino una emoción tan fuerte que no pudo respirar (...) (p.p 32 y 33)

Teresa fue fruto de los amoríos de don Tomás con una india de nombre Cayetana quien abandonó a la niña, entrada apenas en la adolescencia, con una tía, hermana de Cayetana. Vanderwood no está seguro de si la india abandonó a su hija o si murió, pero Domecq elige la versión más conveniente para su ficción, es decir, la del abandono. En las notas periodísticas reproducidas por Domecq, así como en las recogidas por Vanderwood, nadie se pone de acuerdo respecto a la apariencia física de Teresa, no obstante la existencia de fotografías, publicadas en el libro del mismo Vanderwood, y en la portada de las sucesivas ediciones de *La insólita historia...*, y las cuales sustentan la versión de Domecq de que se trataba de una hermosa joven de espesa cabellera rojiza y ojos ambarinos. La mayoría de las versiones, sin embargo, incluyendo la del propio Vanderwood, insisten en que era alta, delgada, morena, de larga cabellera negra, aunque coinciden en que poseía una gran hermosura. Los menos la describen poco atractiva: *...Teresa Urrea era una joven de aspecto vulgar, fea, flaca, de tez amarillenta y ojos grandes, negros y sin brillo (...)*<sup>105</sup> No faltó tampoco quien asegurara, contra la documentación que evidencia que la santa murió de tuberculosis a los 33 años, que *Teresa Urrea fue olvidada por sus seguidores y se convirtió en*

---

<sup>105</sup> *La insólita historia de la Santa de Cabora*, p. 48

*una anciana desaliñada y sucia, que durante mucho tiempo fue conocida como “La Bruja de Nogales”; murió ya muy vieja...*<sup>106</sup>

El Tomás Urrea histórico, si bien se asemeja bastante al creado por Domecq, particularmente en el sentido de que gustaba desplegar sus dotes donjuanescas entre las jóvenes indígenas que servían en su casa, provenía de una acaudalada familia sinaloense que ya en tiempos de la Colonia se desempeñaban como gobernadores, generales y hacendados, además de ser propietarios de minas y políticos influyentes. El teniente Manuel Urrea fue uno de los fundadores de la ciudad de Culiacán, el asentamiento español más antiguo del noroeste de México y capital, al poco, del estado de Sinaloa.<sup>107</sup> Tomás Urrea efectuó un matrimonio por conveniencia con una joven sonorenses de nombre Loreto. Sin embargo, Loreto nunca quiso mudarse a Cabora, que le parecía el lugar más abominable del mundo, y no le faltaban razones. Ella pertenecía a una sociedad, la alamense, que, dice Héctor Aguilar Camín, “(...) conservaban hacia adentro un escrupuloso ordenamiento en el que sobrevivían los lastres estamentales de la sociedad colonial y la feroz vocación de pulcritud de una comunidad criolla, consciente de sus privilegios de siempre y de la genealogía familiar.”<sup>108</sup> La flamante señora Urrea permaneció cómodamente instalada junto con sus dos hijos varones en una casona de Álamos. Tomás, por tanto, pudo cohabitar a sus anchas con Gabriela, la jovencísima madrastra de Teresa, y que le dio un hijo varón

En la novela de Domecq, la adolescente Teresa, harta de los maltratos de su tía y de sus primos, hace lo posible por llamar la atención del rubio hacendado quien termina por

---

<sup>106</sup> *Ibid*, p. 52

<sup>107</sup> Vanderwood, *Del púlpito a la trinchera*, p. p 228 y 229

<sup>108</sup> *La frontera nómada*, Cal y Arena, México, Segunda edición, 1997, p. 58.

reconocerse en la niña como Narciso en su reflejo, y la lleva a vivir con él y su concubina. Teresa entablará una entrañable amistad con su joven madrastra y con una vieja sirvienta india de nombre Huila que la instruye en el arte de curar diversas dolencias sirviéndose de la tierra rosada de los alrededores. Es justo por esa época que Teresita sufre su primer ataque cataléptico (inmovilidad total del cuerpo). Según la novela de Domecq, Teresita, ya encajonada y llorada por su padre y amigos, regresa de su aparente muerte convertida en otra persona, dotada de la habilidad de mirar el futuro y curar al simple tacto. Vanderwood ofrece versiones alternativas:

Algunos han especulado que los ataques convulsivos que sufrió eran producto de alguna forma de epilepsia, pero entre sus parientes no se han encontrado casos de esta enfermedad. Otros han argumentado un trauma psicológico como explicación. Se decía que Teresa había sufrido otros ataques convulsivos similares tres años antes, en 1886, cuando tenía trece años, como resultado de las constantes y fuertes discusiones entre su madre y su tía. O quizá los primeros ataques hayan ocurrido un poco más tarde, cuando su madre murió o desapareció. Algunas personas (en especial sus detractores) creían que un fracaso amoroso había desatado el primer ataque fuerte en 1889. Explicaban que un joven minero de nombre Millón, de Boroyeca, se había enamorado profundamente de Teresa, y cuando ella lo rechazó él intentó violarla, lo que ocasionó las convulsiones y el trance. Una ligera variación de esta historia decía que Teresa había descubierto a su amado en una relación sexual con otra mujer y que la frustración y desesperación habían sido la causa de su mal: de acuerdo con uno de los periódicos más importantes de la ciudad de México, *El monitor republicano*<sup>109</sup>, cuando Teresa lo sorprendió, aulló y escandalizó de diferentes formas a su familia, “después de un

---

<sup>109</sup> Diario capitalino del que obtiene Domecq algunas notas periodísticas insertas en la novela, detractor de la pretendida santa lo mismo que el *San Francisco Chronicle* y *El Sábado*, de Hermosillo.

breve desmayo, se declaró a sí misma una santa inspirada por Dios.”<sup>110</sup>

Agrega Vanderwood un dato todavía más inquietante: “Es cierto que al trabajar con Huila entre los yaquis Teresa conoció las propiedades alucinógenas del peyote. Quizá incluso se pueda decir que ella misma se produjo convulsiones y trances, o por lo menos que fueron resultado del misticismo con el que se concebía a sí misma.”<sup>111</sup> Domecq no baraja ninguna de estas especulaciones. El minero que pretende violar a Teresa no aparece en la novela, no como tal, aunque probablemente lo haya traspasado al trágico personaje de Lupe Rodríguez, el primer esposo de Teresa, capataz en la mina más grande de Clifton con quien ella se casa contra la voluntad de don Tomás, ya exiliados en los Estados Unidos, y que enloquece rabiosamente la noche de bodas. Asegurar, sin embargo, que Domecq se apega a las versiones bondadosas que sobre la santa circulan sería impreciso, pues dota al personaje de la problemática sensualidad que sus detractores le atribuyen. Ya a los trece años, Teresita contempla la posibilidad de “juntarse” con Anastasio, un señor casado y con hijos, que en cierto modo ha llenado el hueco de un padre en su vida y le ha enseñado a tocar la guitarra. Desea escapar de su destino a través del hipotético amorío, sí, pero sin descartar la posibilidad de una pasión duradera. Teresa vivirá una existencia frustrada en el aspecto sexual, aunque a los treinta años se involucrará en una ardiente aventura con el hijo de su mejor amiga, bastante más joven que ella, y procreará con este a su única hija. Esto pudiera tener por propósito la reivindicación del erotismo femenino a través de una figura casi prototípica de la virtud. Al hacer

---

<sup>110</sup> *Del púlpito a la trinchera*, p. 239

<sup>111</sup> *Ibid*, p. 239 y 240

hincapié en la vulnerabilidad del héroe trágico de esta historia, Cruz Chávez, y en la voluptuosidad, firmeza y voluntariosa naturaleza de la Santa, Domecq pareciera querer alterar la típica concepción histórica donde lo masculino se salva y lo femenino es sinónimo de perdición (también para el hombre). “Ficcionalizando a los personajes (históricos) se tiene la posibilidad de reivindicar a lo femenino, mostrando también los aspectos negativos, no sólo de lo femenino, sino también de lo masculino, colocando a los dos en un plano igualitario con respecto a su condición humana.”, dice Marcela de Iga.<sup>112</sup> La Teresa Urrea de Domecq está permanentemente del lado de la razón no obstante lo pasional de su temperamento y que apenas puede escribir su nombre (aunque sabe leer a la perfección), por la cual no se considera a sí misma santa, antes bien, se muestra escéptica respecto a eso que llaman “sus poderes” (aspecto que tampoco coincide con la versión de Vanderwood), convencida de que deben de tener una explicación científica; explicación que perseguirá denodadamente aunque sin resultado pues su sensualidad desbordada la desvía de la meta. La persona que menos cree en su santidad es la propia Teresa, y así se los hace saber a quienes la rodean.

Contra la feroz oposición de don Tomás, que poco a poco iría resignándose a la fama de su hija (nunca terminará de creerse lo de la santidad, lo cual no impide que se transforme en devoto de Teresa), hace acondicionar una casita junto a la casa grande para que la Santa reciba a sus pacientes. Teresa desplegó “sus poderes” principalmente entre la población yaqui y mayo, razón por la cual los primeros la adoptaron como

---

<sup>112</sup> Urraca, *de Lourdes Ortiz, nueva novela histórica femenina (concepción de lo andrógino como esfera de poder a través de un proceso dialógico y de metaficción,*  
<http://fuentes.csh.udg.mx/CUCSH/argos/16oct-dic00/16eflores.htm>

“Reina”, ritual de coronación de por medio. Ella ha accedido a esta consideración, según Domecq, por cariño a los indios y no por vanidad. Sin embargo, este hecho pone sobre aviso al gobierno de Díaz respecto a una supuesta actividad de adoctrinamiento revolucionario entre los indios por parte de la muchacha.

Lo que parece una relación amistosa entre el padre de Teresa y los indios, particularmente los yaquis —los mayos estaban ya apaciguados casi en su totalidad—, esencialmente guerrilleros que se encontraban en plena lucha por la conservación de sus tierras, con Juan Maldonado “Tetabiate” al frente, durante la época de una batalla frontal entre los indígenas y tres gubernaturas sucesivas entre 1895 y 1911 (Luis Emeterio Torres, Ramón Corral y Rafael Izábal) que pretendieron arrebatar sus tierras a los moradores naturales para venderlas al mejor postor yanqui, tiene un sustento histórico y una explicación, a decir de Aguilar Camín:

(...) La condición misma de la guerrilla yaqui atrajo pronto al otro aliado estratégico del que se ha hablado: los propietarios agrícolas. Las partidas pequeñas de diez a quince alzados de principios de los noventa no podían asolar la hacienda o los ranchos que encontraban a su paso. En realidad se acercaban a ellos huyendo de las tropas federales, con el propósito de reposar de la fatiga de tres o cuatro meses de campaña. Encubriendo al alzado, los hacendados podían obtener mano de obra barata gratis y, además, la eventual simpatía de los insurrectos para una ocasión posterior.

(...) La complicidad de los hacendados y propietarios agrícolas con los rebeldes irritaba más a las autoridades porque asilarse en las haciendas no era sólo una forma de evitar la persecución; en ese seguro abrigo, el yaqui fugitivo podía prepararse clandestinamente y con entera tranquilidad para volver a trepar la sierra. “De las mismas haciendas y pueblos —apuntaba el general Carrillo— y



muy particularmente de los distritos de Hermosillo y Ures, salen a la sierra partidas de indios ya organizados.”<sup>113</sup>

### **Fiebre de santidad**

La sequía inmensa que abrasa a la región ha desencadenado una especie de locura mesiánica que al entrar en combustión con la sed de espejismos religiosos da por resultado una epidemia de santos, otras tantas réplicas de “la niña” de Cabora: Damián Quijano, el Santo Niño de las visiones proféticas; Santa Isabel de Macochi, Santa Camila en Ilibaqui, Santa Agustina en Babero, San Irineo en el rancho de Sapochopo y la Niña Barbarita más allá de la sierra grande. La diferencia entre estos santos y santas, casi todos adolescentes, y Teresa de Cabora, es que no curan sino peroran sobre la situación política del país:

(...) el inesperado éxodo de mayos flacos, harapientos, cansados y sumisos no se debía a los motivos que sospechaba el coronel sino a algo totalmente diferente. Cuando llegó a Jambilobampo con su piquete de soldados armados hasta el cogote, vio a un joven mayo de unos doce años, de pie sobre una gran roca, rodeado de más de mil seguidores. Hombres, mujeres, niños y ancianos escuchaban mientras Damián Quijano, el Santo Niño de las visiones proféticas, anunciaba un nuevo diluvio del que los mayos debían resguardarse en los lugares altos que próximamente les serían indicados.

(...) Al coronel Rincón le pareció que el diluvio era más bien de santos con un franco deseo subversivo de que se murieran todos los seres civilizados y de que la región volviera a la barbarie original (...)<sup>114</sup>

La respuesta del gobierno de Díaz ante lo que parecía un acto levantisco es materializar la profecía de la Niña de Cabora: los indios son embarcados, santos por delante, en un

---

<sup>113</sup> *Íbid*, p.p 70 y 71

<sup>114</sup> *La insólita historia de la Santa de Cabora*, p. 211

buque de guerra llamado “El Demócrata” donde, se les dice, serán conducidos al Médano, “Pero no llegaron ni siquiera a Guaymas: los arrojaron al mar y se ahogaron. ¡Ése fue el agua, ése fue el diluvio, ésa fue la inundación pero de los pulmones de mujeres y niños!”<sup>115</sup> No repuesta aún del horror que cree haber propiciado con sus visiones, Teresa se verá involucrada en el levantamiento de Tomóchic, cuyo grito de batalla la alude directamente: *¡Viva la Santa de Cabora!* El comandante es un apuesto joven llamado Cruz Chávez, personaje clave tanto de la versión histórica como de la novela, que empieza prestándose de carnada para desenmascarar a Teresa ante la Iglesia Católica y termina, dice Domecq, prendado de la santa, tan bella como milagrosa. Dice Vanderwood: “(...) como pronto habrían de saberlo los espías, ningún sacerdote encabezaba las ceremonias que los llevaron a la iglesia (...) Quien organizaba estos ritos místicos, desde una pequeña mesa de madera colocada al frente del altar principal de la iglesia, era un hombre alto, fuerte y musculoso, de piel relativamente clara, como de treinta y cinco años, de nombre Cruz Chávez. Una treintena de hombres lo escuchaba con atención y hacía el responso con sus palabras. Un ayudante leía de una lista y decía cada uno de los nombres de los discípulos, quienes se acercaban frente a la mirada incisiva del ministro y recibían su bendición. Cada uno se arrodillaba y mostraba su rifle a Chávez, quien lo bendecía haciendo la señal de la cruz. Entonces el arma pasaba a otro ayudante que estaba parado a la derecha del dirigente, quien incrustaba unas marcas de bronce en forma de cruz sobre la cacha.”<sup>116</sup>

El destino del amante platónico de Teresa no sería menos horrible que el de sus simpatizantes: todo Tomóchic será

---

<sup>115</sup> *Íbid*, 213 y 214

<sup>116</sup> Introducción, *Del púlpito a la trinchera*, p. 21

prácticamente pasado a cuchillo por los federales, desde los alzados hasta las mujeres y los niños. “(...) el trágico final de Tomóchic —escribe Domecq—no lo sorprendió (a Lauro Aguirre); siempre había pensado que el aislamiento del pueblo, el fanatismo de los pobladores y el número reducido de rebeldes hacía casi imposible que el movimiento cobrara alcances nacionales. Tomóchic rebelde no había significado nada. Pero Tomóchic martirizado cobraba una estatura heroica. El monstruo había jugado una carta muy riesgosa (...)”<sup>117</sup> Teresa termina desterrada en los Estados Unidos junto con su padre tras una serie de persecuciones de tipo moral y económico por parte de Díaz. Desde el otro lado ella continúa contribuyendo al derrocamiento de la dictadura, aunque sus ojos no alcanzarán a ver el estallamiento de la tan anhelada revolución. La novela de Domecq sugiere que la participación de Teresa en las diversas conspiraciones es indirecta ya que Lauro Aguirre, amigo de don Tomás y encarnizado maldiciente de la dictadura, utiliza la figura de la santa, haciéndola circular incluso en estampitas, para alentar la insurgencia de sus devotos, particularmente entre los yaquis y mayo deportados en los Estados Unidos. Pero Teresa se muestra consciente de estar adoptando un disfraz, aunque lo haga por una causa que considera justa: “(...) En este país (Estados Unidos) (...) cuenta más la apariencia que el acto. Es como un gran teatro: para desempeñar tu papel en la sociedad deberás vestirme de acuerdo al personaje. ¿Tú crees que respetarían a Díaz si anduviera por allí vestido de indito? No. Por eso se viste de general, se blanquea la tez, se casa con una dama de sociedad, se rodea de intelectuales (...)”<sup>118</sup> El papel de la Santa de Cabora en la campaña de ideologización pro revolucionaria, pues, es esencialmente propagandística.

---

<sup>117</sup> *La insólita historia de la Santa de Cabora*, p. 309

<sup>118</sup> *Ibid*, p. 298

### **Autora y personaje**

La primera parte de la novela involucra como personaje a la propia autora. Parte de una justificación muy precisa que es el afán de una escritora (la propia Brianda Domecq, desprovista de nombre propio) por seguir la pista de la Santa de Cabora, aunque no sabe exactamente por qué ni para qué. Como ya la propia Domecq ha expuesto en su texto autobiográfico, la escritora-personaje sufre una serie de peripecias durante su viaje a Navojoa que incluye el extravío de un maletín lleno de información hemerográfica sobre la santa. Si bien Domecq se ha hecho acompañar por su esposo en el viaje que para tal fin emprendió en 1980, la escritora-personaje marcha sola. Lo que Domecq revela en su texto autobiográfico, reproduce casi con exactitud el periplo de la novela: “Sabía que antaño Cabora se encontraba en las cercanías de Navojoa de manera que hablé a Aeroméxico y reservé pasaje. Años más tarde, en una visita a Álamos, una amiga de allá me aseguraría que jamás había existido un vuelo entre la ciudad de México y Navojoa. Como sea: cuando lo necesité, lo hubo y a los pocos días, junto con mi marido, hacía la peregrinación obligada al santo larario de los Urrea (...) Como desconocíamos Navojoa, por lógica, por azar o por la intervención de Teresita, nos dirigimos a la iglesia principal que nos pareció el mejor lugar para comenzar nuestra búsqueda. Estaba desierta y resultó ser de una construcción demasiado reciente como para albergar cualquier reliquia de Teresa. Estábamos por partir cuando se materializó ante nosotros. Preguntó si buscábamos a alguien. Por no dejar, le dijimos el motivo de nuestra visita y la extraña soltó una sonora carcajada. No sólo la conocía de oídas, sino que Laura, la hija de Teresa, le había robado al novio. El marido y yo nos miramos

con asombro y nos rendimos ante lo innegable: Teresa nos guiaba (...)<sup>119</sup>

Esta es la visión que de la ciudad de Navojoa nos brinda la alterada escritora-personaje recién llegada de la Ciudad de México en pos de la insólita historia:

(...) Todas las calles tenían la misma cara. Las avenidas eran demasiado anchas para los pocos vehículos que circulaban, como si en algún tiempo Navojoa hubiera esperado un auge de población que nunca llegó, que se sufre para otro lado. Calles lisas, descoloridas, quemadas por el sol y blanqueadas de polvo; todo lo antiestético de un de un equivocado intento de modernidad tercermundista (...) ¿Cómo habría sido Navojoa en 1982, cuando, a las 4 a.m. del día 15 de mayo, el General Otero *recibió la primera noticia del movimiento de la indiada sobre la población; unas horas más tarde fue informado de que...* una horda de 200 indios descendió sobre el pueblo al grito de ¡Viva la Santa de Cabora!, *los indios estaban en posesión de la plaza y dedicados a saquear a todas las tiendas...* y dejó un reguero de cadáveres por todos lados? *Al amanecer, los indios mayos, hasta entonces pacíficos, asaltaron los pueblos de Navojoa y San Ignacio, saquearon la tienda del señor Morales, dieron muerte al presidente municipal e hirieron a dos vecinos...* ¿Cómo, cuando merodeaban por aquí los “enemigos” de don Tomás, buscando la forma de arruinarlo? *No obstante la sorpresa, el vecindario pudo resistir y defenderse, después de tres horas de lucha, hicieron huir a los asaltantes que dejaron 14 de los suyos muertos...* ¿Cómo, cuando aparecieron los niños santos por todo el estado, *cuanto indio cayó preso fue ahorcado sin la más leve averiguación; con decir que se agotaron los lazos en la población de tanto colgar indios...* o en tiempos de Tomóchic, *el General Otero tuvo noticias anticipadas del ataque a Navojoa y no sólo no tomó providencias, sino que inclusive retiró el destacamento de fuerzas federales con el fin de implicar a la Santa y vengarse de su enemigo, el señor Tomás Urrea...* o el día que Teresa pasó por ahí a los siete años camino a Aquihuiquichi? *El hecho de haber recogido 18 rifles pues todos los ranchos tienen armas para defenderse de las agresiones de yaquis rebeldes...* Definitivamente no como la veía ella

---

<sup>119</sup> “La insólita historia de una novela”, p. p 169 y 170

ahora. Durante el ataque a Navojoa, los emisarios de los enemigos de don Tomás, y no los indios, gritaban ¡Viva la Santa de Cabora!... Volvió a preguntarse: ¿qué demonios había en ese perdido pueblo mal llamado "ciudad"? (p.p 70 y 71)

Más adelante, la escritora-personaje tendrá un encuentro con una mujer en una iglesia, idéntico al ya relatado en su texto autobiográfico. Gracias a las instrucciones de la desconocida dará con el paradero de los Salazar, únicos parientes que quedan de la santa. Estos, desconfiados en principio, terminarán abrumándola de fotos, datos, anécdotas, y uno de sus miembros, Javier, se ofrecerá acompañarla a las ruinas de Cabora. Entre la escritora-personaje y este hombre descrito como joven, guapo y sensual, pero algo turbio en la mirada, surge algo parecido a la tensión sexual, que encontrará réplica en el primer encuentro entre Teresa y Cruz Chávez. La escritora-personaje será abandonada por Javier en la cueva en la que se han instalado y desde donde contempla el sueño de Cabora, y sufrirá una aparatosa caída al intentar detenerlo en una fuga absurdamente desesperada. A partir de este momento la escritora-personaje se esfuma de la trama sin mayor explicación para reaparecer justo al final. La escritora-personaje regresa de la muerte o del pasado justo cuando se nos ha narrado la segunda muerte de Teresa, acaecida el 12 de febrero de 1906. La nostalgia por lo no vivido se transforma en memoria y eso produce una crisis de identidad en la escritora transformada en su propio personaje, lo que podría alegorizar la suerte de simbiosis que se opera entre el escritor y su escritura, pero también los procesos mediante los cuales la historia es asimilada por una memoria colectiva. Esta, la resurrección de la escritora-personaje, podría ser la única parte de *La insólita historia de la Santa de Cabora* que remite al realismo mágico, aunque, a decir de Parkinson Zamora, en un realismo mágico

borgiano: “(...) Las ideas cabalísticas de que un hombre es todos los hombres e, inversamente, que el microcosmos contiene el macrocosmos, animal al realismo mágico de Borges, como la idea relacionada de que somos un sueño de Dios (...)”<sup>120</sup>

Y si la memoria individual tiende al engaño, a la falsificación y a la idealización, la colectiva es capaz de inventar sus propias verdades, como bien señala Manuel Cruz: “(...) esa imagen puesta en circulación por el sujeto genera sus propios efectos, pone en marcha un proceso de asignación de identidad relativamente autónomo. Así puede llegar a ocurrir que terminemos por ser lo que los demás creen de nosotros, incluso a pesar de nuestra opinión al respecto. No habría nada de paradójico en este resultado. Se estaría evidenciando con él que la verdad no es algo dado sino producido (o, desde un ángulo diferente, se percibiría que el requisito simmeliano “el saber con quien se trata es la primera condición para tener trato con alguien” es un requisito fuerte). No hay esencia a desvelar, sino identidad a construir.”<sup>121</sup>

---

<sup>120</sup> *Íbidem*, p. 128

<sup>121</sup> “Ese extraño problema que nos constituye”, *Las malas pasadas del pasado identidad, responsabilidad, historia*, Anagrama, col. Argumentos, Barcelona, 2005

## En los ojos del venado puso Dios toda su bondad

*Es verdad que un día, yo contemplé ochenta tomos plácidamente dormidos en sus estantes y pensé que era el sueño de la muerte. Me compadecí de la cultura, ¡se estaba muriendo!, tuve miedo, me dio lástima y dolor guardarla para mí solo y quise arrojarla a los cuatro vientos...*

Emma Dolujanoff

En su estudio sobre escritoras mexicanas, desde el virreinato hasta la primera mitad del siglo XX, *La sombra fugitiva, escritoras en la cultura nacional*<sup>122</sup>, Martha Robles no le hace justicia a Emma Dolujanoff. Aunque la razón la asiste al señalar que el mejor de los tres libros de esta autora es el primero, publicado en 1959 en Ediciones Botas, *Cuentos del desierto*,<sup>123</sup> no coincido con su apreciación de que los textos del citado libro “No (son) obras de arte, sino extractos reveladores de un país adentro de otro país y de una cultura sostenida a fuerza de voluntad de vivir (...) en ciertos pasajes es notoria su intención de denuncia (...)”<sup>124</sup> Más adelante agrega: “*Cuentos del desierto*, por sobre sus novelas, destaca por su voluntad artística. Hasta hoy, es en el relato breve donde Emma consigue el mayor equilibrio narrativo entre las palabras de uso cotidiano, las descripciones de personas, paisajes y la sugerencia de estados de ánimo (...)”<sup>125</sup>

---

<sup>122</sup><sup>122</sup> Tomo II, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

<sup>123</sup> UNAM, Dirección General de Publicaciones, Cuento y Relato, 2ª edición, México, 1972

<sup>124</sup> *Íbid*, p. 92

<sup>125</sup> *Íbidem*, p.p 99 y 100



Al margen de que las dos novelas urbanas de Dolujanoff aportan mucho más de lo considerado por Robles, particularmente la segunda, *Adiós Job* (UNAM, 1976)<sup>126</sup>, genial sátira del desempleo en la ciudad de México donde un ingenioso médico se ve forzado a ejercer de publicista, es necesario puntualizar que *Cuentos del desierto* es una obra maestra de las letras mexicanas de la primera mitad del siglo XX, de la misma estatura de los grandes relatos rulfianos, sin contar que es de los pocos libros que profundizan en la cultura y la espiritualidad indígenas, concretamente las de los indios mayo. Emma Dolujanoff hace por los indios de Sonora lo que Rosario Castellanos por los de Chiapas, es decir, rescatarlos para la literatura, reivindicarlos en tanto protagonistas de sus propios conflictos y responsables de sus propios destinos. No obstante la semejanza fonética en la denominación de ambas etnias, mayo/maya, se trata de dos mundos por completo ajenos, con diferencias tan grandes como la distancia física que las separa (Chiapas-Sonora), narrados desde la experiencia personal de diaria convivencia de ambas autoras con los indios, sirvientes en el caso de Rosario; pacientes en el de Emma. La primera está mucho más apegada a la intención de denuncia que la de la segunda —al contrario de lo señalado por Robles acerca de “la notoria intención de denuncia en algunos pasajes de *Cuentos...*” —, si bien no se limita, como tampoco Dolujanoff, a entregarnos una estampa costumbrista.

Escribe Rosario Castellanos:

(...) Son indios. Mujeres de frente sumisa que dan el pecho a la boca ávida de los recién nacidos; criaturas barrigonas y descalzas; ancianos de tez amarillenta, desdentados.<sup>127</sup>

---

<sup>126</sup> La primera novela de Emma Dolujanoff es *La calle del fuego*, publicada por la UNAM, en una primera y única edición de 1966.

<sup>127</sup> *Balún Canán*, FCE, Colección Popular, 28ª impresión, 2004, p. 65

Y más adelante: “Les había hecho un favor. Las indias eran más codiciadas después. Podían casarse a su gusto. El indio siempre veía en la mujer la virtud que le había gustado al patrón. Y los hijos eran de los que se apegaban a la casa grande y de los que servían con fidelidad”.<sup>128</sup>

Esto, como veremos más adelante, resulta impensable para los mayo de Dolujanoff, para quienes el peor deshonor de sus mujeres sería entregarse al yori, al hombre blanco. Como si al crimen del adulterio, es decir, la traición al esposo, se agregara un segundo crimen, acaso peor: la traición a la raza. Prácticamente cualquier cosa les sería perdonada, excepto la sujeción al ancestral enemigo, a menos que el esposo humillado ame a su mujer lo suficiente para considerar la posibilidad de lavar su honor a través de la muerte del señor de la Casa Grande y no de la de la traidora, como en “María Galdina”. En los relatos de Dolujanoff, curiosamente, el adulterio parece delito exclusivo de las mujeres: los esposos mayo son fieles, en algunos casos, apasionadamente fieles a sus mujeres.

### **La autora y su obra**

Las razones por las que *Cuentos del desierto* no figura dentro de la gran literatura de corte rural-indígena en nuestro idioma pudiera ser la misma por las que muchas autoras contemporáneas de Dolujanoff —años 60— empezaron a ser estudiadas muy recientemente. Me refiero a Luisa Josefina Hernández, Josefina Vicens, Guadalupe Dueñas, Amparo Dávila e Inés Arredondo, sin contar a la propia Castellanos. Señala Raquel Gutiérrez Estupiñán, en su ensayo sobre Luisa Josefina Hernández, *La realidad subterránea*,<sup>129</sup> que en una antología de escritores del siglo XX elaborada por Christopher Domínguez no se alude, ni por asomo, a Dueñas (poseedora de una

---

<sup>128</sup> *Íbid*, p. 80

<sup>129</sup> Fondo Regional para la Cultura y las Artes del Noroeste, México, 2000

de las prosas más pulcras y expresivas de las letras mexicanas) ni a Dolujanoff, "(...) la agrupación del autor mencionado se basa en gran medida, aunque no únicamente, en los temas; de ahí proviene la falta de coincidencias en la agrupación de autoras. Se trata de un criterio válido, susceptible de aplicarse en el caso de las escritoras (...) el aspecto temático subrayado por Christopher Domínguez contribuye a hacer evidente el hecho de que se da constantemente un traslape de las distintas etapas. Y es que la creatividad de autoras y autores y la vida misma de las obras supera cualquier intento de encasillar en períodos, tarea sin embargo útil para el conocimiento de las obras con respecto a una época determinada."<sup>130</sup>

A Emma Dolujanoff se le cree sonorenses por su apego y afinidad con los indios mayo, protagonistas absolutos del libro que nos ocupa, pero nació en la ciudad de México, en 1922, hija de emigrantes rusos. Los sonorenses la han adoptado como suya, considerándola, con toda justicia, la más grande relatora de sus tradiciones, la que mejor y más amorosamente ha sabido plasmar el sentido del mezquite y del venado en su cultura. En los años 50, Dolujanoff se internó en las callejuelas de Álamos, de las más antiguas, hermosas e insospechadas ciudades sonorenses, entre los últimos bastiones de la época colonial mexicana, donde participó activamente en sesiones de espiritismo y juegos de ouija. Era, asimismo, aficionada a recolectar cazos laqueados donde solían comer arroz tripulaciones de submarinos japoneses que, cuenta la tradición, exploraron el Mar de Cortés durante la Segunda Guerra Mundial. *Cuentos del desierto* es una obra ampliamente apreciada y estudiada por los sonorenses, al grado de publicarse una coedición de Publicaciones del Gobierno del Estado y el Instituto Sonorense de Cultura, en 1990.

Dolujanoff se graduó como doctora en medicina por la UNAM en 1945, y fue de las primeras mujeres en México en obtener una

---

<sup>130</sup> *Ibid*, p. p 23 y 24

especialidad en Neuropsiquiatría. A este respecto dice Martha Robles: “Como médica especializada en psiquiatría, Emma tiende a exponer la conducta con una lógica más clínica que literaria: diagnostica el fenómeno a partir de ciertos hechos sintomáticos; desarrolla la situación como analogía de la enfermedad —en este caso social— y concluye de acuerdo al remedio previsto.”<sup>131</sup> Más adelante, admite Robles que los recursos con que cuenta el freudismo ortodoxo, tales como la interpretación de los sueños y la asociación de estos con ciertos fenómenos conductuales, son muy compatibles con la literatura, “Emma ha empleado el modo convencional: desarrollar juicios y examinar actos a partir de prejuicios.”<sup>132</sup> Considero que el hecho de que Dolujanoff fuera psiquiatra contribuyó a una lectura prejuiciosa por parte de Robles, de las escasas críticas de su obra. Refiriéndome concretamente a la obra que nos ocupa, *Cuentos del desierto* posee entre sus mayores virtudes la de entregarnos personajes perfectamente bien contruidos con base no solo en su psicología (elemento que los novelistas rusos, anteriores a Freud, Flaubert incluso, consideraron de capital importancia), sino en su muy particular psicología de hombres y mujeres integrados al reino animal (concretamente con el venado), aunada a su rígida filosofía de vida y a su naturaleza gregaria.

Dolujanoff alternó los estudios universitarios con la lectura y el ejercicio de la escritura, llegando a publicar poemas sueltos en *El universal*. En 1957, luego de renunciar a su cargo como médica interna en el Sanatorio de la Floresta —aunque fungiría posteriormente como médica del Departamento de Psicopedagogía y directora de exámenes de admisión de la UNAM, de 1966 a 1983—, obtuvo una beca del prestigiado Centro Mexicano de Escritores donde coincidió con Juan García Ponce, Elena Poniatowska, Héctor Azar, Tomás Mojarro y Emilio Uranga. Ahí, a la par de otras grandes

---

<sup>131</sup> *Íbidem*, p. p 94 y 95

<sup>132</sup> *Íbidem*, p. 95

obras literarias, se maquilló *Cuentos del desierto*, fruto de la experiencia de su autora en Camahuíroa, donde realizó sus primeras prácticas médicas entre los indios mayo. “Doctora yori”, la llamaban con afecto sus pacientes, no obstante que *yori*, además de significar *blanco*, tiene una connotación peyorativa: significa también *bestia*. Los mayo consideran, sin embargo, que de noche todo se hace negro “menos las mujeres buenas, que de noche hasta parecen yoris”.<sup>133</sup>

Lo curioso es que en los cuentos de Dolujanoff, donde brillan por su ausencia los rasgos autobiográficos, al menos superficialmente, se ofrece una imagen poco simpática de los médicos rurales que nunca están, que no quieren estar. De hecho *no* están. Los nativos recurren a la magia y a la oración para sanar sus males físicos y espirituales, que, por lo que a ellos respecta, son la misma cosa. Esto no significa que la visión que nos brinda de las curanderas sea del todo positiva, aunque sí afectuosa, particularmente en el caso de la entrañable Lola la Vieja de “María Galdina”.

### **Mayo y yaqui**

Resulta pertinente aclarar que mayo y yaquis pertenecen a la misma raza. Sus costumbres son las mismas, aunque su dialecto difiera ligeramente. Los yaquis ocupan los pueblos sonorenses de Cócorit, Bácum, Tórin, Vícam, Pótam, La Isla, El Médano y los Guamúchiles, situados al margen del río Yaqui (que nace en la cordillera de la Sierra Madre). Ocupan también Ráun, Huirivis, Belén y la Pitahaya. Por su parte, los mayo ocupan los pueblos de Camoa, Técia, Navojoa, Cuirimpo, San Pedro, Echojoa y Santa Cruz, en las riberas del río Mayo y en Álamos. Explica Francisco P. Troncoso: “En un tiempo no muy lejano la tribu Mayo fue dueña exclusiva de todos los pueblos que se encuentran sobre el río; pero poco a poco su dominio

---

<sup>133</sup> “María Galdina”, *Cuentos del desierto*, p. 15

se ha ido restringiendo hacia la costa, y en la actualidad los pueblos de Macayahui, Conicarit, Camoa, Técia y Navojoa, aunque tienen la mayoría de habitantes indígenas, están sujetos a la obediencia del Gobierno y fuera de los mandatos de los caciques que dominan los otros pueblos situados hacia la costa”<sup>134</sup>. Su independencia con respecto a los caciques, es decir, al hombre blanco, sería la principal diferencia entre estos indios y los del sur, lo cual no significa que no sirvan en sus casas, aunque no en plano de esclavitud sino de relación laboral. Cabe señalar que también en las inmediaciones de Sonora con Sinaloa, Baja California y Chihuahua hay diseminados un puñado de indios yaquis y mayo.

El periodista estadounidense, John Kenneth Turner, que a principios del siglo XX viajó al México porfirista exclusivamente para confirmar la versión (que resultó verídica) de que Porfirio Díaz había deportado a miles de yaquis a Yucatán para que sirvieran como esclavos a los señores henequeros, los describe de la siguiente manera: “Verdaderamente, el yaqui tiene un admirable desarrollo físico. Durante mis viajes por México aprendí a reconocerlos a primera vista por sus anchos hombros, su pecho hondo, sus piernas nervudas y su cara curtida. El yaqui típico es casi un gigante y su raza es de atletas. Acaso ésa sea la razón por la que no ha doblado la cabeza para someterse a la voluntad de los amos de México.”<sup>135</sup>

Dolujanoff no es la primera autora en interesarse en los indios de esa región. Nellie Campobello incluye algunos indios mayo en sus relatos anecdóticos de *Cartucho, relatos de la lucha en el norte de México*<sup>136</sup>, donde plasma sus impresiones infantiles respecto

---

<sup>134</sup> *Las guerras con las tribus Yaqui y Mayo*, Clásicos de la Antropología Mexicana, Instituto Nacional Indigenista, Edición facsimilar, México, Reimpresión, 1970.

<sup>135</sup> “El exterminio de los yaquis”, *México bárbaro*, Editorial Porrúa, Col. Sepan Cuantos, Núm. 591, 11ª edición, México, 2001, p.24.

<sup>136</sup> Editorial Era, prólogo y cronología de Jorge Aguilar Mora, México, 2000.

al movimiento revolucionario, en el que tanto yaquis como mayo participaron activamente. Sin embargo, la visión de una y otra respecto a los hombres de esta raza (Nellie no menciona mujeres) difieren radicalmente. Lo que le atrae de estos indios a Campobello es su llamativo aspecto, pues tienden a ser claros de piel, pelo y ojos, algo inconcebible en un indígena arquetípico (el maya o el totzil), mientras que Emma se interesa mucho más en su peculiar cultura, incluidos hábitos y lenguaje, particularmente el lenguaje que abarca sus rituales y sus rígidos códigos de honor.

Dice Campobello:

Dos mayo amigos míos, indios de San Pablo de Balleza. No hablaban español y se hacían entender a señas. Eran blancos, con ojos azules, el pelo largo, grandes zapatones que daban la impresión de pesarles diez kilos. Todos los días pasaban frente a la casa, y yo los asustaba echándoles chorros de agua con una jeringa de ésas con que se cura a los caballos. Me daba risa ver cómo se les hacía el pelo cuando corrían. Los zapatos me parecían dos casas arrastradas torpemente.<sup>137</sup>

Campobello plasma también a los indios yaqui en uno de sus más hermosos relatos: “Por un beso”, donde un yaqui (también llamados “chango”) prácticamente muere por querer besar a una mujer blanca:

Al otro día, a la salida de las fuerzas de Murguía, al pasar por el panteón, de X regimiento sacaron a X soldado, el que nunca había visto a Luisa, mi prima; ellos dijeron a la tropa:

“Este hombre muere por haber querido besar a una muchacha.”

El hombre era yaqui, no hablaba español, murió por un beso que el oficial galantemente le adjudicó.

Había caído una terrible helada, las gentes muertas de frío dijeron distraídamente: “Mataron a un chango” (adjetivo que los de Chihuahua daban a los yaquis). El viento contestó: “Uno menos que se come Villa.”

---

<sup>137</sup> *Íbid*, p. 64

Yo creo que mi tía hizo una sonrisa de coquetería para el general de los changos.<sup>138</sup>

Emma Dolujanoff, por su parte, nunca hace alusión al aspecto de sus personajes, si acaso a los luminosos ojos negros de María Galdina, la adúltera del cuento del mismo título. Las mujeres son continuamente equiparadas a los venados, criaturas tan amadas como susceptibles de ser matadas. Misteriosas e inocentes a pesar de sí mismas.

### **Hablar en metáfora: el lenguaje de los Mayo**

Los *yoris*, en los trece cuentos que componen el libro, son los enemigos naturales de los mayo, presencias fantasmales pero latentes, depredadoras. "Acuérdate —dice Anselmo en "La correría del venado"—, el padre de la Coyo era yori. Trae mala sangre" (p. 26). El mundo recreado por Dolujanoff, un mundo regido por patrones propios, es uno ausente de nuestra literatura, que sólo leyéndola, específicamente a Dolujanoff, es posible conocer, mejor aún, descubrir: mundo casi sin palabras (los mayo son poco comunicativos en lo que respecta al verbo pero muy expresivos con sus gestos, con sus miradas, y cuando llegan a hablar seleccionan rigurosamente las palabras, como si despilfarrarlas les doliera); regidos por rituales de tipo pagano que han adquirido dimensiones de religiosidad, asociada concretamente con la religión católica; la preeminente convivencia entre el hombre y las bestias, el venado la más humana entre todas, descendiente directo de Dios como el hombre mismo. Lo más extraordinario, es la habilidad de la autora para reproducir la involuntaria poesía implícita en la reverencia de los mayo por el lenguaje:

---

<sup>138</sup> *Íbidem*, p. 72



Lola la Vieja tenía razón cuando decía que el venado oye, desde lejos, el ruido del corazón del hombre que lo va a matar. ("María Galdina", p. 15)

Ruido de calor entre los mezquites que es como víbora de cascabel sobre hojas secas, o campanadas de difunto a media noche. *Dios me prestó sus manos* (p. 48). La noche se ensancha, se estira y finalmente se tiende sobre el llano. Además de negra es también *redonda*. Uno puede abrirse brecha en la oscuridad cortando la noche con un cuchillo. Los arbolitos de palo santo miran hacia el cielo porque las nubes les recuerdan florecitas blancas. La metáfora es de uso corriente en el habla de los mayo, parte inherente de su visión del mundo, de su naturaleza, de su idiosincrasia. Para ellos el calor, elemento todavía más relativo y/o simbólico que el sol mismo, es, más que una cosa, una presencia, un ente que produce ruidos, que emite cierta clase de lenguaje que ellos comprenden sin tener que descifrarlo:

Voy a hablar mi pena para que toda entera se vuelva palabras, que ya me tiene el pecho llagado de tan guardada; la voy a hablar muy quedito, tan apenitas que ni yo mismo la oiga ni se espanten los peces, nomás para que Dios la recoja y me lo pueda perdonar la Tanasia.<sup>139</sup>

El arroyo no desemboca, sino que *muere*. El sol no se oculta sino que *se quiebra*. El río se bebe *a pedazos*. La tierra es *cariñosa*. Las balas son *tiros*, "una bolsita llena de tiros". La fogata es *lumbrada*. Un amanecer es descrito de la siguiente manera: "Me gusta ver cómo, de tan negra primero, se va desmanchando poco a poco, pintándose de amarillo y rojo, y después se vuelve toda blanca." (p. 97). Las luciérnagas *se apagan*. El acto de seguir la pista a alguien, hombre o animal, se denomina *huellar*. Las lágrimas se comparan con *alhuetes*, que son las espinas de los cactus. Es decir,

---

<sup>139</sup> "La cuesta de las ballenas", p. 34

pican en los ojos. Asimismo adjetivan las emociones: tristeza negra, alegría blanca.

El lenguaje está vinculado a los hábitos de los indios. Ellos no hablan de "negar el saludo", sino de "negar la mano para el saludo completo", lo que el desairado necesariamente interpretará como declaración de guerra. La descortesía cobra aquí dimensiones de mayúscula ofensa que es menester resolver por la vía de las armas. No está de más establecer una comparación entre estos personajes y los de Juan Rulfo, habitantes del medio rural del sur de Jalisco: criollos que habitan una región despoblada, gracias a la barbarie de la Conquista, de indígenas que se vieron diezmados y desperdigados por la Revolución. Comparemos los siguientes párrafos:

(...)Los únicos que no dejaron nunca de venir fueron los aguaceros de mediados de año, y esos ventarrones que soplan en febrero y que le vuelan a uno la cobija a cada rato (...) <sup>140</sup>

(...) El sol, ya muy alto, juntaba las sombras de los pitayos alargándolas: brazos y manos, dedos de gigante que salían de la tierra. Las choyas eran sus cabezas, los cuerpos estaban en el mar. Cuando se enojaban o tenían sed, comenzaban a mover el mar y a meterlo en la tierra para beber agua salada. Con sus pies volteaban las canoas, porque también bebían la sangre de los pescadores. (...) ("Llano grande", p. 93).

Como se verá, en ambas narraciones (y en todos los cuentos de uno y otro libro), se adjudican conciencia y actos propios de la condición humana a la naturaleza y al paisaje. En ambos casos, asimismo, es posible percibir a la naturaleza como enemiga natural (valga la redundancia) de los seres humanos. Parafraseando a Lévi-Strauss, la riqueza de las palabras abstractas no es patrimonio

---

<sup>140</sup> "La cuesta de las comadres", *El llano en llamas*, Juan Rulfo, Fondo de Cultura Económica, Lecturas mexicanas, segunda edición, 1983.

exclusivo de las lenguas civilizadas<sup>141</sup>, en cuyo caso no me decido entre proponer que sea el mayo una lengua civilizada (que lo es, lo presiento), o que en realidad la abstracción en el lenguaje sea más propia de quienes viven en los márgenes de la llamada “civilización occidental”, dada su necesidad de fusionar las palabras de la lengua de los colonizadores con sus propias palabras que parecieran ser las mismas pero en realidad se entresacan de una forma específica y por ende distinta de apreciar la naturaleza, lo que crea la necesidad de adjudicarle un doble significado o un sentido oculto a los términos cotidianos. Apegándose a este lenguaje, que no es una burda reproducción sino una admirable recreación del lenguaje mayo (y por consiguiente no *la lengua mayo* sino una lengua personal), la autora debe haberse dejado influir asimismo por los elementos propios de la tradición oral de sus objetos de inspiración, y que como toda tradición oral indígena, señala Carlos Montemayor, “sólo puede explicarse cabalmente a partir del *arte de la lengua*, pues en estricto sentido la tradición oral es cierto arte de composición que en las culturas indígenas tiene funciones precisas, particularmente la de conservar conocimientos ancestrales a través de cantos, rezos, conjuros, discursos o relatos.”<sup>142</sup>

*Cuentos del desierto* nos remite inevitablemente a la naturaleza rulfiana lo cual no tendría nada de extraño. Cuando estos se publican, en 1959, *El llano en llamas*, publicado seis años antes (1953) ya gozaba de merecida fama. No sería exacto hablar de una imitación sino de una influencia de Rulfo sobre Dolujanoff, aunque evidentemente las semejanzas entre *El llano en llamas* y *Cuentos del desierto* se restringen al aspecto estilístico. Bien mirado, existen

---

<sup>141</sup> *El pensamiento salvaje*, Fondo de Cultura Económica, Col. Breviarios, México, décimotercera reimpresión, 2003, Traducción de Francisco González Arámburo, p. 11

<sup>142</sup> *Arte y trama en el cuento indígena*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998, p. 7

grandes diferencias entre la forma en que conciben al mundo los habitantes de San Juan Luvina y los de Huirivis, siendo la más notable las muy concretas preocupaciones por la subsistencia en estos últimos, extraídos de raíz de su medio ambiente.

### **Heredera de Rulfo**

Aunque su juicio pudiera resultar un tanto apresurado y tajante, Juan Ascencio asegura que los únicos escritores mexicanos auténticamente rulfianos, son la propia Emma y Tomás Mojarro, quienes durante su etapa de becarios del Centro Mexicano de Escritores, en 1957 (ella logró renovar su beca un año más), tuvieron al escritor jalisciense como asesor. “Sus cuentos (de Dolujanoff) están emparentados con los de Rulfo más allá de los títulos”.<sup>143</sup> Irónicamente, señala Ascencio, tanto Emma como Mojarro son rulfianos en más de un sentido, pues, al igual que su maestro, abandonaron prematuramente la escritura. “Hago notar en este punto que los únicos autores a los que se ha considerado rulfianos, por temática, estilo, tratamiento y desarrollo de textos, Tomás Mojarro, Emma Dolujanoff, becarios en diferentes épocas del Centro Mexicano de Escritores, donde Rulfo los asesoró, abandonaron la escritura como oficio de tiempo completo, al igual que Rulfo. Jesús Gardea evolucionó temprano alejándose de su modelo, si es que lo tenía en Rulfo.”<sup>144</sup> La amistad entre Dolujanoff y Rulfo se fortaleció cuando ella lo atendió en calidad de psiquiatra en el Sanatorio Floresta donde el escritor acudió a curarse el alcoholismo. Señala Ascencio que Rulfo estuvo en el establecimiento que la Floresta tenía en el número 13 de la calle Juárez, en Tlalpan, donde se aplicaba el tratamiento electroconvulsivo, pero no pudo convencer a la médica de quebrantar el secreto profesional cuando la entrevistó a propósito

---

<sup>143</sup> *Un extraño en la tierra, biografía no autorizada de Juan Rulfo*, Debate, México, 2004, p. 239

<sup>144</sup> *Ibid*, p. 217

de esta biografía no autorizada. “Juan estuvo internado ahí —dijo la doctora Dolujanoff—. Recibió el tratamiento. No puedo decirle más porque son cosas entre médico y paciente.”<sup>145</sup>

Al igual que los personajes rurales de Juan Rulfo, los mayo de Dolujanoff, analfabetos, recrean una lengua particular, rica en color e imágenes, pero ausente de pirotecnia. No falta, incluso aquel que experimente una reverencia inexplicable por los libros del patrón yori, como en “¡Siéntate Teofilo!”. Dolujanoff se compenetró con los mayo al grado de familiarizarse con sus giros lingüísticos, de capturar intachablemente sus expresiones, lo cual distingue a *Cuentos del desierto* del resto de su obra y su estilo narrativo consecuente, donde los diálogos tienden a ser más coloquiales, más tajantes, más directos.

### **Hombre-bestia. Hembra-macho.**

En cinco de los relatos se plantea la infidelidad femenina, y en todos la sospecha desemboca invariablemente en una certeza contundente, es decir, las sospechosas resultan culpables. Y si bien las reacciones de los ofendidos varía (en el caso de "María Galdina", por ejemplo, el marido se resigna a que su mujer le sea infiel con un yori con tal de retenerla; en "El pascola", el marido ofendido deja tullida a su mujer a golpes), llama la atención que nunca se aborde la infidelidad masculina, no por restársele importancia sino porque el hombre mayo preserva la fidelidad hacia la mujer como una extensión de su honor de raza, es decir, la fidelidad del hombre va aunada a su honor como mayo y a su hombría.

La postura de estos hombres ante sus mujeres infieles, aunque sus reacciones iniciales sean radicalmente distintas, está regida no por un primitivo instinto de pertenencia del macho sobre la hembra, sino por el amor-honor, sentimientos apenas discernibles para el lector pero indisolubles para los mayo. Este aspecto es

---

<sup>145</sup> *Íbid*, p. 240

llevado al extremo en "El pascola", en el que por amor a su mujer, Matías se deja encarcelar antes que inculpar de un crimen al hijo adulterino de aquella. Para salvar al muchacho tiene que mentir durante la celebración del Pascola, y la mentira, para un Pascola de Jesucristo, es un crimen peor incluso que el homicidio. Por si fuera poco, Matías hereda el Pascola, máximo honor para un mayo, al muchacho que no lleva su sangre.

La mujer siempre será representada como un ser enigmático y pragmático, casi mítico. "Toda mujer tiene en su alma pequeñas necesidades de elegancia, de finura y de aristocracia", diría Jules Michelet de María Galdina.<sup>146</sup> La mujer mayo es un misterio que nunca llega a develarse. Especie de santa aún cuando sea adúltera. Sabias por naturaleza, si bien son las viejas como Lola quienes representan a la sabiduría implícita en el hecho de ser mujer. Pudiera decirse que hasta las más jóvenes e inocentes poseen algo de sabiduría intuitiva. Las trenzas de las jóvenes atrapan la luz. Las de las viejas, brillan como dinero nuevecito. "Las mujeres cuando duermen también parece que están muertas"<sup>147</sup>. Cito de nuevo a Michelet: "Si la mujer así transformada, olvidando el mal sueño de sus culpas involuntarias, donde el corazón no puede nada, logra encontrar ese corazón, si ama, todo está salvado."<sup>148</sup> Las mujeres mayo de Dolujanoff hacen realidad el ideal de Michelet: aman a manos llenas, ignorando la existencia de un sentimiento de culpabilidad femenina. Ellas tienen en sus manos el poder de destruir o de salvar a sus hombres. De arrancarles o devolverles la hombría.

La compleja relación entre el hombre y la bestia, encarnada en el venado, es intermedia de la del hombre y la mujer e igualmente compleja. El venado como la mujer es objeto de veneración, en

---

<sup>146</sup> *La mujer*, FCE, 3ª reimpresión, 1999, traducción de Stella Mastrangelo, p. 16.

<sup>147</sup> "La correría del venado", *Cuentos del desierto*, p. 22.

<sup>148</sup> *Ibid*, p. 44

algunos casos de amor filial. Es también la víctima a sacrificar, aunque, a diferencia de la mujer, es traicionado, no traidor. En el mundo mayo, los animales son sacrificados pero no marginados. Los mayo tienen muy presente algo que, a decir de John Berger, los occidentales civilizados pasan por alto: "Los animales de la mente no se pueden dispersar con tanta facilidad. Los refranes, los sueños, los juegos, los cuentos, las supersticiones, el propio lenguaje no deja de recordarlos. En lugar de haber sido dispersados, los animales de la mente pasaron a quedar incluidos en otras categorías, de modo que la categoría *animal* ha perdido su importancia."<sup>149</sup>

Ejemplifico estos contrastes con tres fragmentos de un mismo cuento, "La correría del venado".

"(...) Todo estaba en silencio otra vez cuando el venadito se frotó contra las piernas de Lázaro, que se arrodilla a su lado para acariciarlo." (p. 19).

"Los venados se comen las flores con la luz de la luna, por eso e brilla tanto los ojos al Pínguli (...) Nosotros comemos venado y por eso le brillaba la sangre a Juan cuando se quedó pegado a la tierra." (p. 27).

"Aferrados al venado, unos tiraban de las patas, otros de la cola y algunos más de la cabeza. Pronto quedó destrozado y cada uno depositó en el suelo, ante Quirino, su parte del botín. Rafael comenzó a quitar la piel y a destazar la carne." (p. 30).

*Cuentos del desierto* recrea maravillosamente uno de los aspectos fascinantes de los mayo: sus rituales pagano-religiosos, que al mismo tiempo que conservan su aspecto mágico incorporan elementos propios de la doctrina católica. Ninguna obra de ficción aporta estas imágenes de perturbadora belleza que llevan implícitos los estrictos códigos de ética y honor en estos indios: "(...) porque en los ojos del venado y en el alma de los viejos puso Dios toda su

---

<sup>149</sup> *Mirar*, Ediciones de la Flor, España, 1987, Traducción de Pilar Vázquez-Álvarez, p. 25

bondad. Por eso es que *el viejo de la fiesta* baila el pascola con todos los movimientos del venado y con gracia, por eso es que no puede llevar odio en el corazón".<sup>150</sup>

El máximo requerimiento de este ritual pagano-religioso es la asimilación del espíritu del venado por parte del hombre. El hombre no solamente ha de adquirir la forma de un venado a través de un disfraz: ha de metamorfosearse en uno, es decir, no actúa los movimientos del venado, los vuelve parte de sí. Se *convierte* en el venado. Lo suyo no es una interpretación, no es una puesta teatral, es la ceremonia mediante la cual se integra a la naturaleza, es decir, a la creación de Dios. Es un homenaje a la Creación. O a la máxima creación de la Creación que es el venado, al que paradójicamente destazan durante el ritual. En esta ceremonia, protagonizada por varones (aunque las mujeres y los niños participan de la algarabía y bailan junto a las lumbradas), los más jóvenes adoptan el papel de los fariseos, lo cual significa ejecutar una penitencia que consiste en llevar la pesada armadura del fariseo (en realidad unos trapos rojos y una máscara negra con dos pequeñas aberturas) desde el primer miércoles de Cuaresma hasta el último día de la Semana Mayor, sin retirársela por ningún motivo, ni para bañarse. Durante el ritual que marca el final de la caracterización, además, han de recibir abucheos e insultos. Su atuendo para danzar incluye *tenávaris*, frutos secos a manera de sonajas atados en muñecas y tobillos.

Los pascolas, por su parte, representan la mayor dignidad religiosa de su pueblo; son los viejos, los únicos que pueden representar al venado, como es el caso de Matías:

—Matías fariseo: en este día, la mentira está muerta en todas las bocas. Matías, pascola por la herencia de Sebastián tu padre: ¿Tú hablarás con la verdad?

—Yo Matías fariseo y yo, Matías pascola, hablaré con la verdad.

---

<sup>150</sup> "El pascola", *Cuentos del desierto*, p. 20.



—Pascola Matías, ¿tienes todavía rencor en el alma?

—Tengo rencor en el alma.

—Por ese rencor, Matías, tú irás en la procesión de los fariseos en esta noche de Jesucristo. Y sólo cuando Dios te limpie el corazón volverás a bailar el pascola.

—Para cuando Dios me perdone, voy a tener el miedo del venado...<sup>151</sup>

En el mundo de los mayo, el animal no ha trascendido al hombre; el animal no ha sido vaciado de experiencias ni de secretos como entre los occidentales “civilizados”. No existe esa nostalgia hacia la convivencia con el animal de la que habla Berger, ni se ha perdido esa capacidad para el pensamiento simbólico, antes bien, el simbolismo domina su visión del mundo. “El hombre siempre mira desde la ignorancia y el miedo. Y así, cuando es el quien *está siendo observado* por el animal, sucede que es visto del mismo modo que ve él lo que lo rodea. El darse cuenta de esto es lo que hace que la mirada del animal le resulte familiar (...) El campesino llega a encariñarse con su cerdo y se alegra de poder hacer la matanza. Lo que es significativo y tan difícil de comprender para el observador urbano (...)”<sup>152</sup>

Francisco Troncoso señala que lo que exenta a Yaquis y Mayo de ser “enteramente salvajes” es su catolicismo<sup>24</sup>, lo cual me parece del todo inexacto. Ni siquiera estamos hablando de un catolicismo ortodoxo sino de una fusión de ritos, propios e impuestos, que conforman una religión personal, más aún, una muy personal visión de Dios. El salvajismo atribuido a estas tribus es, como nos hace ver Emma Dolujanoff en *Cuentos del desierto*, muy relativo. El sistema de valores de los mayo es más elaborado, mucho más estricto y a la vez más coherente que el que Troncoso alude implícitamente como “civilizados”, empezando por su relación de

---

<sup>151</sup> *Ibid*, p. 134

<sup>152</sup> *Mirar*, p.p 14 y 16

<sup>24</sup> *Ibid*, p. 22

hombre a hombre con la bestia; su certeza de la naturaleza divina de esta y de la mujer, y su necesidad de conciliar todos los elementos de la naturaleza en torno a él y a los suyos, es decir, de reconciliarse con lo que le rodea y lo dota de identidad.

## La invención del padre

*Ha habido una herida y ahora me doy cuenta de que es muy profunda. Y el acto de escribir, en lugar de cicatrizarla como yo creía que haría, ha mantenido esta herida abierta.*

**Paul Auster**

*(...) las voces de los padres son las de nuestros ancestros, las ideas de los demás, los discursos ajenos que todos traemos dentro (el discurso del otro), la impronta del pasado, los gritos de las tribus más remotas, es decir, las voces del inconsciente.*

**F.C**

¿Qué es a fin de cuentas, la nostalgia? Para Milan Kundera, un equivalente de *la ignorancia*: La distorsión de la realidad, selección tramposa de la memoria, traición del tiempo. Espejismo que permite congelar la escena privilegiada del montaje de nuestros recuerdos para, posteriormente, manifestarse como algo que nunca fue pero pudo haber sido. “*Es el cineasta del subconsciente, que de día enviaba instantáneas del paisaje natal cual imagen de felicidad y proyectaba de noche aterradores regresos a ese mismo país*”<sup>153</sup> Para Sergio Pitol, la nostalgia no es resorte casual de la memoria pues es autónoma generadora más que evocadora de recuerdos que a la sazón se tornan creación de la memoria misma: “(...) La memoria puede, a voluntad de su poseedor, teñirse de nostalgia, y la nostalgia sólo por excepción produce monstruos. La nostalgia vive de las galas de un pasado confrontado a un presente carente de atractivos. Su figura ideal es el oxímoron: convoca incidentes contradictorios, los

---

<sup>153153</sup> *La ignorancia*, TusQuets, 2000

entrevera, llega a sumarlos, ordena desordenadamente el caos (...)"<sup>154</sup>

Al analizar la obra de Leonardo Sciascia, una de sus más notorias influencias literarias, Federico Campbell subraya la preponderancia de la memoria en la prosa del autor siciliano, especialista en recrear olvidados casos de impunidad, y parece estar describiendo a sí mismo:

El siciliano escribe para recordar, preservar la memoria, para no olvidar. Cultiva la ilusión, el optimismo volteriano, de que escribir acaso tiene sentido y equivale en cierto modo, como exclamaba Horacio, a tallar sobre planchas de bronce. Porque la escritura —memoria, archivo, libro, alacena, teatro— permanece.<sup>155</sup>

“El arte de la memoria —agrega Campbell más adelante— es como un alfabeto íntimo, como la taquigrafía personal de un reportero solo descifrable para él.”<sup>156</sup> Agustín Ramos señala: “El recuerdo es una especie de antesala, un lugar vano para esperar lo que se ha ido (...) esta vida es como el agua y no soporta nuestros recuerdos: por eso los hunde el tiempo.”<sup>157</sup>

### **El escritor viajero**

Federico Campbell (Tijuana, 1941) es, junto con Sergio Pitol, el extranjero por antonomasia de las letras mexicanas. Tanto en el caso del tijuanaense como el del veracruzano, el viaje es otra forma de escritura, una escritura que involucra todo el cuerpo, todos los sentidos, todos los recuerdos, y tiene la estructura de

---

<sup>154</sup> “La herida del tiempo”, *El arte de la fuga*, Editorial Era, México, Tercera reimpresión, 1997, p. 57

<sup>155</sup> *La memoria de Sciascia*, FCE, Col. Popular, 3ª edición, 2004, p. 206.

<sup>156</sup> *Ibid*, p. 218

<sup>157</sup> *Como la vida misma*, TusQuets, México, 2005, p.p 27 y 58

un texto narrativo: principio, nudo y desenlace. La escritura está pues más asociada al movimiento físico (el viaje), mientras que la lectura es otra escritura paralela, un viaje interior que Campbell también ha sabido plasmar en sus textos: “El viaje— dice Pitol— era la experiencia del mundo visible, la lectura, en cambio, me permitía realizar un viaje interior, cuyo itinerario no se reducía al espacio sino que me dejaba circular libremente a través de los tiempos (...) Y escribir significaba la posibilidad de embarcarse hacia una meta ignorada y lograr la fusión —debido a esa oscura e inescrutable alquimia de la que tanto se habla cuando se acerca uno al proceso de la creación —del mundo exterior y de aquel que subterráneamente nos habita.”<sup>158</sup> Al contrario del autor veracruzano, sin embargo, Campbell no viaja para sacudirse la melancolía sino que la acarrea como parte vital de su equipaje. Sus obsesiones de autor giran en torno a la asociación viaje-memoria-regreso-melancolía o depresión, temas íntimamente coligados desde los orígenes de la épica. “A través de la escritura poblamos los vacíos de imágenes, de realidades, posibles, intuitas —señala Margarita León—. Conocer a través de las palabras, y con ello a través de la escritura, es una forma de hacer y de ser memoria, una forma de hacer la historia y de ser la historia.”<sup>159</sup> Junto con Susan Sontag, Campbell podría decir: “La metáfora tradicional para la investigación espiritual es la del viaje.”<sup>160</sup>

En su libro misceláneo, *Post scriptum triste*<sup>161</sup>, el tijuanense realiza una muy lúcida asociación entre melancolía y

---

<sup>158</sup> “Viajar y escribir”, *El arte de la fuga*, p. 169

<sup>159</sup> *La memoria del tiempo*, UNAM, Ediciones Coyoacán, 2004

<sup>160</sup> *El benefactor*, Punto de Partida, Punto de Lectura, Madrid, España, Traducción cedida por Editorial Lumen, 1998.

<sup>161</sup> Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura/ UNAM, Ediciones El Equilibrista, México, 1994.

frontera. El término castellano que emplea la psiquiatría moderna para denominar la esquizofrenia seudoneurótica es “personalidad límite”. En inglés recibe el nombre de *borderline*, “línea fronteriza”. Aunque ciertamente la depresión y la condición *borderline* no deben confundirse, Campbell alude a una “personalidad fronteriza” que caracteriza a quienes habitan la frontera entre un país y otro, y que es una forma social de esquizofrenia que desemboca en melancolía. “El concepto de “personalidad fronteriza” me atrajo desde un principio por un equívoco: creía que se relacionaba con la personalidad o el carácter de quienes habitan las zonas fronterizas entre un país y otro —explica—. La expresión alude a un estado preesquizofrénico, un estado anterior a la locura, a un paso o al borde de la esquizofrenia definitiva e irreversible (...) a la hora del lobo, por ejemplo: un momento de la madrugada en el que hay la mejor luz, la luz perfecta, el instante en que se transita de la madrugada al día abierto. Toda esta asociación de ideas me parece que tiene que ver con la frontera, con el vivir entre el sueño y la realidad, con el estar despierto y no estar despierto ni dormido. Por otra parte, lo de la personalidad fronteriza conectaba con mi interés por la melancolía, o sea: la frontera ya era melancolía, un no estar del todo en el mundo.”<sup>162</sup>

En el caso concreto de Campbell, la personalidad fronteriza está más relacionada con la melancolía que con la esquizofrenia, aunque exista algo esquizofrénico en el hecho de pertenecer a un territorio con el corazón dividido, y esa esquizofrenia se manifieste en el estar y no estar que caracteriza a la narrativa del tijuánense, que además de lidiar con la mezcla de identidades mexicana y estadounidense, fusionadas a su vez en una identidad cultural que no corresponde a más gentilicio que “fronteriza”, debe enfrentarse a

---

<sup>162</sup> *Ibid*, p. p 109 y 110.

su condición de “provinciano” radicado en el ombligo de la República Mexicana, un lugar todavía más ajeno y hostil a los mexicanos de la frontera que los mismos Estados Unidos. A esto habría que agregar su condición de escritor, de artista, que lo coloca en otra frontera metafórica en relación con el mundo real, concreto, material. La melancolía de Campbell, pues, se deriva de la perenne sensación de frontera, de no pertenencia.

En *Post scriptum...*, Campbell desvela otro secreto, el más íntimo que pueda poseer un escritor: las novelas que planea escribir. Dos de ellas, no nombradas dentro del citado texto, ya han visto la luz bajo los títulos de *Transpeninsular*<sup>163</sup> y *La clave Morse*<sup>164</sup>. Ha cimentado su obra sobre un ideal estético que reúne las propiedades de su región natal, Tijuana (lo árido, lo abrupto, lo espinoso) con sus influencias europeas, peninsulares, concretamente italianas, amén de ese vaivén que caracteriza a un protagonista que tras años de anhelar el retorno a un paisaje idealizado —engaño de la nostalgia— regresa a él sólo para descubrir que nunca existió. “Nadie se extrañará de constatar que la antítesis, o mejor dicho el relevo de Narciso en el trayecto de su transformación en una interioridad especulativa se lleva a cabo por intermedio de otra figura mítica: Ulises, también en busca de sí mismo pero de una imagen propia, ni de un cuerpo inferior —señala Julia Kristeva—. Huyendo valiente o astutamente del elemento acuático y las sirenas, Ulises tampoco sucumbe a su cuerpo, que sabe que no es más que un reflejo de su alma. El alma de Ulises, este antinarcisista, parte en busca de la “patria”, donde está “nuestro Padre”, para descubrir más allá del cuerpo esa luz de la que éste no es más que el reflejo, y para acceder finalmente al intelecto que refleja la luz primordial.

---

<sup>163</sup> Planeta, 2000

<sup>164</sup> Alfaguara, 2001

San Pablo (Hebr., 11, 13), como alguien ha señalado, dice exactamente eso.”<sup>165</sup>

“El retorno del Hijo Pródigo o Retorno de Ulises”, nombra Campbell a su equivalente literario de “infancia”, y parafrasea a Cesare Pavese: “...sólo un documento nos interesa siempre y nos resulta nuevo: lo que ya sabíamos de niños (...) la búsqueda del mito y de la infancia no es sino la necesidad de volver al sentido original de la realidad.”<sup>166</sup> El resultado son narraciones signadas por una melancolía preñada de nostalgia por aviones de papel. La infancia, en la novelística de Campbell, es algo así como el espíritu del ser amado, añorado. Agrega Julia Kristeva: “(...) si la pérdida, el duelo, la ausencia desencadenan el acto imaginario y lo alimentan sin interrupción en la misma medida en que lo amenazan y lo arruinan, cabe notar también que se trata de negar esa tristeza inmovilizadota erigida en fetiche para la obra.”<sup>167</sup>

*Transpeninsular* es la suma de los afectos literarios de Campbell; la yuxtaposición de Baja California e Italia, penínsulas amadísimas, Ítacas personales que para el tijuaneño son réplicas casi exactas, no sólo en lo físico, sino también en lo moral y sobretodo en lo político, en lo que el escritor siciliano llama “la caída del espíritu público”.<sup>168</sup> Los políticos mexicanos, y concretamente nortehños, y más concretamente aún, sonorenses y revolucionarios. El caso del diputado del Partido Radical Aldo Moro, recreado por Sciascia en la novela justamente titulada *El caso Moro*, hace notar Campbell, es casi un calco del de Álvaro Obregón, aunque se haya suscitado cincuenta años más tarde.

---

<sup>165</sup> *Íbid*, p. 95

<sup>166</sup> *Post scriptum triste*, p.p 46 y 47

<sup>167</sup> *Íbid*, p. 67

<sup>168</sup> *La memoria de Sciascia*, p. 237.



Nuestros políticos parecen hermanos gemelos de los mafiosos sicilianos:

—Lo que en México atrae de su obra es —dice Campbell a Sciascia —es que al escribir usted de Sicilia parece que está refiriéndose a México. Hay un clima mental parecido. Tal vez se deba a que tenemos en común (Sicilia y México) el mismo pasado español, o parecido, cierta herencia árabe (a nosotros nos llega por España), la actitud judeocristiana ante la sexualidad, la imaginación para la venganza, la Inquisición y la bandera tricolor garibaldiana. Se ha pensado que en México un equivalente probable de la mafia podría ser el cacicazgo: formaciones sociales y de poder fáctico que perviven o surgen allí donde no alcanza a llegar el poder legal (formal) del Estado, pero también se pone en duda la analogía porque, menos abierta que el cacicazgo, la mafia se sustenta en algo parecido a un pacto de sangre. Se engendra y crece el cacicazgo allí donde se configura un vacío de poder. Por eso cuando uno lee *El contexto* o *El caso Moro*, uno tiene la impresión de que está escribiendo sobre México. En cierto modo es usted un escritor mexicano...<sup>169</sup>

Ambas penínsulas sirven de escenario a la pesquisa cuasi policíaca de Esteban tras la pista de Fernando Jordán, enigmático, legendario periodista que, al borde de un hallazgo antropológico en la Baja donde, hipotéticamente, se encuentran las huellas del primer hombre llegado al continente americano, muere misteriosamente. El protagonista, Esteban, al conocer la historia de Jordán, que es un personaje real como acaso también lo sea el propio Esteban (¿Campbell?) no puede evitar sentirse identificado pues, como Jordán, es un periodista entregado a la utópica misión de desentrañar verdades con todo y raíz, por lo que se empeña en descifrar el misterio de la muerte de su colega.

Antes que Esteban, el propio Campbell anduvo tras la pista de Fernando Jordán, discípulo del antropólogo Paul

---

<sup>169</sup> *Ibid*, p. 250.

Kirchhoff, escribiendo su novela, sin saberlo, desde la adolescencia, cuando como todo estudiante bajacaliforniano tuvo en sus manos la crónica de viaje escrita por Fernando Jordán, *El otro México*, donde narra sus peripecias en el trayecto de Mexicali hasta Cabo San Lucas:

Yo había oído hablar de Fernando Jordán desde principios de los años 60 cuando cayó en mis manos su célebre libro, escrito de principio a fin en Ensenada y editado por Gandesa en 1951 y luego por el Gobierno de Baja California Sur en 1976: un conjunto de reportajes que fue publicando a lo largo de 1959 en la revista *Impacto*, recién fundada por Regino Hernández Llergo, bajo el rubro de "Terra Incógnita".

Campbell ha vivido obsesionado con ese periodista vuelto leyenda que emprendió la abrupta senda por el desierto a bordo de un jeep destartado, en posesión de un amuleto sui generis: una muñeca pelirroja de nombre "Marina" que comparte camarotes y cuartuchos de hotel con el joven aventurero. Pero el Fernando Jordán recreado por Campbell probablemente no sea el Fernando Jordán nacido en el Distrito Federal en 1920 y muerto, a los 36 años, en La Paz. A Jordán, Campbell lo conoció a través de terceros, muy probablemente engañados por *el cineasta del subconsciente* que pule los defectos y magnifica las virtudes. El Jordán de Campbell es una distorsión poética o, más exactamente, un héroe literario, más aún, un alter ego.

### **La otra Ítaca**

La infancia es la Ítaca de la memoria, punto de partida de todo periplo vital. Recuperarla es recuperarse. Para Campbell, la infancia es el lugar de la melancolía que produce una nostalgia de sombras, húmeda y oscura que, por lo mismo se vuelve menester recuperar para concederle un carácter lumínico que la reivindique. Escribe: "Es muy sentimental, pueril e inútil esta

pequeña y antigua fijación que quiere conectar con el interlocutor de la infancia o con esa madre infinitesimal que nunca deja de ser la provincia, una madre rechazante y burlona a quien nuestro yo más profundo suplica un poco de afecto, una pizca de aceptación, la renovación del permiso para seguir existiendo. Pero a veces se requieren más de treinta años para comprender que algo carece de sentido, que el pasado es un territorio inconquistable, por mucho que uno se haya empeñado, como Sísifo, en subir y subir la roca que nunca llega a la cima y vuelve al punto de partida el pie de la cuesta.”<sup>170</sup>

Navjoa, Sonora, representa ese lado sombrío de la nostalgia, esa otra Ítaca olorosa a chiltepín, orégano, tamarindo con chile, canela y ajo, aceitunas, panelas y café tostado que Campbell desvela en una suerte de novela-reportaje que públicamente reconoce como “mi libro que más amo”, titulada *La clave Morse*. En un libro muy anterior, *Todo lo de las focas*, Campbell aborda periféricamente esa misma situación donde el alcoholismo del padre rompe en mil pedazos la convivencia familiar. Aunque la nostalgia se centra en la mujer amada, *Todo lo de las focas* es a todas luces, un antecedente pudoroso de *La clave Morse*, en la que el padre del narrador protagonista, telegrafista también, es descrito a partir de una fotografía sepia:

Mi padre, con bigote color tabaco, lucía un chaleco perla y un sombrero gris de piel de conejo, y atrás, indefinida y fuera de foco, saltaba como un minarete la torre de control del pequeño aeródromo desde la que se organizaba el servicio de taxis voladores entre Hollywood y el casino de Agua Caliente. El Ford trimotor había sido el caballito de batalla del correo y el transporte intercontinentales, el mismo que sirvió para inaugurar diversas rutas hasta lugares inaccesibles.<sup>171</sup>

---

<sup>170</sup> *Post scriptum triste*, p. 34

<sup>171</sup> Cuadernos de Humanidades, Serie Narrativa, Difusión cultural UNAM, 1982, p. 15

Dice Roland Barthes: “(...) Así, mientras que el novelista es el hombre que consigue infantilizar su Yo hasta el punto de hacer que se una al código adulto de los demás, el crítico es el hombre que envejece el suyo, es decir, que lo encierra, lo preserva y lo olvida, hasta el punto de sustraerlo, intacto e incommunicable, al código de la literatura.”<sup>172</sup> Apunta Campbell en *Post scriptum triste*, que la mayoría de las grandes novelas —y menciona, entre otras, *La montaña mágica*, *El nombre de la rosa* y *Pedro Páramo*— poseen la estructura *Billy-the-Kid*, es decir, un arranque a partir de la llegada de un personaje indeseable para quienes radican en el lugar sede de la acción, epispástico, y en *La clave Morse* vuelve a cernirse sobre esta obsesión del regreso. “El regreso del personaje a su lugar de origen no es, sin embargo, la vuelta del hijo pródigo o el retorno de Ulises que va a entrar en interacción con otros personajes, con toda la carga emotiva de sus años de ausencia. Su reintegración al paisaje y a la naturaleza es más el reconocimiento de que en el fondo nunca ha salido de casa: nunca ha escapado de un universo en que el que la leche materna y el calor de la tierra no fueron superados ni sustituidos por ninguna de las experiencias de la vida adulta.”<sup>173</sup>

Esta vez utiliza como alter ego a un periodista de nombre Santiago que decide escarbar en sus orígenes, un poblado sonoreense donde vivió sus primeros años de vida, con la finalidad de recapturar su infancia, reparar las fisuras de un álbum familiar demasiado confuso, pero sobretodo reivindicar a la imagen paterna que lo persigue con la ambivalencia del alcohólico y del padre amoroso que siempre guardaba una

---

<sup>172</sup> *Ensayos críticos*, Seix Barral, Los Tres Mundos, Ensayo, Madrid, 2002, traducción de Carlos Pujol, p. 21

<sup>173</sup> *Post scriptum triste*, p. 46

pepitoria para él en el bolsillo del pantalón. “Lo que siento es que sólo hasta cierta edad, y ésta puede ser muy madura, vive uno con el fantasma del padre a todas horas. Después uno se lo guarda en lo más hondo”.<sup>174</sup>

Hijo menor de una profesora de primaria y de un telegrafista —no es el oficio del padre lo único que da sentido al título, lo es también esa especie de metalenguaje que incomunica a padres e hijos— Santiago empieza por reelaborar su propia versión que es la menos confiable dada la corta edad que tenía al suscitarse la separación de sus padres, para luego tomar la de sus hermanas mayores, Olivia y Azucena, cuyo testimonio graba y transcribe íntegro junto con el de otros navojoenses próximos a su entorno familiar. Aquí queda estipulado que la memoria, más que recordar, inventa; elige a voluntad las escenas que deseamos mantener estáticas y las distorsiona a traición. Señala Margarita León: “El escenario creado por el lenguaje es como aquel que el teatro revela permanentemente a los ojos del espectador: un espacio donde gracias a una continua deformación y distorsión de lo real, se restituye la vida, “una vida singular” que se erige sobre las cenizas de lo muerto, donde las palabras tratan de poblar el vacío, pero también de trascender la fatalidad de la palabra que al ser pronunciada se solidifica como piedra, se cierra, queda clausurada, se vuelve irreversible (...) El Yo de la memoria — transformada durante la escritura en conciencia estética — les tiene reservados una existencia trágica, y un destino épico en tanto son esa parte opaca y pueril del Hombre.”<sup>175</sup>

La memoria juega un papel decisivo en la sutil diferenciación entre periodismo y literatura, específicamente en la obra de Federico Campbell, pues el periodista trabaja con la

---

<sup>174</sup> P. 18

<sup>175</sup> *Íbid*, p. p 24 y 25

información (memoria objetiva) y el escritor con la imaginación (memoria subjetiva) y *La clave Morse* fusiona ambas en forma muy efectiva. En su ensayo *Periodismo escrito*, Campbell le dedica espacio importante a la posibilidad ética-estética que reunir literatura y periodismo a través de sus dos géneros más emparentados entre sí que son la novela y el reportaje, de hecho, señala, el híbrido nace a partir de una supuesta crisis de la novela, siendo ejemplares cultivadores del mismo Truman Capote, Norman Mailer y Tom Wolfe. “El periodista no es una máquina. No es una grabadora. No es una taquimecanógrafa. No es una procesadora electrónica de palabras. Es un escritor. No se intimida ante la inmovible estructura elemental de los párrafos compuestos por hechos y citas entrecuilladas: intenta, mejor, reconstruir una experiencia y hacerla sentir al lector.”<sup>176</sup> Contradictoriamente, en *Post scriptum* señala que el escritor es una máquina de escribir<sup>177</sup>, lo que nos llevaría a concluir que quien escribe sobre la infancia de Federico Campbell no es el escritor sino el periodista. Evidentemente Campbell se embarca en la reescritura de su infancia más por una necesidad mucho más vital que estética, pero el resultado es lo que Capote bautizó, a raíz de *Sangre fría*, como “novela de no ficción”, ergo, novela-reportaje.

“La imaginación y la memoria no son sino dos palabras distintas que utilizamos para referirnos a la misma cosa”, diría Thomas Hobbes. George Steiner por su parte afirma, refiriéndose a la intrusión de la escritura en la oralidad de los antiguos filósofos griegos, que esta, la escritura, es una atrofia del arte de la memoria, “Pero la memoria es la “Madre de las Musas”, el don humano que hace posible todo aprendizaje (...) En general: lo que sabemos *de memoria* madurará y se

---

<sup>176</sup> Alfaguara, Serie circular, 2002, p.p 113 y 114

<sup>177</sup> p. 132.

desarrollará con nosotros. El texto memorizado se interrelaciona con nuestra existencia temporal, modificando nuestras experiencias y siendo dialécticamente modificados por ellas. Cuanto más fuertes sean los músculos de la memoria, mejor protegido está nuestro ser integral<sup>178</sup>

Santiago, alter ego de Campbell, lo explica de esta otra forma: “Dicen que uno suele recordar las cosas más remotas con más claridad a medida que pasa de los cincuenta años, o más tarde, como si experimentara, según decía Sciascia, una suerte de presbicia de la memoria: ve mejor los acontecimientos más lejanos y no muy bien los recientes.”<sup>179</sup>

Y aunque las versiones de los hermanos no coinciden, es un hecho que no sólo padecieron el desmembramiento de sus padres como pareja y, por ende, de la familia; descubren asimismo que el oficio del padre, oficio en extinción pero muy significativo dentro del contexto de la novela, los ha marcado hondamente. El estilo de escritura de Santiago-Campbell es, en sí mismo, telegráfico, elíptico, compuesto por frases cortadas y pensamientos coagulados o, más exactamente, redondeados. “Las frases de los libros —dice Santiago—interferían desbocadas pensando por mí: me pensaban, me violaban. Oía que sólo en la oscuridad empieza el trabajo de la memoria. Oía que la memoria es lo mismo que la imaginación.”<sup>180</sup> De ahí se deriva otro de sus logros estilísticos: recurre nuevamente a la sobriedad que se traduce en un lenguaje casi mimético en relación a las emociones de los personajes que callan más de lo que dicen, y recrea efectivamente el lenguaje particular de cada uno de estos que hablan no con el lector, sino a la grabadora de reportero de Santiago. “Había en ellas una cierta

---

<sup>178</sup> *Lecciones de los maestros*, FCE, Siruela, México, 2004, p. 38

<sup>179</sup> P. 29

<sup>180</sup> *La clave Morse*, p. 118

inocencia en el uso de las palabras, una espontaneidad que yo ya no era capaz de tener debido a mi trabajo. Me había dedicado demasiados años a recoger y a escribir ideas ajenas, a apuntar frases que tenían algún valor informativo. Lo hacía bien, me parece. Transcribía con fidelidad lo que la gente decía. Ése era mi oficio.”<sup>181</sup>

Odisea sentimental, íntima, que sigue el trayecto de un ideal con el ojo avizor del periodista, las novelas-reportaje de Federico Campbell consiguen, de manera ejemplar, emparentar dos géneros mayores, sirviéndose de la atmósfera depresiva y violenta del desierto. La de Federico Campbell es una escritura que de principio se declara imprecisa, equívoca, inestable. Espejismo. Como la memoria misma. Una literatura de la memoria. “...y entonces vi más allá de la frontera, en el confín distante de las tinieblas, que lo único que había podido hacer en la vida era perpetuar el trabajo corto e intempestivo de un telegrafista”.

---

<sup>181</sup> *Ibid*, p. 116



## BIBLIOGRAFÍA DIRECTA

- CAMPBELL, Federico, *La clave Morse*, Alfaguara, 2001.  
===*Post scriptum triste*, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura/ UNAM, Ediciones El Equilibrista, México, 1994.  
===*La memoria de Sciascia*, FCE, Col. Popular, 3ª edición, 2004.  
===*Transpeninsular*, Planeta, 2000.  
===*Periodismo escrito*, Alfaguara, Serie circular, 2002.  
===*Todo sobre las focas*, Cuadernos de Humanidades, Serie Narrativa, Difusión cultural UNAM, 1982.
- DOLUJANOFF, Emma, *Cuentos del desierto*, UNAM, Dirección General de Publicaciones, Cuento y Relato, 2ª edición, México, 1972.  
===*La calle del fuego*, UNAM, México, 1966.
- DOMECQ, Brianda, *La insólita historia de la santa de Cábora*, Ediciones Ariadne, México, segunda reimpresión, noviembre 1999.  
===*De cuerpo entero*, Fundación Gutman, Ediciones Corunda, UNAM, México, 1991.  
===*Mujer que publica, mujer pública*, Editorial Diana, México, 1994.
- RAMOS, Agustín, *La visita*, Editorial Océano, Colección El día siguiente, México, 2000.  
===*Al cielo por asalto*, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, México, Primera edición del FCE, 2004.
- ROJAS GONZÁLEZ, Francisco, *Lola Casanova*, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, No. 268, Segunda reimpresión, 2004.  
===*La negra Angustias*, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, No. 274, Octava reimpresión, 2003.  
===*El diosero*, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, No. 16, Trigésima primera reimpresión, 2003.  
===
- RUY SÁNCHEZ, Alberto, *Los jardines secretos de Mogador*, Editorial Alfaguara, México, 2001.

- === *De cuerpo entero*, UNAM, Ediciones Corunda, México, 1992.
- === *En los labios del agua*, Alfaguara, México, 1999.
- === *Los nombres del aire*, Primera edición en Punto de lectura, 2003, México.
- === *Nueve veces el asombro*, Alfaguara, México, 2005.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR Camín, Héctor, *La frontera nómada*, Cal y Arena, México, Segunda edición, 1997.
- ÁLVAREZ, José Rogelio, compilador, *Leyendas mexicanas*, comp. José Rogelio Álvarez, La Coruña-Everest, 1998
- ALMADA Bay, Ignacio, *Breve historia de Sonora*, Fideicomiso Historia de las Américas, Serie Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, Fondo de Cultura Económica, Colegio de México, México, 2000.
- ASCENCIO, Juan, *Un extraño en la tierra, biografía no autorizada de Juan Rulfo*, Debate, México, 2004
- BARTHES, Roland, *Ensayos críticos*, Seix Barral, Los Tres Mundos, Ensayo, traducción de Carlos Pujol, Madrid, 2002.
- BENÍTEZ, Fernando, *La ruta de Hernán Cortés*, Fondo de Cultura Económica, Lecturas mexicanas, 1983.
- CASTELLANOS, Rosario, FCE, Colección Popular, 28ª impresión, 2004.
- BERGER, John, *Mirar*, Ediciones de la Flor, traducción de Pilar Vázquez-Álvarez, España, 1987.
- CAMPOBELLO, Nellie, *Cartucho*, Editorial Era, prólogo y cronología de Jorge Aguilar Mora, México, 2000.
- CRUZ, Manuel, “Ese extraño problema que nos constituye”, *Las malas pasadas del pasado identidad, responsabilidad, historia*, Anagrama, col. Argumentos, Barcelona, 2005
- FERRY, Gabriel, *Escenas de la vida salvaje de México*, CONACULTA, FONCA, Traducción de Alberto Cue, México, 2005.
- DA JANDRA, Leonardo, *La hispanidad, fiesta y rito, una defensa de nuestra identidad en el contexto global*, Plaza & Janés, México, 2005.
- FRIAS, Heriberto, *La tormenta*, novena edición, Editorial Jus, México, 1964.

FUENTES, Carlos, *La nueva novela hispanoamericana*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, segunda edición, diciembre de 1969.

GINZBURG, Carlo, *Ojazos de madera, nueve reflexiones sobre la distancia*, Editorial Península, Barcelona, traducción del italiano de Alberto Clavería Ibáñez, 2000.

GLANTZ, Margo, compiladora, *La Malinche, sus padres y sus hijos*, Margo Glantz, coordinadora, Taurus, México, 2001.

=== *La aventura del conde De Rousset-Boulbon*, Margo Glantz, compiladora, Sep-Setentas, México, 1973.

GOYTISOLO, Juan, *Los ensayos*, Península, Barcelona, 2005.

GUTIÉRREZ ESTUPIÑÁN, Raquel, *La realidad subterránea*, Fondo Regional para la Cultura y las Artes del Noroeste, México, 2000.

GRIJALVA, DINA, compiladora, *Literatura fronteriza, De acá y de allá*, Instituto Sonorense de Cultura, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

ISER, Wolfgang, *Rutas de la interpretación*, Fondo de Cultura Económica, Breviarios, traducción de Ricardo Rubio Ruiz, México, Primera edición en español, 2005.

JOURDE, Pierre, *Geografías imaginarias. De algunos inventores del siglo XX: Gracq, Borges, Michaux y Tolkien*, Edere, México, Primera edición en español, traducción del francés de Adriana Santoveña Rodríguez, primera edición en español, 2005.

KHLAN, Norma, CORRAI, Wilfrido, *La nueva novela hispanoamericana*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, segunda edición, diciembre de 1969.

KRISTEVA, Julia, *Historias de amor*, Siglo XXI Editores, octava edición, traducción de Araceli Ramos Martín, 1990.

KUNDERA, Milan, *La ignorancia*, TusQuets, 2000.

LAWRENCE, David Herbert, *Mañanas en México*, Universidad Autónoma Metropolitana, traducción de Octavio G. Barreda, México, 1987.

LÉVI STRAUSS, Claude, *El pensamiento salvaje*, Fondo de Cultura Económica, Col. Breviarios, México, traducción de Francisco González Arámburo, décimotercera reimpresión, México, 2003.

LEÓN, Margarita, *La memoria del tiempo*, UNAM, Ediciones Coyoacán, 2004.

MARTÍNEZ, Caraza, Leopoldo, *El norte bárbaro de México*, Panorama, México, 1983.

MICHELET, Jules, *La mujer*, FCE, traducción de Stella Mastrangelo, 3era reimpresión, México, 1999.

MIRALLES, Juan, *La malinche*, Tiempo de memoria, Tusquets, 2004.

MONGUES, Nicolau, Gabriela, *Hacia una hermenéutica del deseo, Lectura de tres novelas de Alberto Ruy Sánchez*, Universidad Iberoamericana, Departamento de Letras, AlterTexto, México, 2004.

MONTEMAYOR, Carlos, *Arte y trama en el cuento indígena*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.

ORTEGA Y GASSET, José, *Historias de amor*, Siglo XXI Editores, octava edición, traducción de Araceli Ramos Martín, 2000.

PARKINSON, Zamora, Lois, *La construcción del pasado, La imaginación histórica en la literatura americana reciente*, Col. Tierra firme, traducción de Mariana Podetti, México, 2004

PITOL, Sergio, *El arte de la fuga*, Editorial Era, México, Tercera reimpresión, 1997.

PONS, Matilde, *Lugares de ceniza*, Secretaria de Cultura de Jalisco, 2003.

RAMOS, Samuel, *Obras completas, Tomo I, Hipótesis, el perfil del hombre y la cultura en México, más allá de la moral de Kant, apéndice*, Prólogo Francisco Larroyo, UNAM, Dirección General de Publicaciones, México, 1975.

ROBLES, Marta, Universidad Nacional Autónoma de México, Tomo II, 1986.

REVEL, Jean Francois, *El conocimiento inútil*, Planeta, 3er edición, Trad. Del francés, Joaquín Bochaca, Col. Al filo del tiempo, 1989.

SONTAG, Susan, *El benefactor*, Punto de Partida, Punto de Lectura, Madrid, España, Traducción cedida por Editorial Lumen, 1998.

STEINBECK, John, *Por el mar de Cortés*, Ediciones Península, Altar viajes, Traducción de M.T Gispert, Barcelona, 2005.

STEINER, George, *Lecciones de los maestros*, FCE, Siruela, México, 2004.

SUBIRATS, Eduardo, *El continente vacío*, Siglo veintiuno editores, México, 1994.

TRONCOSO, Francisco P., *Las guerras con las tribus Yaqui y Mayo*, Clásicos de la Antropología Mexicana, Instituto Nacional Indigenista, Edición facsimilar, México, Reimpresión, 1970.

TURNER, John Kenneth, *México bárbaro*, Editorial Porrúa, Col. Sepan Cuantos, Núm. 591, 11ª edición, México, 2001.

VANDERWOOD, Paul J., *Del púlpito a la trinchera. El levantamiento religioso de Tomóchic*, Taurus, traducción de Leticia García Cortés, México, 2003.

VELEZ, Josef F., *Escritores mexicanos según ellos mismos*, Compañía Editorial Impresora y Distribuidora, S.A, México, 1990.

## HEMEROGRAFÍA

Entrevista con Alberto Ruy Sánchez, *Revista Siempre!, La cultura en México*, 27 de febrero de 2002.

“Los seri”, Periódico *El Imparcial* de Hermosillo, julio 7 de 2005.

“El secuestro de Lola Casanova: ¿Historia o leyenda?”, *Revista Horizontes*, Instituto Sonorense de Cultura, Marzo, 2000.

“Lola Casanova y Coyote-Iguana: metáfora fundante de un nuevo orden social”, *Revista Casa del Tiempo*, Febrero, 2002.